

JAVIER AGÜERO ÁGUILA

Futuro Anterior

Apuntes sobre un tiempo mutante




EduLP

Debates

Futuro anterior

Apuntes sobre un tiempo mutante

Futuro anterior
Apuntes sobre un tiempo mutante

JAVIER AGÜERO ÁGUILA



Agüero Águila, Javier

Futuro anterior: apuntes sobre un tiempo mutante / Javier Agüero
Águila; Prólogo de Manuel Canales. - 1a ed - La Plata: EDULP, 2024.
Libro digital, PDF/A

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-6568-38-0

1. Chile. 2. Historia de Chile. 3. Democracia. I. Canales, Manuel,
prolog. II. Título.

CDD 320.098

Futuro anterior

Apuntes sobre un tiempo mutante

JAVIER AGÜERO ÁGUILA

Imagen de tapa: Shinichi Maruyama

Corrección: Florencia Camiña



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 44-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-631-6568-38-0

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2024 - Edulp

Impreso en Argentina

Índice

NOTA	9
PRÓLOGO	
Tiempos sin nombre.....	15
<i>Manuel Canales</i>	
FUTURO ANTERIOR	
Apuntes sobre un tiempo mutante.....	18
Cuando la democracia duele.....	19
La vocación extraviada. Entre lo universal y lo identitario.....	23
Bitácora de un villano	
<i>La pregunta de Octubre</i> de Manuel Canales	28
La comunidad instantánea	36
La tachadura (sobre el anticomunismo)	39
La verdad y el sentido	
(A propósito del día mundial de la filosofía).....	42
La torsión	45
Espectro, política y república:	
<i>El Fantasma portaliano</i> de Rodrigo Karmy	50
El “deber” de la universidad (mirar al monstruo).....	59
El indulto de Gabriel	63
Gabriel y Boric	66
La política del clima.....	69
Saben lo que hacen	71
El año del incesto	74
El año de Gabriel.....	78

Fabiola ve, tú no	82
Evelyn y el zarismo	85
La policía electoral.....	88
Elecciones, simulacro y Disneylandia	92
De cara al nocturno	95
¿Qué izquierda?.....	100
La policía racista (persecución a Elisa Loncon).....	108
La hegemonía extraviada.....	112
Memoria contra memoria: apuntes sobre una sub-versión.....	117
Decretan participación	121
Sangría e impotencia ciudadana.....	126
Fabiola y Myrna	129
50 años: duelo imposible y un país de Antígonas.....	133
El Rector.....	137
Perdón, la palabra	140
La alucinación de Patricio Fernández	144
“Democracia Viva”, muerta, agónica	148
De “los cómplices pasivos” a los conscientes relativos.....	153
Cristián Warnken y la sutura	157
“La Gestión Restituyente”.....	160
Giorgio Jackson: la zona de sacrificio.....	163
Las muertes de Giorgio.....	166
El barco de marinos ebrios.....	169
Te recuerdo Víctor	172
Escritura contra hegemonía	175
El duelo de los amigos.....	180
Amar a Octubre; amar el espectro	183
Esterilidad y “máquinas deseantes”	186
“El día suspirado”	
Prédica conservadora y el tiempo de lo mismo.....	189
“Entraremos en las espléndidas ciudades”	
(17 de diciembre 2023).....	193
Chile posneoliberal.....	196

A Inés, mi prehistoria y mi futuro anterior

*Te seguimos buscando, patria,
en las traiciones del recién llegado
y en las mentiras de primer cronista
(...) en las amenazas del nuevo impostor.*

Reinaldo Arenas

Este libro es fruto de la organización de múltiples y diversas notas, apuntes dispersos, escrituras en diferentes lugares y momentos; de muchas líneas recuperadas de alguna hoja de papel rescatada de un bolsillo o una cartera. Del mismo modo, es un texto que responde a lo que fue apareciendo, a las contingencias propias surgidas en el transcurso de una búsqueda por estructura y sistematización. Es escrito entre el 5 de septiembre de 2022 (día siguiente a la derrota de la opción “Apruebo” por una nueva Constitución propuesta por la Asamblea Constituyente electa en octubre de 2020) y el 18 diciembre de 2023 (día siguiente del triunfo de la opción “En contra” por una nueva Constitución propuesta por un Consejo Constitucional electo en mayo de ese mismo año).

La óptica y los juicios en relación a estos dos procesos variarán según sea el *locus* político –el *topos*– no obstante, para lo que este trabajo persigue, el tramo temporal es el que emerge entre lo que hemos denominado un “fracaso inédito” y una “reproducción típica”.

Fracaso inédito porque lo que se rechazó en septiembre de 2022 fue una propuesta de Constitución emergida desde las entrañas de una revuelta social que, como nunca en la historia de Chile, tuvo la

potencia de desestabilizar la arquitectura institucional portaliana heredada, primero, de la imposición oligárquica decimonónica; y luego, de tensionar a un punto máximo el paradigma josepiñerista/guzmaniano que supuso la inseminación del neoliberalismo vía terrorismo de Estado a mediados de los '70 y que terminó por fundirse y alcanzar su epifanía autolegitimante con la Constitución de 1980. Esta fractura histórica, que tomó forma de artefacto jurídico, fue lo que se rechazó.

Desde esta derrota es que hablamos igualmente de reproducción típica, en tanto lo que termina por ratificarse una y otra vez en nuestra historia es que sea cual sea la profundidad y la rotura que puede dejar expuesta un estallido social (llámesele igualmente revuelta, alzamiento o sublevación popular, es la impronta y canon de una clase o grupo social que –blindada siempre por la artillería de los grandes capitales, el monitoreo de la hendidura conservadora en pacto perenne con el militarismo, o el brutal libremercadismo que se adhiere cual barniz al cuerpo de la sociedad chilena– repone “su razón” y establece los márgenes de una subordinación, saboteando cualquier asomo de soberanía y, entonces, dejando el anillo del poder intacto o, aún más, fortalecido.

A esta altura la pulsión transformadora de un pueblo históricamente abusado no es más que una apostilla, una llamado a cita, un asterisco aleatorio en su devenir y que fue despojado de sí mismo liberando la ruta para que la máquina oligárquica produzca la eterna repetición de lo mismo. Esta repetición sin diferencia es la que triunfó.

En este sentido y entre estos dos momentos históricos y políticos que se reúnen en el tiempo de un año, es que emerge multifacéticamente, según lo que declara el título del libro, lo “mutante” (no lo monstruoso, lo mutante).

Algunos han visto y definido esta temporalidad como “crisis” o como “el aparecer de los monstruos” que se dejarían ver entre un momento agónico y otro por nacer; no obstante, este escrito ha optado por la palabra “mutante” recogiendo particularmente su comprensión en el ámbito biológico, el que, asumiendo el desplazamiento herme-

néutico de rigor, revelaría toda una sintomatología sociológica y cultural que, si bien y como todo esquema sintomático no es explícita, permite e impulsa el análisis de un tiempo que se condensó en una intensidad excepcional; intensidad que devino primero en la grieta abisal producida por la Revuelta y después en la sutura de esa grieta a causa de la agencia incombustible de la restauración conservadora.

En biología –y especialmente en genética– un mutante (*mutatio*) “es un organismo o un nuevo carácter genético que surge o resulta de un caso de mutación, que generalmente es una alteración de la secuencia de ADN de un organismo”¹. Vemos entonces, en principio, que aquello que podemos llamar mutante es fruto de un proceso, no es espontáneo ni autogenerado, sino que siempre obedece a una alteración relevante en la estructura fundamental (ADN) y deviene de ella, a diferencia de lo monstruoso que es sin origen, sin representación previa y no muta, sino que es una alteridad completamente otra, radical. El mutante es tanto efecto como proceso (mutación) y su condición de posibilidad, es decir de aparecer en el mundo natural como un ser vivo, no radica en la automática generación de una desviación del curso normal de un organismo, sino que, se insiste, de un desplazamiento en el tiempo con ciertas características y fases que lo establecen.

Pese lo anterior y a la vez, lo mutante es una “alteración”, lo no esperable; es un *clinamen*, una degeneración, una nueva especie de la especie madre o, bien, el reflejo deformado de nuestras certezas más fosilizadas. Lo mutante no es el *orden de las cosas* –el régimen– más bien por el contrario, es una suerte de cronopio o exergo (lo *fuera de obra*) pero que, sin embargo, y aunque su existencia esté marcada por la excepción, siempre puede perturbar lo normal y transformarse en tiempo político, en sociología extendida y generalizada, en fin, en

1 K. Bachmann. (1978). *Biología para médicos: conceptos básicos para las facultades de medicina, farmacia y biología*. En línea: https://books.google.cl/books?id=dwPg88Wq2xYC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

el sello de una temporalidad que, aunque breve, deviene sustantiva y expresiva de una sociedad completa.

Es esta doble condición de lo mutante, es decir el proceso y la excepción, es la que definiría el lapso de tiempo en el cual este texto se inscribe. Período en el que como país nos enfrentamos a contingencias de la más diversa índole; acontecimientos políticos y culturales que matizan definitivamente un mundo significativo de *impresiones* –en el sentido de lo que impresiona y de lo que se imprime– que aunque parecieran haber quedado en un pasado, reverberan en el presente, no solo siendo resonancia sintomática, sino que cristalizándose en un momento en extremo híbrido, desconcertante, casi inefable y que habría tomado forma en la serie de eventos que bifurcaron el camino de una comunidad ahí donde, encendidos por el instante fulgurante de la irrupción octubrista, parecía que habíamos encontrado la vía de la inyuncción soberana y el extraviado *affectio societatis*.

Habría que dar cuenta, también, de que este libro lleva por nombre, como primera “observación” al tiempo mutante, la idea de “futuro anterior”. Y es que según lo pensamos, la temporalidad de lo mutante, si tiene alguna, tiende a darse dentro de una descoordinación o un *otro tiempo* que apunta a prefigurar un futuro incierto. El año que pretende ser retratado a través de todas las notas que a continuación se presentan, no es más que eso; es decir, la reunión de múltiples síntomas que en su aleatoria sucesión cronológica conservan y retienen en sí mismos nuestro hoy, la actualidad, la contingencia itinerante; aquello que se actualiza a partir de un plexo de significaciones y contextos tan bizarros como difíciles de narrar, cercanos a lo ininteligible pero que, sin embargo, constituyen este momento, esta política; esta democracia regenerada una y otra vez en el clasicismo del poder y la tradición; democracia que tiene en su origen a una oligogracia, siendo esta última la que ha sabido mutar según el clima histórico y las urgencias detectadas para su reproducción; reproducción lacerante para toda aquella franja que, instalada en el margen del ciclo restaurador, no ha podido más que ser grito, profundo y desgarrador, sin posibili-

dad de arraigo, suprimido a final de cuentas, tachado por costumbre; pueblo condenado a ser un espectador siempre herido en su núcleo sin trascendencia y nunca trama definitiva.

En suma, futuro anterior quiere decir que en el tiempo (año) en que este libro fue escrito, ya estaba adherido al futuro que hoy es nuestro presente. El futuro estaba atrás, en el pasado, no en el porvenir. Así, lo que experimentamos como sociedad y cultura es el desborde de ese futuro anterior que ha llegado para establecerse en la orgía de lo indecible, de lo incestuoso, de aquello que al fragor de la muerte de lo ideológico como soporte intelectual de la prédica política, de las glorias haciendo/estancieras y de la inoculación del “genoma neoliberal”, ha sabido ser precepto.

Habría que asumir, con la misma densidad, la ausencia de una izquierda con relato y vertebración política (digna de entrar en disputa con el incesante magma de la ritología clasista) que por décadas en Chile no ha dado con una real *contrapalabra*, un desacato con proyecto, una querrela con horizonte de realización. Esto se cristaliza, al día de hoy, en el gobierno de Gabriel Boric y la súbita izquierda refundacional –que no pudo proyectar el sentimiento octubrista hacia un relato orgánico–; la misma que no ha sido otra cosa que la cesión sin permutas de todo decir y toda estética a la derecha, desde la monumentalización de Aylwin en el frontis de La Moneda (pasando por un sinnúmero de “gestos” y torsiones) hasta el último despacho ritual que permitió la asunción de Piñera después de su muerte como santo patrono de la democracia-capital.

Esto es a lo que este trabajo ha querido responder. Todo desde un impulso (o pulso-pulsión) escritural que se metaboliza en análisis político o crítica histórica, sirviéndose aleatoriamente de elementos de la teoría social, el psicoanálisis y la literatura pero, sobre todo, atravesado por una cierta impronta filosófica. No hay una demarcación clara entre estas miradas ni una juntura evidente entre ellas, más bien lo que resulta es un pegado de escrituras e imágenes superpuestas que, es a lo que se aspira, pueden tener sentido si el o la lectora generosa-

mente acepta entrar en la sinuosa composición de hipótesis, tesis y al entramado siempre heterodoxo de quien se ha formado en el pensamiento de la deconstrucción derridiana y la resignificación continua de los conceptos.

Agradezco al profesor Carlos del Valle Rojas, director del Doctorado en Comunicaciones de la Universidad de la Frontera, sin el cual este proyecto no hubiera sido posible. A Mauro Salazar por el aliento, su generosidad y los mensajes tan significativos que llegaban a cualquier hora del día o en la madrugada y que explotaban como bombas de sentido. A Manuel Canales, naturalmente, quien desde el oficio artesanal de una filo-sociología del habla y del síntoma me impulsó a escribir y que, además, redacta un hermoso prólogo para este libro. A Marcelo Mendoza (editor, escritor y excepcional dibujante) por su siempre atenta lectura y el gesto de corregir mis textos para que estos fuesen algo mejores de lo que podían ser. Por supuesto a Ediciones de la Universidad de la Frontera y a la Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, no solo por interesarse en un texto de estas características, sino por la apuesta permanente a favor de voces disidentes, contrahegemónicas y que representan, mucho más allá de la crítica, una insubordinación política cuya traductibilidad se activa en las escrituras del margen y en la poética de los bordes.

PRÓLOGO

Tiempos sin nombre

Manuel Canales

I

Ni fugarse ni entregarse, refugiarse queda cuando la derrota.

Habla porfiada, hasta contra querencia, como resistiéndole el cuerpo al amargo de la desilusión.

Arrastrados por la turbulencia o erguidos en la palabra que, al fin, aún nos quede.

Refugio, cuando los años sin nombre.

Palabra cruda para la derrota plena y la desilusión total. Escuche quien pueda aguantarse su propio sentimiento de la patria errante, la que yerra.

Ni una gota de optimismo salpica esta tristeza. Ni una gota de negación la diluye.

Palabra del descreimiento sin renuncia, de la disolución sin reniego, de la derrota sin entregar la voz.

Dignidad intelectual volviendo al ruedo, cuando desafina hasta el grito. No quedará titiritero sin llamar.

Palabra que desborda toda ilusión y creencia, todo velo, haciendo su trabajo de señalar la indecencia, la deshonestidad de los renuncios por acá o de las imposturas por allá.

En los tiempos en que calla hasta el graffiti –cuando el vacío, silencio, a lo más, ruido interno– habla este libro.

III

*Aquí subyace Octubre,
en ese acopio de deseo y luego tristezas de patria,
para sentirnos, ahora cuando duele,
habla Javier, y se oye, en estas memorias,
dichas en su día con gracia y constancia de guardia insobornable,
de las alturas filosóficas de Chile.*

*Así habla el habla del año de la Derrota y de la desilusión del proceso
constituyente; sobreviviéndole, por quien puede entre pocos, y con pala-
bra dicha en honesto y en agudo, cavando con metáforas, martillando
entre comas.*

*Dirá lo que no se dice, desdecirá lo que se dice, maldecirá también, dirá
la verdad dura que habría que tragar; nos invita a encontrarnos de ple-
no con una verdad trágica, sabernos como patria en desgracia.*

Así hace oír, en su lectura, la maldición de Chile.

IV

*El caso es que aquí penan. Penan las ánimas de las sociedades que
íbamos a ser y a las que nunca llegaríamos. Pena lo que sería, lo que
nunca fue.*

Ahora penan, en la palabra de Javier Agüero.

*Las últimas ilusiones: se arrastran las cadenas, las cruces, de la historia
maldita.*

*Memorias vivas de la desilusión y la derrota. Y es lo más necesario, sien-
do que de las derrotas no se habla, y de las desilusiones, cuando más,
suspiros tristes, abatidos.*

*Y contra ambas impotencias trabaja Agüero su palabra. Contra ellas,
en medio suyo, entregado lucha, para salvarse, para salir hablando y no
aplacado por este acallador terrible, por la impotencia que enmudece al
derrotado desiluso.*

Saber un querer que nunca podrá:

*dicen que quiso querer,
pero no pudo poder.*

Lo cantaba Zitarrosa y aquí lo tuvimos que dar por cierto.

Derrota es perder la forma, quedar roto, desarmarse. Más que caer, decir: caí. Desilusión es más que una desesperanza. No sólo es no sentir la expansión de aquella, es sentirla faltante, el hueco de una espera que, dice la voz grave final, ya/no.

Después de ese calor del entusiasmo, en los hielos del des-anhelo, no se quiere hablarlo, ni oírlo. Y en los pantanos de la derrota, no hay quien pueda.

Por eso el habla de Javier Agüero es necesaria. Pues hace resonar la tragedia. Una suerte de condena que se habría mostrado una vez más.

V

Para sacar el habla cuando el habla acaso quiera entrarse y hacerla andar por sus mundos buscando imágenes, razones, conexiones, que sirvan a la tarea esencial del cronista, del que lleva por la tribu el sentido de los tiempos.

Tejedor de sentido, cuando la derrota se come hasta la escucha, y la desilusión la apaga si se enciende.

Escrituras de guarda, para leer estos inviernos.

FUTURO ANTERIOR

Apuntes sobre un tiempo mutante

CUANDO LA DEMOCRACIA DUELE¹

No quisiera tener que estar escribiendo. Pero en la difícil tarea de buscar respuestas a lo que ocurrió toca también saber decir, intentar al menos despejar una ruta, aunque todo devenga en heridas autoinflingidas.

Esta vez no se ganó con un lápiz ni con grandes manifestaciones en las calles y el desplome fue brutal. El Rechazo se despachó el 62% del padrón histórico, movilizó a casi 8 millones de personas, ganó en 338 de las 346 comunas de Chile.

Lo que es evidente, insistimos, es que se perdió sin apelaciones y de manera estruendosa. Aquí no hubo una disputa palmo a palmo, no nos sacaron una cabeza de ventaja ni habría que recurrir a cámaras de ningún tipo para asegurarse. No, se perdió y se perdió de la forma más clara y rotunda que se puede perder; se perdió dentro de las normas que se establecieron y el Rechazo es un ganador legítimo al interior de la fronda electoral.

Todo esto es desolador para quienes vivimos durante estos últimos tres años en la vigilia refundacional, en la dulce ensoñación del

¹ Nota escrita el 5 de septiembre de 2022. Día siguiente a la derrota de la opción “Apruebo” por una nueva Constitución emergida de la Asamblea Constituyente.

“despertar”. Y duele la historia; duelen los sueños y la desilusión de tanta comunidad creada alrededor de un destino que no será; duele la ironía y también nuestra impericia y falta de lectura.

Y sobre esto decir dos o tres cosas más.

Creo que fosilizamos a “Octubre”². Pienso que en el profundo movimiento de placas que significó esta Revuelta, a todas luces telúrico, no supimos canalizar de manera puramente política las demandas y lo despachamos a “las tumbas de la gloria” sin resignificarlo a nivel político-electoral. En esto de fagocitarnos la idea que la Convención era la expresión máxima a una “salida de una crisis institucional” sin parámetros históricos, dejamos a Octubre solo y cada vez más enterrado, esperando ingenuamente que su radioactividad simbólica y su góndola romántica nos alcanzara para derrotar a una derecha que, aliada con parte importante de la obscenamente mal llamada “centro izquierda”, ya se había activado dando con el punto, entrándole al discurso reformista y siempre estatuquista que es lo propio de nuestra cultura política.

No somos un país –salvo a la fuerza– que tome el camino de las transformaciones radicales. Esto no está en el ADN de nuestra cultura política y más de 200 años de historia no nos bastan para, definitivamente, asumirlo. Llegado el momento límite, el de la decisión trascendental, retrocedemos y volvemos a esa zona que siempre nos ha dado confort: aquella donde *nos deciden* y jamás decidimos por nosotros mismos. Pues bien, la fosilización de Octubre no hizo sino detonar en nosotros la ceguera embriagada que no nos permitió levantar una prédica política conectada con nuestra sociología más profunda, con nuestro *ethos*, desde siempre, conservador. Entonces no podía haber estrategia que estuviera a la altura. Pecamos de farra y Octubre se transformó en un heroísmo del pasado sin densidad en el ahora.

Tuvimos la Revuelta más prístina de la que tengamos recuerdo; votamos a favor de una nueva Constitución y una Convención Cons-

² Durante todo el libro la palabra “Octubre” se escribirá en mayúsculas, en el entendido que no nos referimos únicamente al mes, sino al sustantivo y al hecho político, social y cultural acaecido en Chile en el 2019.

tituyente y se ganó sin dejar dudas; vinieron las elecciones de las y los convencionales y, de nuevo, se ganó con escándalo (considerando la diferencia de votos con la derecha) haciendo a ingresar a grupos sociales y culturales históricamente excluidos; vino la elección Borric-Kast y el primero ganó batiendo todos los récords ¿qué podía ir mal ahí donde todo parecía ser el relato de una historia coordinada? ¿qué podía fallar si, como nunca, “Chile había despertado” tomando por primera vez las riendas de su destino y –en una mueca excepcional de la historia misma– ejerciendo una soberanía real? Se hizo todo el trabajo, se recibieron todos los golpes y, al final, el premio (marcado) se lo llevaron los de siempre.

Tratando de evitar tanto como se pueda la autoflagelación, pienso también que hay que recuperar una izquierda con vocación universalista. Es un hecho que la pura política de las identidades, inmediatamente justa e inevitable, no puede ser, por definición, lo que articule el relato que alguna vez pueda derrotar al universalismo que sí está a la base de la obra gruesa de la derecha. Una sociedad de derechos sociales como la que se buscaba, no puede tener en su fundamento discursos desperdigados, por más que la propuesta de la nueva Constitución haya intentado anexarlos.

Por sobre la reivindicación de los pueblos originarios, el paritarismo, el ecologismo, las disidencias sexuales, en fin, hay que dar con ese principio que aglutine y que sea, al final del día, un adversario contundente de cara a un sector que sí la tiene clara y que, por abominable que nos parezca, sabe anclarse en su tradición leyendo al país con la nitidez de quienes siempre lo han hegemonizado. La derecha ha sido más fiel a sí misma política e ideológicamente; la izquierda, la nuestra, siempre ha tenido más talento para traicionarse y se marea con facilidad.

Ayer no ganaron simplemente las élites, ganó una sociedad convencida de lo que realmente es. Todas las comunas más pobres de Chile se alinearon con el Rechazo –por supuesto las más ricas–. No podemos caer en la fosa de la arrogancia ramplona y decir, al voleo,

que el 62% de la población que votó está equivocada y que nosotros, el 38% perdedor, somos los injustos maltratados que fueron marionetas en las manos de los medios de comunicación, las *fakes*, los grandes capitales, “los traidores” de la Concertación, etc.

No es que esos poderes siempre fácticos no operaron, pero no fueron ellos los que hicieron la diferencia. Ganó lo que somos, es decir nuestra más sincera cartografía cultural: la de un país en sublimación permanente al que le es imposible reconfigurarse de manera estructural y en el que, lo que funciona como ley, es una cultura del monitoreo, del ser conducidos, de entregar nuestro destino a quienes “sabrán” qué hacer con él. ¿Ahora nos extrañamos de que un país que eligió dos veces a un sujeto como Piñera, el mismo país que hizo pasar a segunda vuelta a la extrema derecha, haya optado por decir no a una refundación?

En este momento que de a poco se internaliza y racionaliza la derrota, no se debiera buscar culpables más allá de nosotros mismos. Se tuvo la oportunidad de cambiar la historia y no ocurrió, no por culpa de éste o de aquel, sino porque caemos permanentemente en el delirio romántico de la revolución ahí donde lo que sempiternamente ha primado es la tradición.

Sé tanto como todas/os lo que se dio, lo que se perdió, el sacrificio, los ojos entregados por una causa que nació, ahora lo sé, muerta, pero yastá. Siempre seremos un país “dentro de lo posible” y nuestra única victoria será que eso posible sea, en algo, imposible.

LA VOCACIÓN EXTRAVIADA. ENTRE LO UNIVERSAL Y LO IDENTITARIO

En el libro recientemente publicado –y aun no traducido al español–, *Remarques sur la désorientation du monde* (2022), el filósofo francés Alain Badiou señala algo que parece obvio pero que, no obstante, operaría como una moraleja que no siempre es constatable y que nos serviría, a mi modo de ver, para intentar un análisis sobre lo universal y lo particular (las identidades), que ha sido una de las tensiones más instaladas al momento de pensar el resultado cataclísmico que significó para un sector de la izquierda el último plebiscito del 4 de septiembre. Badiou escribe: “un desorden evidente no se aclara más que si lo consideramos como un efecto del orden del cual procede” (*Ibid.*).

Lo primero entonces es entender que la inversión del significante “Octubre” que operó hace un par de semanas –y que reconfiguró de modo brutal y dramático un proceso político y social que parecía encaminarse hacia la articulación de un nuevo país y de un nuevo tipo de lazo social– entró en crisis; en una dimensión entrópica que no fuimos capaces de identificar y que, más bien, dejamos encorsetado en su significante de estallido sin capacidad de darle una traductibilidad política, electoral, social, en fin. Octubre, en esta línea, fue fosilizado

bajo la arena de su propia utopía y se pagaron las cuentas de esta resignificación quitándole a Chile la posibilidad, cierta y primera, de intensificar un proceso inédito que encontraba su vértice en la órbita desconocida de la soberanía.

Todo esto fue –a muy grandes rasgos– *el orden precedente* que debería, por seguir a Badiou, permitirnos esclarecer en algo *el desorden evidente* en el que habitamos hoy. Este desorden no deja de ser, sin embargo, una zona para que los poderes típicos entren en contacto y colisionen en el campo político tradicional, al cual el proceso constituyente volvió después de un desliz romántico con el fantasma de la soberanía.

Y aparecen las tesis que explicarían la derrota, las que son variadas y que van desde lo más pedestre a lo más sistémico: algunas reivindican un no menor sentimiento de autoflagelo y otras simplemente son indolentes.

Se quisiera apuntar, específicamente, a una que –sin tener nada de original cuando de explicar los fracasos de la izquierda en el mundo se trata– ha sido de las más extendidas en el ámbito, al menos, intelectual. Como nos referíamos al principio, se trata de aquella hipótesis que indica que la izquierda habría perdido su vocación a la universalidad a causa de la emergencia de las llamadas “políticas de la identidad”.

Mi impresión es que esta es, sin negar que dicha falta de vocación opera, una lectura política en clave dicotómica de la derrota, binaria, y que no vislumbra que universalismo y particularismo pueden ser parte de una madeja común en la que se hilvane una trama política contundente; en la que las demandas sociales de nuevo tipo, identitarias en sus principios y singulares en su estética, alcancen un mínimo común ideológico que impulse a su vez una narrativa que las articule.

El punto es que no ha sido posible dar con la fórmula necesaria para que las identidades, sin abdicar de sí mismas, se transformen en una suerte de universalismo donde haya principios y sentidos políticos compartidos, haciendo aparecer entonces un pensamiento de

izquierda densificado en el corazón mismo de su diferencia. Los que nos sentimos, más o menos, pertenecientes a este sector debemos asumir esta falla, pero al mismo tiempo no caer en la tentación atávica de afirmar que el problema fueron esas identidades egoístas y hacia sí que no supieron ver lo que ocurría en el Chile intestino, no visto, no diagnosticado.

De esta manera me pregunto: ¿acaso la reivindicación de las mujeres a toda escala es un problema solo para la élite progresista? ¿es cierto que la querrela medioambiental afecta únicamente a quienes tienen algo así como una sensibilidad ecológico-burguesa y no a la sociedad completa? ¿la plurinacionalidad es un asunto de puros/as intelectuales que han retorizado la histórica demanda de los pueblos indígenas? ¿no hay disidencias sexuales en los sectores más vulnerables de la sociedad chilena?

Toda perspectiva o paradigma clasista ya es identitario en sí mismo, podríamos responder. Y me permito traer a Hegel para ver si en algo se disipa esta tensión que a mi juicio no ha sido lo suficientemente pensada.

En *La ciencia de la lógica* (1812-1816), Hegel ya indicaba una estructura fundamental del pensamiento: “Lo particular contiene la universalidad, constituye su sustancia (...) la particularidad es, de nuevo, nada más que la universalidad determinada”.

Entiendo que una abstracción de esta índole puede resultar rugosa, compleja de instalar en el plano político, pero es posible que en este espacio en donde lo particular y lo universal se imbrican y determinan mutuamente, pueda encontrarse una respuesta al naufragio de esta izquierda en búsqueda de universalidad.

Ciertamente nos hemos alejado de los problemas más cotidianos (pero no por eso menos terribles), de las luchas diarias que dan millones de hombres y mujeres por sobrevivir, y hemos relatado solo en prosa académica lo que pueden ser las tribulaciones de la problemática categoría de “pueblo”. Pero lo universal puede expresarse en lo identitario, tal como lo señala Hegel, y evidenciarse como la alterna-

tiva a una debacle que, quiero creer, es principalmente electoral y no definitivamente cultural para la izquierda.

Pienso que lo que ha afectado a este sector no es puntualmente la política de las identidades, sino que el problema aparece cuando estas se vuelven idénticas a sí mismas, clausurándose, y se alejan no solo de un proyecto universalista, sino también del sentir y re-sentir de aquello que puede ocurrir más allá del perímetro de esa particularidad secuestrada por sus propios códigos y sin conexión con un afuera que, también, demanda identidad.

Lo anterior ocurre al momento en que lo identitario sobrepasa a lo político y se autonomiza de manera radical. Decimos aquí político como lo que nos colectiviza, pero, a la vez, lo que nos promueve como individuos singulares, habitando una identidad, por cierto; sin embargo, siempre dispuestos a la alterización de nuestros proyectos. Esto no implica tener que rendirnos ante la colonización de un tipo de universalismo obligatorio. Esto ya ha pasado muchas veces en la historia y sabemos las consecuencias catastróficas que ha arrastrado.

Parafraseando a Alain Touraine, es necesario llevar adelante un proceso identitario que sea reflejo de la densidad múltiple de la sociedad y de la complejidad que le va adherida (*Los movimientos sociales*, 1991). Esto puede estar a la base de un proyecto de izquierda que busque una narrativa más amplia y que pueda “competir” con el relato omniabarcador del capitalismo y de la derecha, pero (y esto es probable que no tenga salida en el mundo próximo) sin olvidar que al día de hoy sería imposible pensar a esa misma izquierda fuera de un mundo globalizado.

La identidad puede articular elementos heterogéneos que dinamice entonces un discurso de amplio alcance en donde lo identitario no se acople únicamente a lo igual a sí.

Aquí podría habitar *el porvenir de una ilusión* –por recurrir al título del texto freudiano– para una izquierda que busca respuesta a su crisis en la pura fragmentación cuando, quizás, en las identidades podría estar la tan invocada vocación universal.

Referencias bibliográficas

- Badiou, A. (2022). *Remarques sur la désorientation du monde*. Gallimard, París.
- Hegel, G.W.F. ([1812] 2011). *Ciencia de la lógica*. Abada editores, Madrid.
- Touraine, A. (1991). *Los movimientos sociales*. Almagesto, Buenos Aires.

BITÁCORA DE UN VILLANO

La pregunta de Octubre de Manuel Canales

La pregunta de Octubre. Fundación, apogeo y crisis del Chile neoliberal, es el último libro del sociólogo y académico chileno Manuel Canales publicado el 2022 por la editorial LOM. El texto, de 220 páginas, se organiza en 4 capítulos más una introducción. Hasta aquí la reseña.

Mi intención no es hacer un comentario, sino más bien ensayar una lectura breve sobre un texto que, con una cadencia sociológica y terminológica cuidadísima, se implica en el “momento” neoliberal chileno, deambulando entre su instante de fulgor máximo y la fatiga de material que comienza a revelar durante las primeras, y sobre todo la segunda, décadas del siglo XXI y que eclosiona el 18 Octubre del 2019.

En este sentido y desde una mirada puramente estilística, *La pregunta de Octubre* es una combinación arquimédica de acentos y pausas que se distribuyen en el relato haciendo coincidir y descoincidir a la vez a la historia de un país consigo misma, y en cuyo transcurso lo que se va urdiendo es un tipo de conceptualización que, y aunque refleja un nivel de especialización obvia, no excluye ni desintegra al lector/a no tecnificado/a en la fraseología sociológica o filosófica, abriéndose el texto a un espacio donde todo lo que puede llegar a ser

inteligible, lo es desde lo que ha sido la piedra filosofal en el extendido trabajo de Manuel Canales: la experiencia, la subjetividad, el habla. “La sociedad –me dijo una vez– es del orden del decir”.

Pero habría que indagar por qué Octubre es una pregunta o, en su reverso que viene a ser lo mismo, por qué la pregunta es Octubre. Hay aquí, a mi modo de ver, un gesto de gran sensibilidad, no solo intelectual, sino una que es propia del individuo hijo de un tiempo que resiente la responsabilidad de atreverse con respuestas. “Habría” que preguntar, “se debe” preguntar, “urge” preguntar y *nada sería* sin la pregunta; porque la pregunta nos lleva a un instante de pre-saber, a un lugar difuso, sin jerarquía y en el que (y sin desconocer que, parafraseando a H.G. Gadamer, en la pregunta se aloja siempre un proyecto) aún no hay síntesis u organización de un cierto *logos*. Simplemente es el pensador y la asíntota inquietud, aún invertebrada, de que algo se aloja más allá del perímetro de la pregunta misma pero que, no obstante, y esta es la aporía, todo lo condensa y es el impulso original que facultará, igual, todo potencial saber. Quizás Heidegger, con su precisión típica, lo sintetiza mejor que nadie: “(...) Cuanto más nos acerquemos al peligro, con mayor claridad empezarán a lucir los caminos que llevan a lo que salva, más intenso será nuestro preguntar. Porque el preguntar es la piedad del pensar” (1954).

Diríamos, en la línea heideggeriana, que *La pregunta de Octubre* no es un texto que nos “salva”, no tiene un carácter ni redentor ni mesiánico, pero sin duda se espejea a sí mismo como un filtro no canónico de comprensión de nuestra historia y que, en la intuición sintomatológica propia de Canales, logra adquirir el rictus de un libro madurado a la luz de quien no solo ha estudiado y analizado la historia, sino que lo ha hecho desde la honestidad de la experiencia, absorbiendo los golpes no de un momento, no de un tiempo, no de un periodo histórico específico, sino de una época; esto le impide, por seguir a Jacques Derrida, descansar en la cómoda zona de confort en donde se “ecologiza la memoria” (1999).

Y entonces *La pregunta de Octubre* es también un ensayo sobre la memoria y olvido; el relato de un pasado y un presente que se abrevian en una sola gran caligrafía hermenéutica. Diríamos, además, que el libro no es otra cosa que la constatación de un síntoma alojado en la nebulosa sempiterna de un país inefable, que cuesta decir, explicar. Un país que no alcanza a entenderse en el orden de lo simbólico, sino que se hospeda y flota en su propio trauma.

Digamos que son muchos los textos que se han dedicado a relatar la historia, componentes, matrices, miserias y virtudes, en fin, del neoliberalismo. A mi modo de ver, el más importante escrito en los '90 al respecto fue *Chile actual. Anatomía de un mito* (1997) de Tomás Moulián. Libro que podría comprenderse como una dinamita en clave de ensayo que deja a la intemperie a la sociedad del ultraconsumo y el transformismo político en la década mencionada. En mi perspectiva (y si me apuran), creo éste de Moulián es un texto insuperable; no hay otro a ese nivel de incorruptibilidad y cada línea es un navajazo consciente a la órbita sintética y despolitizada de los primeros años de la inoculada transición a la democracia.

Pero también hay otros buenos libros. Por ejemplo, el interesante trabajo de Manuel Antonio Garretón *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado* (2012) que pretende leer el neoliberalismo y su despliegue en el contexto latinoamericano. Apunto que no he leído el libro de Renato Cristi *La tiranía del mercado. El auge del neoliberalismo en Chile* (2021), pero, hasta donde entiendo, es un trabajo cuidado y escrito en la regularidad de la crítica fundada y rigurosa.

Sin embargo, y como anotaba el historiador francés Fernand Braudel: “Esta vez no era cuestión, únicamente, de reescribir” (1969).

La tarea que se autoimpone Manuel Canales en este sentido, no va en la ruta de repetir las epopeyas críticas del Chile neoliberal – ciertamente tampoco desconoce el trabajo de quienes le anteceden en la empresa, siempre dura, de pensar a un país insistiendo sobre esta suerte de signifiante principal en que ha devenido el neoliberalismo propiamente tal–, pero asoma en su escritura y en este libro en par-

ticular, algo así como el relato de un pensador que, como lo escribía Slavoj Žižek, “sabe lo que hace y sin embargo lo hace” (1989).

Nos puede gustar o no la forma en que un/a escritor/a impulsa un mundo o una historia, pero, en el caso de Canales, hay que reconocer que todo ocurre bajo sus principios teóricos y experienciales los que, no dudo, exceden por mucho lo puramente disciplinar y, más aún, se realiza desde una cierta no institucionalidad.

Por eso *sabe lo que hace y sin embargo lo hace*, en sus códigos, con sus reglas, al interior de ese brutal autoreconocimiento como sujeto histórico cuya responsabilidad es ilustrar, reflejar, dejar en evidencia, denunciar y percibir la zona en donde el neoliberalismo se comprenda, ahora recurriendo a Marcel Mauss, como un “hecho social total”; esto es, como el conjunto de “elementos de la estructura social que expresan, a la vez y de golpe, todo tipo de instituciones: religiosa, jurídica, moral, política, familiar y económica” (1923-1924). Ahora, en palabras de Manuel Canales: “Asistimos a una totalización de la forma mercancía (la razón de lo óptimo, técnica y/o ganancial) según mandataba la forma misma de la subjetividad social en su total; más allá del fetichismo de la mercancía, o más bien llevándolo a su forma extrema, la neoliberal, se proponía entonces una mimesis del capital” (2022, p. 21).

En otro sentido, el neoliberalismo como el mundo, como principio y fin; el alfa y el omega de una sociedad que no decidió sino que asumió en silencio, pero a la cual lo que se le impuso no fue simplemente un refundido de prácticas económicas, sino un *modo de ser*, una ontología de la individualidad de la cual –en tanto se dinamiza en la sociedad chilena coordinando las racionalidades desde una suerte de espectralidad– ya no es posible sacudirse y que actúa agazapada en las polimorfos esquinas de nuestra subjetividad.

Como el mismo autor lo apunta a propósito de la arremetida ominosa del neoliberalismo en los ‘70: “solo individuos eligiendo todo en el diario vivir de la vida social. Individuo es, positivamente dicho,

quien elige. La sociedad se redujo a polvo estadístico. Nada de forma o estructura” (*Ibíd.*, p. 29).

Entonces individuos frente a opciones y no ha definiciones. Individuos que en la superficie se sublimaban consumiendo y recorriendo asfalto de vitrinas pero que, en lo más intestino, en su estulticia sin asombro, lo que se coagulaba era una “razón”. No hablamos aquí solamente de una razón socia de un cierto *logos*, sino razón entendida como lo omnipresente; una “razón ética sustantiva” diría Max Weber (1922); o como una libido desparramada a lo largo y ancho de un nuevo sociotipo que hizo del mercadeo su cotidianidad y de las transas su rutina. Un individuo que no cuestionó, sino que asumió el estado de las cosas sin advertir que tras toda la narcotizada y relamida práctica del *sí mismo*, lo único que quedaba era su propio reflejo, quebrado e hipnotizado por la cadena consumista y el obsceno desfile de mercancías. “Nada de forma o estructura”. (*Ibíd.*)

De esta manera, y, para resumir, el modelo capturó, a juicio de Canales, nuestra conciencia y también nuestra autopercepción en un doble movimiento tan fenomenológico como psíquico, dictando la partitura urgente para la refundación de una sociedad a la que se le exigía abandonar su historia. Todo para validar, por voluntad o a la fuerza, el nuevo precepto que desde entonces regiría nuestra interpretación del mundo. Este universal, esta estructura fundamental, se encarna en particularidades abstractas, pero con concepto y que figuran el “nuevo Chile”: salud y educación privadas, AFPs e Isapres. Después Constitución del ‘80 (otra forma de individuación y racionalidad). El sistema entonces desperdiga sus tentáculos a partir de abstracciones que, como dice Canales, no se jugaban en los grandes relatos patrióticos o la asimilación de una doctrina, no. Todo era mucho más sanchezco, arraigándose en la cultura a través de la brutal penetración del mercado en la cotidianidad de nuestros pequeños mundos rutinarios. Así, entonces, se nos disciplina, pero, sobre todo, se nos entrena.

El régimen no aparecía entusiasmado en la formación de unas huestes de seguidores, ni tampoco en imponer finalmente una doctrina económica sin más; lo que le interesaba era la despolitización y el redisciplinamiento, el reentrenamiento de las personas en las reglas del juego de la nueva vida. No era la doctrina económica ni el relato nacionalista autoritario; era el programa cotidiano neoliberal donde se fraguaba, a mi juicio, el corazón de la conformidad que duraría tantas décadas (2022, p. 34).

Ahora bien, pareciera que el texto, hasta lo que aquí se ha escrito, fuera sobre el neoliberalismo únicamente y no sobre Octubre. El punto es que es así y no lo es al mismo tiempo, porque son dos acontecimientos que no pueden disociarse. Puede haber neoliberalismo sin Octubre, pero no hay Octubre sin neoliberalismo, por intentar una fórmula. Por lo tanto, y si seguimos este camino, diremos que el personaje central de esta novela no es el héroe sino el villano. Se trata de *La bitácora de un villano*; un análisis profundo, histórico, socio-antropológico y político de un modelo que lo ha definido todo, o más bien la totalidad de una sociedad que hizo gárgaras con sus éxitos macroeconómicos y que sacaba, como conejos el mago, relatos sobre nuestra desbordante competitividad en los mercados internacionales (los “jaguares” noventeros) y siendo un ejemplo para el mundo por nuestra felina mirada y apetito voraz al momento de entrar al ring del mercadeo y la ágil transa, mientras, por dentro, la estructura social se gangrenaba hasta la médula sin darnos cuenta que no había, como dice Canales, estructura, vertebración, esqueleto en términos sociales, y lo que se nos heredaba era una especie de cartílago cuya exageración nunca supo ni quiso creer que se venía un movimiento de placas brutal, reivindicativo y furioso que no fue otra cosa que una demarcación de época.

Así Octubre, el Estallido, el alzamiento, la Revuelta, la explosión de una sociedad que en un instante se condensó a una temperatura

y densidad absolutas. Y de las múltiples entradas, tan sensibles como inteligentes que nos propone Manuel Canales para responder a “la pregunta”, me quedo con la siguiente:

Hizo su aparición el pueblo. Hay un acontecer, más que un procedimiento conocido. Donde estaba el curso correcto de la sociedad, ahora aparecía el arrebato, la *cuática*, la Revuelta. Además, hay un discurso, un pronunciamiento, una demanda que aún todavía intentamos interpretar (2022, p. 149).

A quien quiera saber más recomiendo, obviamente, que lea el libro; que lo lea y sienta la urgencia de dar una respuesta; una que se deshilvana desde la madeja comprensiva y madura de un sociólogo cuyo estilo y forma de practicar el oficio no es sin ley, pero sí sin mapa. Una voz que emerge desde la conciencia y la búsqueda de una memoria quizás difusa, pero con seguridad terrible y siempre al acecho. Digo aquí memoria como digo, después de lo que hemos vivido, pesadumbre, decepción, porque como escribía Gabriela Mistral en su maravilloso poema “El decálogo del artista” (2022): “De toda creación saldrás con vergüenza, porque fue inferior a tu sueño”.

Referencias bibliográficas

- Braudel, F. (1969), *Écrits sur l'histoire*. Flammarion, París.
- Canales, M. (2022). *La pregunta de Octubre. Fundación, apogeo y crisis del Chile neoliberal*. Lom Ediciones, Santiago de Chile.
- Cristi, R. (2021). *La tiranía del mercado. El auge del neoliberalismo en Chile*. Lom Ediciones, Santiago de Chile.
- Derrida, J. (1999). *El siglo y el perdón*. Ediciones De La Flor, Buenos Aires.
- Garretón, M.A. (2012). *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado*. Editorial ARCIS/CLACSO, Santiago de Chile.
- Heidegger, M. ([1954] 2021). *La pregunta por la técnica*. Herder Editorial, Barcelona.

- Mauss, M. ([1923-1924] 2009). *Ensayo sobre el don, forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Katz Editores, Madrid.
- Mistral, G. (2022). “El decálogo del artista”, en Mistral, G., *Desolación*. Ediciones Biblioteca Nacional, Santiago de Chile.
- Moulián, T. (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Lom Ediciones, Santiago de Chile.
- Weber, M. ([1922] 1964). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- Zizek, S. ([1989] 2005). *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

LA COMUNIDAD INSTANTÁNEA

Moviliza el pesimismo y el vacío. Escribo desde un lugar escandalosamente tranquilo, culturalmente plano y fofo. Se transcurre en el arenal de una desilusión. Advierto.

¿Cómo se pasa de una Revuelta de las proporciones de Octubre a la opacidad más decepcionante? O preguntado de otra forma ¿cuál es el túnel que permite que una sociedad, en su momento, pletórica de sentido, se re-sienta y vuelva, por citar el libro de Lipovetsky, a *la era del vacío*?

Alguna vez escribí sobre “el país sublimado”, es decir, y entendiendo a la sublimación en términos puramente freudianos, de una sociedad que no es capaz de mantenerse por un tiempo mínimo en un objeto de deseo, siendo itinerante, nómade en su síntoma y recuperándose permanentemente en lo que en la fraseología musical se denomina “síncopa”, o sea aquel elemento que rompe con la continuidad del ritmo.

Y esto es precisamente lo que parece caracterizar, al menos parcialmente, a algo así como nuestro acervo, nuestro “ser” cultural, el modo y el uso que le damos a una idiosincrasia tan dúctil como movediza, tan esquivada como traicionera. Un tipo de cultura que no se

fideliza sino que se permuta en la indeterminación, sin régimen y que, al final del día, es capaz de solo en tres años haber pasado por casi todos los estados sociales y políticos de los cuales disponen en la actualidad las democracias contemporáneas: Revuelta, pacto, Asamblea Constituyente, re-auge del proto-fascismo, también una proto-social-democracia, el presidente más joven y votado de la historia y hoy, de cara a la real posibilidad de ver cómo a la Constitución de Pinochet y Guzmán solo le moverán un par de vértebras sin siquiera rozar su médula.

No somos más que la acción no premeditada de un sonambulismo ácrata que nos invita al sueño intenso pero que nos despierta sin clemencia a mitad de la noche.

Pero mi idea no es echar ni distribuir culpa, la que seguro es sobre todo nuestra. Me refiero a quienes, embelesados por el romance octubrista, negamos todo principio de realidad. Los mismos que, y al día de hoy, nos confundimos en una nada que se empareja sin resentimiento con el pasado reciente y de fábula, dejándonos como herencia esta suerte de furia desmoralizante. Porque estamos llenos de vacío, arrebatados de perplejidad y nada de lo que se nos pueda decir a modo de consuelo filosófico puede detener esta ausencia, esta falta, este resto de lo que no fue y que nos toca –quizás como nunca– intentar reinventar.

Se trataría entonces de eso, de reinventar lo que quedó, el resto que somos y, en una de esas, juntando todo lo que está en falta, volver a pensar en una política que vaya más allá de la espontánea comunidad. Pienso que en Chile adolecemos de un exceso instantáneo de comunidad, de un *mal de comunidad*. Hablo aquí de lo que no se proyecta, sino que simplemente acontece e irrumpe generando la ilusión de la comunidad recuperada y el presentimiento de que ahora sí la justicia será el sujeto y la igualdad el predicado. En otras palabras, pareciera ser que somos los ingenuos activistas de una comunidad sin destino.

La ultraderecha, la derecha, la centro-derecha, en fin, sabe mejor que nadie que en la espontaneidad no se juega el poder. No se paran

sobre la pantanosa ciénaga del momento que, aunque hermoso, no detecta la sociología profunda sino la superficial, no entiende el “patrón”, la mediana cultural de un país que volvió a las mismas manos, a las mismas arcas, a la misma noche.

El diagnóstico es pesimista, qué duda cabe, pero nadie dijo que el pesimismo no podía ser imaginativo, creador, sincero y, sobre todo, profundamente político.

LA TACHADURA (SOBRE EL ANTICOMUNISMO)

En el veto a Karol Cariola ¿hay anticomunismo? Sí (que es tan viejo como el comunismo mismo), pero sería descomplejizar el hecho si lo atrincheramos en esta pura sentencia que, insisto, cierta, abre hacia la identificación de un fenómeno más complejo y que solo puede ser entendido como otro “dispositivo” instrumentalmente diseñado para desactivar los restos de la Revuelta de Octubre. Es lo que llamaremos “la tachadura”.

Pero, primero, un breve contexto. Si ser anticomunista es ser radicales en el rechazo a genocidas como Stalin, Mao Zedong o de ególatras desquiciados enamorados de su propia imagen como Kim Jong-un (pasando por alto un largo etcétera de brutales dictadores que, flameando banderas con el rostro de Marx, aniquilaron a millones de seres humanos), estaríamos de acuerdo. Aunque debo de decir, en este caso, que más que ser anticomunista me declaro anti-psicópatas.

Ahora, si se trata de vetar a un partido político que en Chile tiene amplias e históricas raíces populares, obreras y también democráticas, no; si estamos hablando de una colectividad que representó en Chile, con la figura enorme de Emilio Recabarren, a principios del siglo XX el corazón mismo de la cuestión social, o que a mediados del mismo

siglo fue ferozmente perseguida por González Videla –el abyecto político que se arrodilló frente al macartismo–, tampoco.

No hay razón que justifique el anticomunismo. Menos, recordemos, si estamos indicando a un partido que fue leal hasta el final al proyecto de Salvador Allende y que sufrió sin piedad la muerte de muchos/as de sus militantes y el descabezamiento de toda su cúpula apenas se instalaba el salvajismo de la dictadura de Pinochet; aquella a la que resistió con todo el coraje de la que un grupo humano pudo disponer. Toda mi admiración para ellas y ellos que en el laberinto más oscuro de la persecución nos heredaron no solo sus convicciones sino, y con la misma generosidad, sus vidas; vidas a las que hay que testimoniar éticamente –responsablemente– porque así lo exige el rostro de los fantasmas: “una política de (con) los fantasmas” diríamos parafraseando a Jacques Derrida (1993).

De ahí en más y con la llegada de los gobiernos postdictadura el Partido Comunista ha sido una pieza central en toda la madeja y tinglado democrático que, con sus luces y sombras, se ha urdido en los últimos 22 años en este país.

No nos referimos, ciertamente, a un partido immaculado, libre de todo mal y cuya inspiración la encuentra fuera de las alergias calculistas de la política propiamente tal. Evidentemente, y como ocurre en cualquier democracia, es una colectividad que busca el poder y en esto no hay truco, no hay trampa, se trata de aquello que les inyecta sentido y contexto a las democracias contemporáneas. Por lo tanto, levantar relatos, excusas, vetos o banderas en su contra no reivindica solamente el tradicional, viejo y conocido anticomunismo, sino que más bien revela un sentimiento antidemocrático.

Derechamente: ser anticomunista al día de hoy muestra, por parafrasear al libro de Jacques Rancière, un “odio a la democracia” (2005).

Pero lo que ocurre con Karol Cariola no es solo un veto anticomunista, es algo más. Es una tachadura, una negación o, por decirlo en difícil, la obliteración de un símbolo. Su no ratificación (que por lo demás era un acuerdo entre damas y varones de palabra firme) como

presidenta de la cámara de diputadas y diputados es una suerte de mecanismo novedoso que es extensivo a la estrategia general por sepultar lo que queda de Octubre.

Hablamos de un tipo de táctica precisa que en su despliegue vertebró otro movimiento de superación de lo que pasó el 2019. Y todo esto a partir de la corriente que enchufó el arrollador triunfo del “Rechazo”, la que desató una cierta furia centro-derechista –esto no hubiera sido posible sin la DC– dirigida a darle un manotazo a todo cuanto oliera a Estallido Social o a “Apruebo” (sé que no son lo mismo pero hay una correlación), expulsando del sistema a la amenaza de que una figura como Kariola asumiera el cargo enrostrando, con su sola presencia, que Octubre sigue vivo, ya no como Revuelta sino como parte del engranaje y en el centro activo de la vorágine sistémica.

No se le veta, se le tacha por responder a una suerte de radicalidad en su postura. Es por esta razón que Vlado Mirosevic apareció como una carta mucho más neutra. No se ve en él, necesariamente, la “obtusa” ortodoxia del Estallido, sino un cierto quietismo que permitirá que fluya sin mayor alboroto todo lo que pueda llegar a ser negociable. No tengo nada contra Vlado, por el contrario, me parece un político inteligente y con cintura, sin embargo, él es entendido –por los sectores más “prósperos” del nuevo momento político en Chile– como alguien que no representa un alzamiento popular, aunque, al igual que Karol, fue una de las caras más visibles del “Apruebo”.

En fin, son los nuevos ritmos, síncopas, tachaduras y partituras interrumpidas que emergen en este Chile que, ahora en otro registro, vuelve a ser *la anatomía de un mito* (pareciera que esta será siempre nuestra única anatomía posible).

Referencias bibliográficas

- Derrida, J. (1993a). *Espectros de Marx*. Editorial Trotta, Madrid.
- Rancière, J. (2005). *El odio a la democracia*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

LA VERDAD Y EL SENTIDO

(A propósito del día mundial de la filosofía)

A Roberto Torretti

La filosofía: cosa extraña para muchos/as; una suerte de fuerza distribuidora de incertidumbres que solo podría tener como finalidad la consolidación de una angustia. *La filosofía*: habitar siempre en la pregunta y entonces cuestionarse una y mil veces por los mismos problemas fundadores: el ser, la muerte, el tiempo, la literatura, la política, la ética, el lenguaje, en fin. *La filosofía*: quizás un cierto arte de la repetición que, con el paso del tiempo, va creando nuevas palabras, verbos, técnicas, esquemas, sistemas que, sin embargo, son la actualización sistemática de lo que desde siempre la misma humanidad se ha preguntado (o a lo que le ha temido).

En esta línea, y asumiendo la imposibilidad de abreviar a la filosofía en una palabra, no creo que alguien, tampoco, pudiera definir su verdad. Precisamente porque la verdad también es una búsqueda que atormenta a la filosofía desde que existe y a la que nunca ha podido atrapar del todo. Aquel o aquella que, llamándose filósofo o filósofa, diga que encontró el santo grial llamado verdad pues, pienso, no “hace” filosofía, sino que se autoexilia desoladora y ególatramente en el páramo del dogma.

Pero habría que decir que la búsqueda de la verdad no es lo mismo que la búsqueda del sentido; del sentido de una vida, de seguir algunos senderos o reconocer alguna que otra señalética que soporte a la existencia y le imprima, de nuevo, sentido a lo cotidiano. Para esto no es necesario practicar la filosofía, todos/as debemos tener un sentido para permanecer, de lo contrario tomaríamos sin dudarlo el ascensor directo al cadalso. El sin sentido es la muerte.

Y en esto sí estoy del lado de los/as filósofos/as que no se confunden: la verdad no es lo mismo que el sentido, así como la muerte no es lo mismo que la trascendencia, o más bien no nos lleva a ella necesariamente. Nadie nos puede asegurar la trascendencia –otra de las grandes obsesiones filosóficas y también teológicas–, pero a la vez no hay persona que pueda prohibirnos creer en ella. En mi caso adhiero a algo así como a una trascendencia intramundana. Intentar trascender todos los días desde el otro, por el otro, en el otro, no en un más allá de la vida sino en ésta, aquí y ahora.

Defiendo la múltiple formación de los sentidos, pero nunca la imposición canónica de las verdades. Sospecho de quien, a la verdad, la sensacionaliza y retoriza construyendo pirámides conceptuales y sistemas cerrados en donde los puntos de fuga quedan para siempre en latencia.

El sentido que le otorgo a la filosofía es que me conecta con el mundo, con los demás, me hace parte de un momento y me habita como época. Es eso, la filosofía *me habita como época*, como un tiempo y un espacio que exigen respuesta, mala, buena, acertada o sin puntería, da lo mismo: es la zona en donde la filosofía alcanza a la existencia.

Entonces este oficio se vuelve profundamente político; político porque existir implica de manera urgente al otro. Y al otro no solo de carne y hueso, sino que al otro como expresión de una alteridad que se configura y reconfigura, muchas veces, al compás de la partitura de guerras, de hambrunas, de las violaciones a los derechos humanos en todo el planeta, de los desplazados, de los migrantes, de la miseria

de las pandemias. El otro, ya sabemos con Levinas, es sin rostro, sin mirada. Es al que no siempre vemos.

Es desde aquí que la filosofía llena el vital espacio en el que, sin ella, probablemente, no habría nada. Solo una verdad incodificable. Un vacío sin escritura, sin habla y sin la irrupción de lo político. Solo el triste y monótono monolingüismo con uno mismo.

En el día mundial de la filosofía me atreví con estas ideas que no pretenden ser el precepto de nada, tampoco –y sin pensarlo de ninguna manera– un relamido moral organizado sobre la base de un discurso atávico. Simplemente apuesto por no buscar la verdad, sino el sentido y habitar la filosofía como una forma de vida que jamás podría desactivarse de cara a lo actual, a la cultura, a lo político, al sufrimiento.

Todo esto más allá de que la filosofía propiamente tal se haya acuartelado, a la fuerza, en los famosos estándares y factores de impacto, reproduciendo en la obligación desesperada el *rictus* de un sistema que nos ahoga, y que no en menor medida se empareja con la necesidad furiosa del “figurar”.

Pero más allá de esto, lo que nos queda es la resistencia sobria y generosa de temblar y conmovernos, de volver a nuestro tiempo y aquí, justo aquí, ratificar, con angustia o sonriendo, la belleza de un oficio tan necesario como urgente y que se practica, igual, dentro o fuera de las instituciones; muchas veces en muy malas condiciones, pero se continúa, aceptando lo que escogimos, lo que somos, sin abandonar nunca a este algo llamado filosofía por la que, seguramente, estaríamos dispuestos a todo.

Los juicios puramente morales, en este caso, podrían resultar vagos; una suerte de desprendimiento emocional que nos lance hacia una toma de posición que, aunque puede ser justa, no nos permite dar con algo así como el principio de un hecho que es político y de envergadura no molecular sino molar.

Sería sencillo apuntar a Gabriel Boric y decir simplemente que, cual contorsionista, giró con plasticidad olímpica –y diría definitiva– hacia lo que podría llamarse el significante regente de la política chilena en los últimos 50 años, o al menos uno de ellos. Este significante contiene no sólo la figura de Patricio Aylwin que se monumentalizó en La plaza de la Ciudadanía (frontis de La Moneda) apuntando la mirada al horizonte y que con piel de bronce extiende sus brazos en un gesto típico, reconciliatorio y puramente transicional, sino que es también una reverencia a los 30 años a los que tanto disparó en la cólera de su juventud revolucionaria; esa “sin guitarra”, consignera y callejera que, a esta altura, ya está petrificada. El significante, además, se compone de gestos poliédricos que no hacen sino afirmarlo. En esta línea, lo del presidente Boric es, a mi modo de ver, una resuelta afirmación de cara a todo el escandaloso entramado pactista pre y post

'73 y con el cual, titubeos más titubeos menos, Aylwin definitivamente se cuadró.

Pareciera ser entonces que el asunto es, sin duda, más complejo, y libera algunas consideraciones sobre el actual presidente que hace un par de días atrás eran solo intuiciones pero que ahora ya se deslizan como certezas, fijaduras, permutas sin remedio y una forma de gestionarse estéticamente que no tiene vuelta atrás y que excedió la búsqueda de lo políticamente neutro o de cualquier estrategia convocante.

El supuesto pacto refundacional por un nuevo país que encarnaba Boric no es, desde ningún ángulo, la estrategia de reconciliación de Aylwin. En esto el primero se confunde pensándose a sí mismo como una suerte de Aleph borgiano (punto del espacio que contiene todos los puntos), pasándose de revoluciones y levantado prédicas sobre arenas movedizas que no es otra cosa que un intento descoordinado por acercarse al centro e incluso a la derecha, pidiendo casi perdón por haberse atrevido, alguna vez, a sindicarse con el dedo a quien hoy se condensa en bronce y se eterniza en un discurso.

En esta dirección es que Boric se esteriliza en sus convicciones y no será, según lo que puedo entender, ese personaje político de altura y con conciencia histórica que parecía anunciarse en algún momento. Cada vez está más lejos de Allende y, como lo parece, más cerca de Aylwin ¿qué pasa y qué se juega en toda esta metamorfosis increíble?

Habrán quienes deberán escribir libros o redactar nuevas “historias ocultas” porque el dilema es complejísimo.

No hablaré de la “traición” de Gabriel Boric, no es ni me parece la palabra adecuada, sino de lo “torsión” de un político, el mismo que en búsqueda de un pragmatismo desmedido y una galería mal identificada, se olvidó a golpe de estatua de toda su rampante crítica a la transición que lo caracterizó por más de una década. No tengo nada en contra de cambiar y tomar posiciones exigidas por un nuevo *momentum*; puedo entender que desde el megáfono nómada de las alamedas al micrófono estático de La Moneda hay una gran distancia y que el asumir cargos de Estado implica moderaciones de todo tipo,

pero lo que vimos la semana pasada excede todo desplazamiento; toda contorsión, voltereta, salto mortal. Y la verdad es que ni siquiera es un desplazamiento, sino algo que no se esperaba, que solo habitaba en lo que no nos podríamos haber figurado nunca.

El presidente en este sentido fue radical pero en otra órbita, no en la que nos tenía acostumbrados (al menos hasta que fue candidato). Su radicalismo tiene que ver, esta vez, con asumir el vector transicional encarnado y cristalizado, como en nadie, en la figura de Patricio Aylwin.

Es cierto que la situación, para el primer presidente de la resbalosa “Transición”, era en extremo compleja y que él hizo, justamente, todo “lo posible” (incluso lo intolerable) por mantener a Pinochet tras la línea roja. Recordemos que en esos años el dictador, con las FFAA alineadas tras él en pleno, amenazaba a través de “boinazos”, movimientos itinerantes de tropas, o con frases para el mármol y en donde el General, con toda tranquilidad y amparado en la más comfortable impunidad, se despachaba joyas como: “El león dormita, pero no duerme” (Pinochet, op. cit. en Lefranc, 2004) No fue fácil para Aylwin, se reconoce y nobleza obliga, asumir que el suyo era un trabajo que requería del fino cálculo de un experto en transacciones y temple de acero para responder a la lengua de un tirano que gozaba de plena salud.

Sin embargo, y considerando que las concesiones de Aylwin a Pinochet pueden haber tenido cemento histórico, lo de Boric es desproporcionado y no consideró el global de una figura que de sombras también supo, y mucho.

Tal como lo veo, el actual presidente se replegó decididamente de la órbita potencialmente refundacional para entrar en la de los “gestos” políticos perforados por el contorsionismo. Y, justo, desplegó la torsión no carburando lo que representó Aylwin en uno de los momentos más amargos de nuestra historia reciente; quizás el más duro, sabiendo –como seguro sabe– que el demócratacristiano favoreció el sabotaje al gobierno de Allende, que agradeció a las FFAA y a carabi-

neros por su “acción patriótica” inmediatamente después del Golpe y que, también, su partido fue impulsor de los viles pactos con Estados Unidos para dinamitar al gobierno de la Unidad Popular. Esto es información desclasificada por la CIA, oficial y con valor histórico.

¿Qué homenajeaba Boric? ¿al famoso presidente de todos los chilenos, de civiles y militares, o también al pactista? Porque no hay uno sin el otro. Nuestra resbalosa memoria no puede conceder que un monumento borre la historia, la verdadera y que desató la espantosa hemorragia de muerte, persecución, torturas y desapariciones y en la que un presidente del senado, posteriormente presidente de la república y hoy estatua, no dudo en levantar el dedo y decir: “de acuerdo”.

En el decir de Deleuze y Guattari, Boric con su homenaje desmedido y artificial olvido, se recupera como una “máquina deseante” (1972); deseante de volver a configurar una conexión con la historia que abandona convicciones profundas para dar paso a la axiomática de la táctica y la consignación transversal de un reconocimiento político. La máquina deseante *no es una metáfora*, sino que persigue frenéticamente la fermentación extensiva de verdades que se acoplen a otras y, entonces, el relato de Chile alcance algo así como su unidad.

No sé qué queda, si queda, del Gabriel Boric que en su discurso como presidente electo citaba a Allende y se regocijaba en su memoria. Y no lo sé porque ahora se regocija en la de Aylwin, con una capacidad camaleónica y de torsión excepcional. No había, siento, porque cruzar la frontera de la dignidad –la suya y la de tantas y tantos que vieron en él la posibilidad de una justicia, una incierta, pero justicia al fin– para entrar en la zona indeterminada, incoherente y sin relato identificable.

Quizás la historia de la política de “los canjes” le dé la razón, pero por lo pronto y por décadas, quizás, veremos cómo la estatua de Patricio Aylwin estará en las puertas de La Moneda acogiendo y reconciliando con sus brazos abiertos a “todos los chilenos”. Ahora es la estatua principal, la del “frontis”; la fachada representativa de un Chile que no puede ajustarse a nada estable y que (e independiente de que

un joven presidente venido de los movimientos sociales haya sido metáfora de renovación y brisa fresca destinada a disipar la tradición de contubernio que nos es tan propia), al parecer, no tiene más destino que el que monitorea la contingencia calculista y el imperativo de prevalecer.

Por mientras, en la parte de atrás, en segundo plano y obligada a callar, al rostro de la estatua de Allende le aparece una mueca triste y en sus ojos de bronce, también, se trasluce una decepción.

Referencias bibliográficas

- Lefranc, S. (2004). *Políticas del perdón*. Catedra, Madrid. Deleuze, G.; Guattari, F. (1972). *El anti-edipo*. Paidós, Barcelona.

ESPECTRO, POLÍTICA Y REPÚBLICA:

El Fantasma portaliano de Rodrigo Karmy

I

Esta no es una reseña del *Fantasma Portaliano*.

En esta línea, quiero entender este libro como una confesión, pero no una confesión de esto o de aquello; tampoco una confesión en el sentido de liberarse de nuestras supuestas miserias paganas y que serán expiadas por alguna institucionalidad redentora. No se trataría en este caso de confesar cualquier cosa, de un arrebató emocional simplemente, sino que la confesión como lo que ha devenido inconfesable, improbable en su enunciación, en su decir radical. La confesión de lo que a través de la historia de un país se ha diseminado como un vapor sin tiempo y sin espacio pero que, no obstante, a juicio de Rodrigo Karmy, lo ha definido todo, incluso el resto, el suplemento, la juntura de lo que aún no es y que, sin encarnarse en principio alguno, sin encarnación original, lo hace en múltiples contingencias, infinitas contingencias que no son más que un galimatías ininteligible.

Confesar, en el caso de la escritura de Karmy, no es el decir resuelto de un relato organizado en torno a una verdad, sino que en “su” confesión aparece un exceso que nos desliza a la zona donde las bases y estructura completa de la idea de república se revela ahora en contra

de sí misma. Al respecto, cito a Jacques Derrida: “Confesémoslo. La confesión, si la hay, debe confesar lo inconfesable, y, en consecuencia, declararlo. La confesión tendría que declarar, si fuese posible, lo inconfesable, es decir, lo injusto, lo injustificable, lo imperdonable, hasta la imposibilidad de confesar” (*Isegoría*, 2000).

Lo inconfesable que se insinúa como revelable en la escritura de Karmy es un fantasma. Pero no del fantasma sin rostro, de una espectralidad desafiliada o desconocida que se desfigura hacia la eternidad sin representación, sino el fantasma portaliano, de Diego Portales, el nombre más reconocible, puede ser, en el relato de un Chile que, en él, e intentando seguir al autor, se espejea con o sin complejos, con más o menos amor por su fantasma (¿es posible amar un fantasma?), con mayor o menor adherencia, pero, innegablemente, con él, con esa suerte de espiritualidad que se adhiere a nuestra historia como un barniz, como la piel, pero también como venas que bombean en el centro de un país descalcificado en su devoción conservadora, y que ha precisado en el espectro portaliano no solo la posibilidad de construcción de toda una sociología autoritaria que ha constituido y penetrado la “razón” y los cuerpos de una comunidad, sino que, y con el mismo alcance, la extensión de una brutal dominación.

Esta es la primera radicalidad, considero, en la escritura de Rodrigo Karmy: confesar lo inconfesable de una historia que, aunque para muchos superada, se reproduce con la potencia incalculable de un significante sin rival, sin parámetro, sin ningún, al parecer, *otro* que se atreva a disputarle el trono, el mérito principal en la arquitectura de un pueblo, la creación de la partitura que definió el estilo, el son; significante espectral creado bajo el amparo de una oligarquía decimonónica que estaba tanto en la derecha como en la izquierda, tan partidorepublicanista como concertacionista o frenteamplista, en fin. Nada ni nadie está a salvo del fantasma.

Sin embargo, la idea de fantasma que despliega Rodrigo Karmy a lo largo del texto no es la misma de autores que, nuevamente, como Derrida, desarrollan a lo largo de su obra. Ahí donde para Karmy el

fantasma portaliano es una figuración imaginaria pero determinante y presente, tal como él señala, en todos y cada uno de los pactos oligárquicos que archivaron la cultura política y social de Chile, para Derrida se trataría de asumir al fantasma en un sentido afirmativo; se trataría aprender a vivir con ellos y es necesario decir sí a la venida intemporal de los que no están presentes: "(...) aprender a vivir con los fantasmas, en la conversación, en la compañía o en el compañerismo, en el comercio sin comercio de los fantasmas. A vivir de otra manera. No mejor, más justamente. Pero con ellos" (1993a).

Esta lectura de Derrida del fantasma aparece como una exigencia ética con lo informe; exigencia de vivir con los fantasmas y asumirlos como un exceso respecto del presente. Hablamos aquí de un tiempo otro en donde lo fantasmagórico tiende a diseminarse fuera de cualquier orden crono y ontológico. La responsabilidad, entonces, debería ser afirmativa respecto de esta no contemporaneidad. El tiempo de los fantasmas es, también, siguiendo a Derrida, el tiempo del otro y de la significativa alteridad que nos constituye desde su desconexión metafísica con la presencia.

Por otro lado, para Derrida, el fantasma, el espectro, es lo que queda del muerto y es a él a quien debemos afirmar. El espectro como huella de una memoria y también como fuerza testimonial de los ausentes. Aprender a vivir con los fantasmas es aprender a vivir con las cenizas.

Tengo la impresión de que el mejor paradigma de la huella no es (...) la pista de caza, el abrirse paso, el surco en la arena, la estela en el mar, el amor del paso por su impronta, sino la ceniza (lo que resta sin restar del holocausto, del quema-todo, del incendio el incienso) (1987).

La ceniza es lo que queda después de la extinción. Seremos cenizas y ellas mismas son el testimonio de que alguna vez algo fue. Sin embargo, "una ceniza no es".

Ahora, en la filosofía derrideana el fantasma viene, pero no llega. Pero ¿efectivamente viene? ¿o siempre está desde ya viniendo? ¿no es acaso la imposible venida del espectro su única posibilidad de venir, de manifestarse y asediar al mundo de los vivos? La venida del espectro es su siempre estar viniendo. Hablamos de un tiempo espectral que perturba todo tipo de convenciones respecto de la presencia y el tiempo nuevamente; pensamos la venida del fantasma como la arremetida del acontecimiento, de lo imprevisible, de lo incalculable, de lo sin predisposición, en fin, de aquello que nunca estará del lado de la evidencia, aunque ésta se vea trastocada al extremo por la intuición de su asedio. En esta dirección, Derrida sostiene que: “En el fondo, el espectro es el porvenir, él está siempre por venir, sólo se presenta como lo que podría venir o (re)aparecer: en el porvenir” (1993a). El fantasma todo lo desorganiza.

Para Rodrigo Karmy, en cambio, el fantasma aparece, se revela y se codifica como un dispositivo¹, en el sentido más foucaultiano del término, organizador; como aquello que desde su misma fantasmagórica influencia no irrumpe, sino que planifica y coordina; no altera ni disloca, sino que precisa una historia y caligrafía una estrategia de dominación, un régimen. Fantasma que es palanca vinculante y excluyente a la vez; fantasma de clase, fantasma oligárquico, fantasma conservador, fantasma que monitorea cuerpos, deseos y que tributa (táctica y consistentemente) a su propia reproductibilidad apropiándose, con este gesto sin proporciones, de un relato y una estructura fundamental. Fantasma racional, interesado, fantasma burócrata y mercenario pagado por capitales peculiares al que no se le escapa el tiempo ni la historia. Al primero lo monitorea y a la segunda la define.

1 El término dispositivo –y del cual nos servimos– es explicado por Michel Foucault de la siguiente forma: “Lo que trato de indicar con este nombre es, en primer lugar, un conjunto resueltamente heterogéneo que incluye discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, brevemente, lo dicho y también lo no-dicho, éstos son los elementos del dispositivo. El dispositivo mismo es la red que se establece entre estos elementos”. M. Foucault. “La gubernamentalité” en *Dits et Ecrits* III, Paris, 1994.

Cito a Rodrigo Karmy en un pasaje notable:

No habrá fantasma sin muertos ni tumbas: el triunfo del portalianismo, que la historiografía conservadora no dejará de glorificar y publicitar, será el verdadero triunfo del fantasma, esto es, de una monarquía muerta e introyectada hipertróficamente en el seno de la vida de la nueva república que emerge como su fantasma (2022, p. 20).

Para Derrida el fantasma no triunfa ni pierde, solo divaga y acecha. Para Karmy el fantasma se impone a través de la generación de una ideología, de una facticidad y una fuerza que obtura con pericia sociológica las turbinas de esa “masa ignorante”, “rota” (en el sentido del roterío y de lo que se ha roto), incapaz de proveerse un rictus, una imagen, desperdigándose para siempre en el desolador páramo de la servidumbre.

No obstante estas diferencias, sí podemos coincidir en que, en ambas lecturas, nada es posible sin la aparición del fantasma, aunque éste no se presente jamás.

II

Tan importante como el fantasma, fáctico, pero fantasma al fin, son para Karmy “los” cuerpos (me atrevo a decir que el fantasma en este libro es un fantasma que tiende al cuerpo, que vertebra. Un espectro corpóreo). Escribe el autor: “Cuerpos legales, políticos, marginales, cuerpos que supuran cuerpos, que proliferan en la sequedad devastada y sin prisa de una república erigida en la frontera del mundo” (2022, p. 17).

Sin señalarlo, de esta forma, Rodrigo Karmy parece entrar –y en tanto la noción de cuerpos es parte del entramado teórico fundamental del libro– en el terreno de la biopolítica, asumiendo que: “La biopolítica es la forma de gobierno de una nueva dinámica de las fuerzas que expresan entre ellas relaciones de poder que el mundo

clásico no conocía” (Lazzarato, 2000). Sabemos, desde Foucault, que la biopolítica es consubstancial al surgimiento del capitalismo, por lo que, y en esta línea, el fantasma portaliano sería también un agente dispensador de biopoder gestionando, manipulando y organizando trayectorias vitales, vidas, cuerpos, en fin.

Todo esto exige una nueva teoría política, pero sobre todo una nueva ontología del cuerpo. Sin embargo, en el trabajo de Karmy, además de habitar en este perímetro ontológico, el fantasma define cuerpos legales, normativos, distribuye leyes y es quien determina el imaginario completo de un país que se funda y refunda constantemente sobre la metáfora activa de los cuerpos dominados por la fábula oligárquico-conservadora.

Y es aquí donde el autor da con esta suerte de alquimia sociopolítica que –como él lo dice en una frase tan breve como determinante y que oxigena un análisis de largo alcance– permite “transformar los cuerpos del deseo en cuerpos del poder” (2022, p.18). En este desplazamiento la figura de Portales adquiere una potencia inusitada en la prédica oficial de la república (a mi modo de ver solo comparable, si es que esto es posible, a Jaime Guzmán), en el sentido que tal como lo señala el autor los cuerpos deseantes, deseados, habitantes de un espacio erótico que buscan, en la diferencia que les es propia (su *différence* diferida, espaciada, sin genealogía posible, diremos, parafraseando a Derrida), la proliferación de nuevos y múltiples deseos –en lo que podría ser entendiendo como la agencia de una sublimación política o una política de la sublimación–, pasan a formar parte de una mitología fundadora que los fosiliza, ahora, como restos de un pueblo que no fue, nunca fue, o si lo fue, era el apéndice siempre ajustado por una gestión geométrica que resulta del cálculo trascendente e inmanente que es el fantasma portaliano. Como lo escribe Jean-Luc Nancy: “Nada es más común a los miembros de una comunidad, en principio, que un mito, o un conjunto de mitos. El mito y la comunidad se definen, al menos en parte –pero también tal vez en su totalidad– mutuamente” (*La communauté désoeuvrée*, 2004).

Esto es relatado por Karmy y es una constatación, a mi juicio, de orden mayor tanto a nivel filosófico como histórico-político. Pensar la fundación de una república a partir de la violenta metamorfosis impulsada por el metabolismo oligárquico, de cuerpos deseantes en cuerpos sensibles al poder, es una lectura que se destaca en su originalidad y tiene ciertos rasgos de descubrimiento. Aquí también es donde pretendo entender lo que al principio señalé como “confesar lo inconfesable”; solo en esta aporía es que se dinamiza la resuelta novedad, y Rodrigo Karmy entra con coraje en este espacio ilimitado que es el de los fantasmas.

Mucho más es lo que se podría decir sobre este libro que llega para impactar desde su radicalidad y que, de alguna forma siempre fiel a su estilo, altera y sacude los circunspectos análisis que proliferan desde las distintas orbitas académicas. Referirse, por ejemplo, a la intensa búsqueda por encontrar respuestas a la jerarquía del fantasma desde la lectura psicoanalítica, sobre todo lacaniana, en donde a partir de la teoría del espejo el individuo, por primera vez y en su más temprana infancia percibe con júbilo su imagen completa, comprendiendo que es una unidad y festejando la completud del cuerpo. Sin embargo, esta alegría es pasajera, rápida, no permanece en el entendido que el niño asume que esa imagen no es él, que es una proyección, un engaño; la mentira fundante que enajena a su yo descubierto de la totalidad entrando entonces, de ahí en más, en la progresiva autoconciencia de sí como sujeto incompleto, craquelado, puesto que lo que está en el espejo, lo que está fuera de sí, no es él, es solo la aparición de un doble, de un fantasma que lo ilusiona y alucina haciéndole creer que se trata de un sí mismo cuando, en realidad, es simplemente el reflejo áspero y brutal de su fragmentación. Chile sería el niño y Portales la imagen en el espejo: Portales el fantasma.

Para terminar nada más apuntar al penúltimo capítulo (el 19) titulado “An-arché” y en donde el autor tensiona al fantasma desde la irrupción de la Revuelta. Y me interesa particularmente porque *arché* está, también, en la etimología de la palabra archivo, noción que

he trabajado y me ha interesado desde hace años, y que es entendida en principio por Derrida como una “(...) máquina indestructible, únicamente transformable, comprometida en lo sucesivo con un movimiento sin ruptura” (1973). Esto es la repetición, la iterabilidad, (es decir a la independencia de la significación en relación al contexto). El archivo nos deriva, siempre, a esta suerte de “prótesis del origen” (Derrida, 1996). El archivo recoge, escoge y filtra lo que será considerado en un momento fundacional, desestimando cualquier otro relato que no pertenezca al engranaje de su *quasi* máquina iterable:

Una obra que se sobrevive a su operación y a su operador supuestos (...) una suerte de independencia o de autonomía archival y quasi maquinal (no digo maquinal, digo quasi maquinal), un poder de repetición, de repetibilidad, de iterabilidad, de sustitución serial y protética” (Derrida, 2001).

El archivo con-signa, es decir reúne signos y desestima otros. Aquí la fuerza de la creación de lo que sea, en este caso, de una república.

Queremos decir con esto que Portales y su fantasma son el archivo, la violencia y el mandato original que no solo retoriza, sino que jerarquiza “la república de los cuerpos”, por citar la bajada de título del libro. Archivo, fantasma, violencia, en fin, todo en un solo nombre, en un solo espectro llamado Diego Portales.

Cito a Rodrigo Karmy y a su insistencia en la repetición:

(...) esta luz, la democracia sobrevenida desde 1990 se anuda estrictamente sobre la base del fantasma portaliano que oligarquizó sus procesos y mantuvo a salvo el orden de los vencedores de 1973 —que se yuxtaponen con los vencedores de 1830—. Asistimos, pues, a la réplica del fantasma portaliano que, a la vez que abrió el proceso de restitución de su forma con el golpe de Estado en 1973, lo perpetuó y profundizó políticamente desde 1990 hasta la actualidad (2022, p. 126).

En fin, con todo, esta es una obra que se desplaza sin complejos y de manera articulada entre la historia, la filosofía, la sociología y el psicoanálisis y, aunque puede entenderse como un texto académico, se revela en todo el candor y fulgor de la plástica y libertad del ensayo. Con una rica flora bibliográfica que recorre desde Nietzsche a Patricio Marchant, pasando por Vicente Huidobro y estibando en Tocqueville. Sin olvidar a los que pueden ser los referentes principales de este libro: Gabriel Salazar, Alfredo Jocelyn-Holt y Jacques Lacan, entre otros/as que seguramente se me arrancan.

Me pregunto, y esto es más personal, cuáles de los fantasmas de la historia de Chile son, también, los fantasmas de Rodrigo Karmy; cuánto de lo que lo desola y desborda radica en su propia neurosis, en su melancolía filo-político-literaria, en la búsqueda siempre esotérica, etérea al tiempo que impresa en la poética interpretación de un país que lo atormenta al momento de pretender interpretarlo; país al que le que le hace frente con la radicalidad y el coraje del que sabe mirar de frente y decir: “Sí, yo firmo”.

Referencias bibliográficas

- Derrida, J. (1973). *L'Archéologie du frivole*. Éditions Galilée, París.
- Derrida, J. (1987). *Feu la cendre (La difunta ceniza)*. Editorial La Cebra, Buenos Aires.
- Derrida, J. (1993a). *Espectros de Marx*. Editorial Trotta, Madrid.
- Derrida, J. (1996). *Le monolingüisme de l'autre (el monologuismo del otro)*. Ediciones Manantial, Buenos Aires.
- Derrida, J. (2000). “Confesar- Lo imposible. Retornos, arrepentimientos y reconciliación”, *Isegoría* 23.
- Derrida, J. (2001). “Le ruban de machine. Limited Ink II”. *Papier Machine*. Galilée, París.
- Karmy, R. (2022). *El fantasma portaliano*. Ediciones UFRO, Temuco.
- Lazzarato, M. (2000). “Del biopoder a la biopolítica”. *Revista Multitudes* 1.
- Nancy, J-L. (2004). *La communauté désœuvrée*. Éditions Galilée, París.

EL “DEBER” DE LA UNIVERSIDAD (MIRAR AL MONSTRUO)

Trabajo en una universidad regional, privada y católica. Es decir, reuniría todas las condiciones para no “tener derecho” a pronunciarme sobre lo que ha ocurrido en la universidad, quizás, más centralizada “pública” y laica de este país: “La” Universidad de Chile (“la” Chile); nombre propio que expresa tanto y que por sí mismo concentra y expresa gran parte de una historia; lugar donde se ha experimentado con fórmulas de Estado, con crisálidas socioculturales que logran –o no– nacer, y donde además las intervenciones de todo tipo no han sido breves adagios inspirados por una que otra partitura ideológica, sino que, por el contrario, serios y coordinados intentos de expropiación de la idea de universidad misma.

Y esto podría resultar central: la universidad, en su sentido más extensivo, en su resolución más compleja al tiempo que indeterminada, es justamente lo imposible, lo que jamás podrá llegar a ser, es decir, su propio contrario. La universidad no tiene forma, es sin figuración, y no podría ser comprendida más que desde cierta monstruosidad; monstruosidad que sería su salvación, su redención. Sin esta, digamos, constatación, todos los análisis no serán sino esquelas –en el sentido de aquella tarjeta que notifica la muerte de algo– hume-

decidas en el espacio de la repetición; buenas y sanas críticas que no descansarán sino en lo que desde siempre se ha sabido re-configurar (la institución universitaria) al ritmo de un síntoma que ha recorrido espectralmente la historia de un país que se reconoce en su petrificada tradición oligárquica.

Que la universidad ha sido acechada, gestionada, capilarmente monitoreada o articulada como un espacio siempre sensible para que ideologías de todo tipo la habiten, bueno, nada nuevo; que la universidad sea la zona por antonomasia donde se permute, parafraseando a Derrida en *La universidad sin condición* (2002), el “derecho a decirlo todo”, sin concesiones, otra vez: nada nuevo.

En todas sus épocas, en todas sus espacialidades y en cada alabanza política, la universidad no ha sido sino la región crítica para la reproducción de una dominación. Un artefacto, un dispositivo, un mecanismo de poder que, trasapelado tras la supuesta generación de conocimiento, urde una madeja que no transa ni se emparenta consigo misma, sino con aquello que le da *su* razón y *su* ser (Derrida, 1997), esto es el rostro de un tiempo, la consolidación de un sistema, la manera de construir una racionalidad específica y anclarnos de este modo a una herencia ominosa que despunta siempre hacia un “nosotros/as” y un “ellos/as”; a los/as que saben y a los/as que no saben; a los/as que fueron y no fueron a la universidad. Creo que si no somos capaces de asumir que quienes trabajamos en las universidades somos parte de una trama exclusiva en la que la resignificación permanente de la segregación y la adulteración del vínculo social no ha sabido sino acelerar la energía propia de una elite, pues, pienso, poco entendemos.

Por esto mi insistencia en clave derridiana: la universidad solo es posible ahí donde es imposible, donde no puede existir y donde el perímetro para que sus supuestos valores fundacionales se vean brutalmente borrados, arrojados a la intemperie de un tiempo que, desde lo inmemorial, solo ha sabido utilizarla como ortodoxia abyecta de los que han dispuesto siempre su subordinación.

Lo que ocurrido en “la” Chile (me inquieta esta expresión que en sí misma demandaría análisis puesto que, creo, es el único momento en que Chile no es considerado desde la masculinidad que lingüísticamente lo ha legitimado, es su revés: “la” Chile) a propósito del escándalo sobre las supuestas tesis apologistas de la pedofilia, es un reflejo de lo que, considero, se ha descrito. Nadie querría ni querrá que en una universidad –publicada o privada, da lo mismo– se creen espacios institucionales para que discursos pederastas, nazis, apologistas de la tortura, en fin, para que cualquier relato de horror germine, en este caso, en un título de pre o posgrado. Pienso que esto no tiene sentido discutirlo porque sería entrar en una perorata moral que poco interesa.

El punto es cuánto una universidad es capaz de resistir de cara a lo que ella misma no es; cuánto aguanta frente a un espejo que le devuelve una imagen desfigurada; hasta dónde la universidad, para *ser* universidad, debe saber habitar en aquel espacio en el que no hay representación ni ubicuidad, ni tiempo ni espacio, solo monstruosidad. Y aquí la monstruosidad es el otro (o el porvenir).

“El porvenir sólo puede anticiparse bajo la forma del peligro absoluto. Rompe absolutamente con la normalidad constituida y, por lo tanto, no puede anunciarse, presentarse, sino bajo el aspecto de la monstruosidad” (Derrida, 1967).

Lo monstruoso es el acontecimiento imponderable que no tiene posibilidad de ser calculado y, en esta línea, ambos se unen y reúnen en un principio sin forma e incluso sin concepto. Entonces la pregunta: ¿está la universidad preparada para su propio otro-monstruoso? ¿tiene la posibilidad de sacudirse las cadenas de la tradicional dominación y asumirse en la estremecedora arremetida de lo que no trae ni rostro ni sombra?

No nos vamos, ahora, a impresionar de que los neuróticos medios de comunicación quieran penetrar una universidad como “la” Chile apostando por una imantación ultra-derechista y neoliberal que la desfonde; tampoco de los clásicos poderes fácticos que ven en la

aparición de estas tesis una posibilidad para esterilizar la denuncia, la renuncia, la crítica y el desborde de la tradición. Todo esto siempre ha estado ahí y no es propio del modelo neoliberal, sino de una historia completa.

Tampoco resulta novedoso que a una académica del calibre de Olga Grau se le quiera acicalar con todo tipo de fetiches y lugares comunes de mal gusto que no buscan más que fosilizar a un pensamiento que no pueden enfrentar sino desde la más burda descalificación. Olga Grau no debe dar ninguna explicación, pero ninguna, y todos y todas los y las que de alguna manera investigamos tenemos el deber de blindarla de esta bandada de indignantes millonarios procuradores del porvenir.

En fin, como decía al principio, trabajo en una universidad regional, privada y católica, no es un paraíso (qué universidad lo es). Pero esto no es lo relevante. Lo que sí lo es, es que todas las universidades, no solo “la” Chile, deben saber enfrentarse a lo que no son, a su imposible imposibilidad.

Abogar por este derecho, el derecho a dejar venir al monstruo que no emerge, sino que cae verticalmente radioactivizando todo, es, pienso, nuestra indeterminada y urgente responsabilidad.

Referencias bibliográficas

- Derrida, J. (2002). *La universidad sin condición*. Editorial Trotta, Madrid.
- Derrida, J. (1997). “Las pupilas de la Universidad”. En Derrida, J. *Cómo no hablar y otros textos*. Proyecto A, Barcelona.
- Derrida, J. (1967). *De la gramatología*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

EL INDULTO DE GABRIEL

Una de las interpretaciones que se le da a la palabra indulto (del latín *indultus*), es “tener largueza”. Y es quizás desde aquí que podríamos intentar un primer análisis de lo que ocurrió ayer en Valparaíso, en donde Gabriel Boric decidió, por atributo constitucional propio del presidente de la república, indultar a 12 presos políticos de la Revuelta de Octubre más al exfrentista Jorge Mateluna. Son dos casos distintos pero envueltos en la misma trama.

“Tener largueza”, ir más allá, extender, abandonar el quietismo y entrar en el movimiento; desprenderse de cualquier sedentarismo y desplazarse como una banda nómada hacia una zona en la que, en este caso, lo que irrumpe como acontecimiento es algo así como “una” justicia; no “la” justicia, sino una que es dicha y ejecutada a modo de liberación; libertad, abandono de la prisión o derrumbe de los barrotes patoteros; una justicia que contradice el contexto y arriesga los acuerdos y, entonces, el futuro inmediato de un país que busca frenéticamente, y a toda costa, constitucionalizarse y abandonar la justa anomia producida por la más abyecta e inmemorial cultura de los abusos; la misma que un pueblo enfrentó desbordándose en reivindicaciones, marchas, cantos, primeras, segundas terceras e infinitas líneas; aque-

llas que –más allá de los perdigones, la enajenación bio-ocular de las policías y los obituarios que entraron en régimen– resistieron y permitieron a todas y todos, los que venían detrás, avanzar. Crear, sino un poder popular, al menos, y lo que es mucho, un metabolismo social y cultural acelerado en donde el célebre “oasis” de Piñera se descubría en su más profunda mentira; nunca fuimos un oasis, sino un páramo arrasado por la desigualdad, el margen perpetuo; por el determinismo histórico al que condena la cuna y del cual, casi nunca, es posible escapar.

Por estas razones, siento, el indulto del presidente hizo “una” justicia.

Hace unas semanas Gabriel Boric monumentalizaba a Aylwin en el frontis de La Moneda lanzando, entre otros, a la estatua de Allende al patio trasero; favoreciendo con este gesto no solo el ensalzamiento de una figura que se involucró en favor del Golpe, sino que instaurando –con la estatua– una suerte de precepto dominante que termina por definir lo que nos es más propio, lo puramente nuestro, el *ethos* de un país o el tinglado sociológico e histórico más determinante, este es la transición, el pactismo, el cogobierno con Pinochet, en fin.

Sin embargo, al liberar a estos 12 jóvenes, Boric volvió a ser Gabriel; el político cuya juventud y elocuencia no iban de la mano de ningún pacto (aunque esto sea lo que exige este momento político y lo puedo entender), de ningún monumento transicional ni menos de torsiones y torsiones itinerantes, sino de aquel que en su retórica lanzaba rebeldía al tiempo que la esperanza de un país que podía recuperar la dignidad extraviada. Como sostuvo una emocionada Fabiola Campillai, la gran precursora de esta liberación: “agradezco la humanidad y cariño a su pueblo”.

“Estos jóvenes no son delincuentes”, apuntó el presidente, abriendo con estas cinco palabras la ruta hacia un umbral en donde la vandalización del Estallido de Octubre y la banalización de la Revuelta parecía llegar, al menos en el relato ominoso, a su fin. No son palabras cualquiera, significan y distribuyen sentido no solo a las familias que

vivieron el transido horror de ver a su gente abarrotada, también a un país que, plagado por la cólera conservadora, había logrado construir el imaginario de que todo lo que había pasado no era nada más que un cimbronazo delincuenciales sin soporte histórico ni fundamento social alguno; solo eran unos cuantos y cuantas millones de saqueadores que se tomaron las calles de todo el país con la única intención de asaltar el palacio de primavera e instalar sus soviets de Octubre 2.0. Para esta casta reaccionaria nunca hubo abusos, jamás existió la desigualdad y de ningún modo Chile era un país sin justicia social, sino, nuevamente, un “oasis” pletórico de humanidad y solidaridad.

Evidente que la derecha reaccionó sin novedad en el frente, como de costumbre, y en un acto instantáneo (reflejo) tensionó el acuerdo nacional por la seguridad –esto reviste de aún más coraje a la decisión de Gabriel–, con las amenazas cargadas y el cuchillo en los dientes. Todo esto porque siempre han entendido que la seguridad tiene que ver con el castigo, con el encierro, con los calabozos, sin detenerse un segundo a considerar que la seguridad misma no es un axioma militar, sino una fórmula superior que le permite a un país vivir, tanto como se pueda, en paz.

En este sentido la paz social no se trata simplemente de la ausencia absoluta de conflictos (esto es imposible) sino de la presencia de justicia, y en esto Gabriel Boric estuvo a la altura y nos regaló, a quienes creemos en que no se puede criminalizar la energía liberada de un pueblo históricamente subordinado, el más hermoso regalo de este 2022 que se va: el indulto a los presos políticos de la Revuelta de Octubre de 2019.

Ahora, estos 13 hombres libres, podrán decir: “Que mis raudales sigan, que vuelva en flor la vida libre, espíritu del viento, aliento de llovizna” (Elicura Chihuailaf).

Referencias bibliográficas

Chihuailaf, E. (s/f). BíoBío, Sueño Azul. Poema.

Hace unos cuantos días escribía una nota en la que sostenía que con el indulto a los 12 presos de la Revuelta más al exfrentista Jorge Mateluna, Boric volvía a ser más Gabriel, recuperándose en una suerte de contorno donde sus convicciones se resolvían por sobre la contingencia y las exigencias de la ponderación política arriesgando mucho, pero dejando atrás con este, a mi modo de ver, genuino gesto, una serie de torsiones y concesiones (TPP-11, monumentalización de Aylwin en la Plaza de la Ciudadanía, calificación de “terrorismo” en el Wallmapu, en fin) que lo habían ensombrecido de cara a un pueblo que lo ungió como el joven político portador de una cierta esperanza, de una cierta justicia.

No pretendo referirme al escándalo montonero que se armó después de anunciado el indulto; tampoco a la palabra “desprolijidad” que se ha expandido como bomba racimo en todo el panal político rebotando en la ciudadanía que termina por castigar a Boric, según la CADEM, con un inédito 70% de desaprobación. Menos me interesa en esta pasada el bombazo dentro del gobierno que implicó, en lo inmediato, la renuncia de una Ministra de Justicia y la salida de su dilecto amigo, mentor y consejero, quizás, más importante: no. No

escribiré sobre este cataclismo casi perfecto, sobre estos barcos que ya zarparon.

Quiero escribir, un poco, de lo que habitaría en Gabriel Boric, de lo que procesa internamente y lo que esto puede implicar como metabolismo psíquico-político que derivaría en una suerte de decadencia (quiero entender esta palabra en su etimología latina, donde se comprende como “declinación”). Decadencia o declinación provocada por la disputa entre ser el Gabriel de la Izquierda Autónoma, de la FECH o incluso el del Congreso y el Boric de La Moneda, el mismo que debe saber sumar, restar, multiplicar y dividir; mirar en todos los puntos cardinales antes de atreverse con alguna que otra “blasfemia” antipolítica y asumir, entonces, que su sueño de una democracia *millennial* con textura allendista y proto socialdemocracia europea (fenómeno novísimo) se ha transformado en la pesadilla de ejercer el poder en un país limitado no solo por el mar y la cordillera, sino que, y con la misma potencia demarcatoria, por un suerte de *habitus* calculista, al que no puede sino asumir; asumir pidiendo perdón periódicamente, reverenciando a los “30 años” o despachando a quienes fueron sus estafetas más íntimos/as.

No tengo duda de que esto debe ser muy denso, tormentoso y desolador para el presidente. Sin embargo, creo que el asunto es aún más pesado: es pérdida, nostalgia por la calle, el cemento, el megáfono y la asamblea, librándose en su interior una batalla brutal entre un pasado consignero y espontáneo y un presente formateado y asesorado. En fin, represión, deseo sin objeto, sublimación forzada, esquizofrenia sintomática desatada en el núcleo de una cultura política que no le dará cuartel ni trincheras, simplemente lo apuñalará a mansalva a plena luz día o en la más oscura madrugada.

Gabriel ya no puede ser solamente Gabriel, quizás no lo vuelva a ser nunca. Debe ser Boric y asumirse como un recuerdo al mismo tiempo que como un aquí y ahora, conjugando en este movimiento (tan político como psíquico) lo que es propio de quienes deben resignar y resignar, ceder y ceder permutando, en reiterativa y dura faena,

todo lo que se fue. Y debe ser difícil ver cómo una parte de nosotros nos abandona y que todo lo que en un momento parecía importante, definitivo, intransable, se instala en un tipo de distopía negociadora en la que nada se parece a lo que se soñó o se deseó.

En este caso, el de Gabriel Boric, los deseos están obligados a canalizarse a través de una axiomática (valores) asociada a la declinación. Esto es abstracto, no tiene materialidad ni puede evidenciarse, pero se apunta y zapatea, de manera desesperante, en lo más íntimo de Gabriel que ve, desde el puerto de sus más nobles, juveniles y firmes convicciones, partir a Gabriel mismo, dejándolo a la espera de una fábula que no regresará porque no le queda más remedio, si quiere sobrevivir políticamente que ser, una y otra vez, Boric.

LA POLÍTICA DEL CLIMA

La irrupción –siempre determinante– de Michelle Bachelet en la disputa contingente, revela la fundamental volatilidad de la política chilena. Ahí donde, de manera itinerante, parece ser nítida la cartografía general de la distribución de fuerzas, basta solo un vector para que toda esa supuesta estabilidad desarticule la débil estructura y se ritualice la descoordinación.

Esto parece indicar algo que es más o menos obvio en el tinglado sociológico y político actual de nuestro país. Me refiero a la falta de soportes ideológicos contundentes que no sean tan fácilmente alterados por la irrupción de tal o cual variable (por relevante que sea como lo es, sin duda, Michelle Bachelet). Hablamos de la ausencia de una disputa realmente sustantiva, en donde lo que se enfrenten sean ideas firmemente meduladas, visiones de mundo, corrientes de pensamiento, en fin. En Chile todo pasa en la superficie, todo es reacción sin convicción, no hay profundidad ni menos relatos que se activen desde el riesgo de las ideas. Estas son las razones que explican el que estemos siempre a la intemperie y dúctiles a los cambios climáticos de la zona política.

Entonces podríamos hablar de “la política del clima”; una que cambia según los ciclos de la luna, las mareas, los vientos, las traslaciones y rotaciones. Si bien, como sabemos, el clima es predecible, fácilmente puede sorprender, incluso, con catástrofes.

En este sentido, por ejemplo, el hecho político de que Michelle Bachelet haya aceptado una potencial nominación como candidata a consejera constituyente, implosionó verticalmente estremeciendo la utilitaria alianza entre Apruebo Dignidad y el llamado Socialismo democrático. Esto provocó la respuesta de otro paquidérmico como Ricardo Lagos quien, de manera inmediata, salió a defender la autonomía de su sector diferenciándose así no solo de Bachelet, sino que de la generación que los denostó y cuyas cuentas aún no se consideran saldadas.

En fin, Chile es una larga faja de tierra que tiene casi todos los climas. Su política, la nuestra, podría ser fácilmente su mimesis. Todo indica que en este país el retiro de lo ideológico frente al triunfo de lo epidérmico, lo circunstancial o lo que simplemente no tiene fondo, posee una garantía de preexistencia, existencia y post-existencia.

SABEN LO QUE HACEN

En el libro *El sublime objeto de la ideología* (2005), Slavoj Žižek, replanteando la frase de Marx escrita en *El Capital* [1859] “Ellos no lo saben, pero lo hacen” –y que se refería al cómo los hombres le dan un valor intrínseco a los productos de su trabajo generando las condiciones de posibilidad del sistema capitalista (ideología, falsa conciencia, fetichismo)–, va a señalar que en el capitalismo tardío no se trata de un velo de ignorancia sino que de una constatación, desde todos los ángulos, nítida: “ellos saben muy bien lo que hacen, sin embargo lo hacen”.

Mi intención es ver cómo esta idea rebota en nuestro Chile actual perforado por una clase política que, en su delirio endogámico y autorreferencial, se construyó toda una órbita, una zona para barrer con lo que fue la fuerza y grito octubrista y que, como tantas veces en la elipsis de la historia, no fue más que un diminuto asteroide gravitando en la enorme galaxia de lo que ya está escrito, de lo definitivo, de aquello que sin en el más mínimo pudor engendra privilegios y consume exclusiones.

Pero no ésta o aquella, no una que otra injusticia itinerante o una desigualdad aislada que desentona desactivando el coro de una so-

ciudad atravesada por un supuesto vínculo. Hablamos de *lo definitivo* como aquello que no se corrompe a sí mismo, que se es leal y no se despista un centímetro en la búsqueda de su reproducción, aunque todo su despliegue y orgánica no sea más que la, justamente, corrupta reunión de capitales de todo tipo que hacen del pueblo (categoría resbalosa), una sombra.

Y todo a plena luz del día, enrostrándonos cómo se construye la ilegitimidad por venir. *Porque saben lo que hacen y sin embargo lo hacen*. Los 24 expertos y expertas que se amparan bajo la tradicional fórmula de las élites, son conscientes de su legitimidad artificial, conseguida en secuencia perfecta de procedimientos espurios y timocráticos (*timocracia*, según Platón, es el sistema de gobierno en el que participan solo los que tienen un determinado capital o propiedades), contruidos para la ocasión y exiliando *a fuerza de ley* todo lo que tenga el más tenue aroma a soberanía popular, a plebe, ha estado llano o a como quiera que le llamen a ese radio del sistema que no decide sino que es decidido, que no es trama sino personaje secundario –con suerte–; el mismo al que se le prohíbe ser agente y gestor de su destino.

En otras palabras, no somos los espectadores de un teatro oculto manejado por poderosos que pretenden pasar, a modo de contrabando clandestino, el engaño. No se trataría de hacernos parte de un espectáculo diseñado para influir desde las sombras y, entonces, inseminarnos la verdad de la historia. No. Saben lo que hacen y lo hacen translúcidamente, en vivo y en directo y despuntando una estética brutal, en crudo, real, absoluta; estética eficaz que no se las lleva con tautologías de ningún orden, sino que es clara y vehemente en su mensaje.

Pienso en la ilegitimidad que saben estar construyendo. Porque es evidente que esta Constitución, de aprobarse, estará impulsada por la facticidad de un proceso que se larvó en la bacilón orgiástico y reaccionario de los poderes típicos. Nada importa mientras la hemorragia de sus saberes/poderes se contextualice y logre estibar en un presente que les asegure, nuevamente, su reproducción.

Y es esto: a la oligarquía no le interesa tanto el futuro como el presente. Tienen la astucia, de sobra, para saber que si controlan el aquí y ahora jamás perderán, y que el botín de la diligencia llamado Chile les ha pertenecido antes, durante y después. En el dominio del presente está el secreto para monitorear el futuro y en la sistemática conducción de la ilegitimidad encontramos las coordenadas de la verdad, de la hegemonía del concepto.

Por eso dentro de los y las 24 expertos y expertas tenemos a algunos/as salidos/as del más conspicuo gremialismo. *Libertad y Desarrollo*, por ejemplo, presente con Bettina Horst y Natalia González, es la cristalización, a modo de *Think Tank* y ahora en clave de proceso constituyente, del pensamiento ultraconservador católico, militarista y neoliberal de Jaime Guzmán. También, y lo que es de una crueldad volitiva, intencionada y, desde cualquier ángulo, inmoral, sabemos que Hernán Larraín fue electo como presidente de la primera sesión de la Comisión de Expertos. Estamos hablando –y como es archisabido– de un aireado defensor de Paul Schäfer (pederasta, torturador, cómplice favorito de las atrocidades de la dictadura y de un largo etcétera de horrores), ex militante de las juventudes pinochetistas y transformista-demócrata.

¿Estos son los símbolos fundacionales? ¿Estos los verbos principales que motivarán, como escribía Gabriela Mistral, *El poema de Chile*? ¿Cómo pasamos del rostro hermoso de Elisa Loncon a la fisonomía reflejo de lo más pútrido de nuestra historia?

La respuesta está en que la desactivación de la soberanía, otra vez, ya operó; y porque en su performance de sabios auto-electos, siempre saben lo que hacen. Y lo hacen.

Referencias bibliográficas

- Marx, K. ([1859] 1995). *El capital: Crítica de la Economía Política, Tomo 1*. Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- Zizek, S. ([1989] 2005). *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI Editores, Argentina.

¿Se puede escribir lanzados a la tormenta de una pulsión sin principio ni fin? ¿sin trama, sin guion, sin historia? ¿escribir en la desconexión sideral? Se puede y es hasta poético, pero no sé si sirve de algo. Creo que la escritura sino es solidaria del mundo, de una *ética de lo que pasa*, como escribía Alain Badiou (2003) pues poco “sentido” tiene (si es que lo tiene) y no podemos, por más que lo intentemos pensar más allá del lenguaje. Como lo señala ahora Jacques Derrida “Pretender pensar más allá de la representación es un olvido de lenguaje, del origen del lenguaje, e incluso de la vida en el origen del lenguaje” (2021). Nadie ha podido traspasar esta frontera y la escritura es, parafraseando a Freud, “el lenguaje del ausente” (1930).

Entonces, ahí donde el lenguaje aparece como límite, pero también como instante imaginativo –que se conecta y activa en el mundo– es que sería posible pensar en el Chile de 2023 y leerlo en clave de incesto. La palabra es fuerte, claro, porque remite a relaciones sexuales entre consanguíneos cercanos, pero más allá de esta comprensión clásica y cuya prohibición ha sido determinante en la conformación de la cultura, tal como lo ha demostrado el psicoanálisis, el incesto igual se puede dar en política.

Si entendemos al incesto como lo que no es “natural”, este año podría ser uno de los años más incestuosos que hemos conocido. Se producirá el cruce forzoso entre la conmemoración de los 50 años del Golpe de Estado y la potencial promulgación de una nueva Constitución que, según sus propios y reincidentes centinelas, vendrá a “desbastardizar” al Chile anclado en el diseño ochentero y perfecto de Jaime Guzmán para que, finalmente, todos y todas nos sintamos parte de la arquitectura elemental del país que siempre se ha soñado.

Falso, todo se dará en un perímetro antinatural, promiscuo en el peor de los sentidos, sin correspondencia alguna entre dos hechos históricos que más bien se cruzarán impulsados por la inmoralidad de la fáctica razón oligarca ¿Es posible conmemorar, con todo el simbolismo y recogimiento que se merece, la peor tragedia que hemos vivido junto a un artefacto jurídico espurio y redactado por una clase política que, de manera considerable, es el engendro de esa misma tragedia?

A este desborde incestuoso habría que sumarle un tercer elemento, y es que todo se dará en el contexto del gobierno, supuestamente, más refundacional y de izquierda que hemos tenido desde la llegada de la democracia (y si nos ponemos finos, desde Allende). Gobierno que ha sido incapaz de crear un relato que enfrente a la derecha –levantando monumentos a expresidentes golpistas en la fachada de La Moneda, por ejemplo– y que más bien la ha dejado ganar cada *round*; y que cuando hubo que pelearla en serio quien se puso los guantes fue la tan defenestrada Concertación y sus 30 mañosos años que, seamos francos, lo ha salvado del nocaut en varias pasadas. Al mismo tiempo, hablamos de un presidente que, en esta ausencia de retórica visible y conceptualmente densa, ha ritualizado al perdón como mecanismo de reacción política frente a cada uno de los sucesivos errores que se ha despachado junto al equipo que lo acompaña. Por lo tanto, de izquierda o nueva izquierda poco, de refundacional nada y de permutas mucho.

La ecuación del incesto queda formulada, pues, de la siguiente manera: conmemoración de los 50 años + promulgación de la nue-

va Constitución + gobierno de Gabriel Boric = ilegitimidad, reproducción de lo mismo, concesión típica y restauración conservadora cíclica.

Ahora, lo que sí podría tener sentido es pensar que los 50 años son, también, la celebración de la criatura neoliberal. Sabemos que el modelo entra en régimen después del '73, pero igual estamos claros que este es el año en que el metabolismo *chicagista* comienza a larvarse progresivamente en la sociedad chilena. Entonces, que se festeje la promulgación de una Constitución hecha sin el pueblo junto con las bodas de oro del neoliberalismo, sí es algo que tiene racionalidad y justificaría el bacilón de los mercaderes que tirarán el templo por la ventana. ¡Qué espléndida casualidad histórica! Suerte que los 50 años que celebran la desintegración de la democracia chilena sean coronados con un documento que viene a poner las guirnaldas al *affaire* militar/cívico/empresarial y que se morfó a la carta un país y una historia entera.

Todo mientras el pulverizado pueblo, sometido a ritmo de tanques y de mercadeo, se autoconvencía y autoconvence, una vez más, que su aporte al relato grande no es otro que el de ser masa disponible de cara, primero, a las imposiciones de una dictadura brutal y, después, a la administración democrática de la herencia pinochetista representada por una clase político-económica que no claudica, que no da cuartel cuando el populacho, en su desfachatez soberana, *se pasa películas*.

La Constitución que se persigue aprobar no será motivo de orgullo alguno ni enciende la antorcha de ninguna esperanza; por el contrario, es la ratificación del *modo* chileno, del régimen largo. No tenemos tampoco un gobierno que pueda frenar la fuerza gigantesca de un sistema completo y sedimentado que, por mucho, lo excede y que no es capaz de enfrentar ni menos monitorear.

Lo que sí podemos hacer es activar la dignidad siempre incombustible recordando a nuestros/as muertos/as y desaparecidos/as; hacerles justicia y enmendar las tan necesarias liturgias que, en su ritualismo, generan significados y nos conceden comunidad. Hay que

recuperarse en cada gesto dando cuenta de que nada está olvidado y que el “nunca más” es para siempre. Desparramarse en las calles, en las universidades, en los medios, en fin, en cada recodo que habilite nuestra querella. Rearmarse en la estética siempre limpia de la memoria no ecologizada y no dejar pasar un año que, aunque atravesado por el incesto y la inmoralidad, no deja de ser el de los y las mártires que dieron sus vidas, sus ojos y toda la dignidad del mundo por resistir y transformar.

Esta es nuestra conmemoración y nuestra victoria (quizás la única posible).

Referencias bibliográficas

Badiou, A. (2003). *L'éthique. Essai sur la conscience du mal*. Editorial Herder, Barcelona.

Derrida, J. (2021). *Seminario La vida la muerte (1975-1976)*. Eterna cadencia, Buenos Aires.

Freud, S. ([1930] 2017). *El malestar en la cultura*. Akal, Madrid.

“La duda debe seguir a la convicción como una sombra”, es la célebre frase que Albert Camus escribió en 1943 en el periódico de la resistencia francesa *Combat*.

La frase se ha transformado, quizás para desazón del mismo Camus –que de estar vivo seguro impugnaría tanta manipulación– en una suerte de principio de la política, un fermento; un tipo de supra-significante que ha permitido dar radical soltura a la itinerancia de las convicciones mismas, es decir, al hecho de que nuestras más prístinas ideas o imaginarios sobre el mundo deben estar permanentemente acechadas por una duda que, al final, nos permita deambular de convicción en convicción. Duda que genera una suerte de portal por donde la política, en su dimensión de pura contingencia, entra a su lugar natural y específico: el de la torsión, el de los gestos múltiples y variables, el del nomadismo de nuestros presupuestos fundamentales respecto de las cosas y, con todo, a la zona de la estructural constatación de que nada es de punto fijo, inmutable, incombustible, sino por el contrario, susceptible, veleidoso, pasajero.

Y es tan penetrante esta condición de la política que pareciera que quien no la quiera entender, pues debe pagar con su vida e inmolearse por llevar sus convicciones más allá de lo admisible (Allende).

La frase de Camus es la que Gabriel Boric, como muchas y muchos sabrán, pone como corona en su cuenta de Twitter y, quizás, nadie mejor que su figura para expresar el sentido de lo que se ha descrito. Mi intención no es hacer una evaluación “técnica” de un gobierno que en un año ha sabido de naufragios, desaciertos imposibles, militarizaciones, despegues y aterrizajes y que, incluso (y urgido por el imperativo de los famosos “gestos” propios de la política para recomponer “alianzas”) ha reverenciado a expresidentes que favorecieron –de una u otra forma– el desate y enajenación de la tropa en 1973, monumentalizándolos en el frontis de La Moneda.

A lo que sí me animo, brevemente, es a aventurar que en la figura de Gabriel Boric, desde que es presidente, la duda no ha sido una pura sombra en sus convicciones, sino que el dispositivo principal que ha organizado su forma de “hacer” política en este primer año y que se diferencia de su pasado –ya sea el estudiantil o el de diputado–, dando paso a mutaciones permanentes que permiten ver en él una suerte de fenotipo político que demanda análisis y que bien podría aperturar zonas para que la reflexión, en sentido amplio, encuentre un nuevo nicho y no pueda excusarse.

Gabriel ha cristalizado en un año, de manera casi perfecta, aquello que está presente en la frase de Camus y la interpretación que ha conseguido a lo largo del tiempo. Su historia política puede ser comprendida como el arco de una desradicalización y su figura como la metáfora de un sacrificio.

En su primer discurso, la noche en que fue electo, citó a Salvador Allende y terminó el año pasado (30 de noviembre) inaugurando una estatua en honor a Patricio Aylwin. Cedió frente a las presiones de una derecha colérica por las palizas que había recibido en las elecciones anteriores pero que, después del 4 de septiembre, recuperó el aliento y el timón que le es tradicional, quitándole toda posibilidad de relato

al gobierno. Y Gabriel tuvo que conceder sin capacidad de lanzar una prédica sustantiva que le permita entrar a la disputa. Y gran parte de su discurso se formalizó en torno a la ritualización del perdón; perdón tras perdón; nada de relato sino afloje e incapacidad de leer políticamente el juego en el que lo había hecho entrar la derecha que, de agazaparse para contraatacar, sabe.

La pregunta es si tenía más alternativa y si nosotras/os realmente preferiríamos a un presidente callejeando, de estética setentayochista a uno que, como él mismo lo dice, aprenda a “habitar el cargo” y se ajuste a la textura rugosa de la formalidad republicana. La abdicación a los principios es casi una condición *sine qua non* cuando se gobierna, y Gabriel lo supo o lo aprendió en este primer año. La lejanía con el poder radicaliza y la cercanía modera, es una ley, y no podría ser de otra forma. Cada vez que ha querido ser él mismo y desatado la pulsión de sus convicciones –los indultos, por ejemplo– el metabolismo brutal de la política lo ha obligado a entrar en algo así como a una lenidad, a una blandura, y a tener que desplazarse hacia zonas de sacrificio y descartar toda posibilidad de contraataque discursivo porque, justamente, no tiene discurso.

Es por esto que ha debido recurrir a una que dábamos por muerta: la Concertación; a aquellos y aquellas que sí tienen relato (uno siempre oportuno y “adecuado”) y que de cara a la hemorragia verbal y gestual de una derecha que sabe que tiene el listón, han sido su real primera línea. Eran un cadáver, pero Gabriel, este primer año, les regaló un gran domingo de resurrección y, al día de hoy y con el cambio de gabinete de ayer, son mayoría en el gobierno.

No se pretendió, como sostuve al principio, hacer un balance, sino una lectura a ras de suelo de lo que hereda como fenómeno político la figura de Gabriel Boric, quien en un año supo más de aterrizajes que de despegues, de sustituciones más que de convicciones y quien asumió que, al fragor de la política descarnada, tuvo que sacudirse de sí mismo y vestirse con el ropaje circunspecto de la instrumental negociación, con lo que la política obliga cuando de gobernar se trata.

Voté por Gabriel Boric y lo haría de nuevo. Y voté no solo porque amenazara en ese momento la telaraña de Kast, sino porque creí –y creo aún– en su honestidad y en la posibilidad de ser testigo de un imaginario político en donde se consolidara un verdadero y consistente relato que permitiera, al menos en parte, dejar atrás las crueldades del neoliberalismo.

Después de un año de gobierno, aterrizo más que despego, exhalo más que inspiro, me fijo más que estremezco y me congelo más que entibio. Sin embargo, y con todo, sigo creyendo que la sombra de la duda pueda, en algo, replegarse y darle una tregua a Gabriel.

Fabiola ve, ella ve, pero no como tú lo mientes.

Es cierto, Fabiola no puede ver un amanecer ni un atardecer... un anochecer. No verá nunca más, como lo hacía antes, a sus hijos y esposo; tampoco la intrépida belleza de un mar, ni la utopía color miel que se trasluce en los horizontes; no volverá a ver las calles que recorrió como voluntaria bombera, ni la población “Cinco pinos” de San Bernardo en la cual trabajó ayudando a los pobres más pobres que ella; sintiendo el margen, abrazando a los despreciados, esos mismos de los que tú no eres capaz ni siquiera de intuir su existencia porque, desde la ciénaga nauseabunda que te invita impudicamente a distribuir sadismo, no has sabido más que de trucherías, racismo, falsificación y negacionismo.

Tú ves, pero desde tu patética prédica pseudo especialista que no se funda sino en la proteína vencida de un miserable odio; de tu apofobia recalcitrante que enjuicia y desprecia al pobre, al indio, a la/ el homosexual, a la ciega. Si ver se trata de ver como tú ves, preferiría nunca haber visto nada.

Fabiola no puede ver porque una inmoral noche de noviembre de 2019, mientras esperaba la micro para ir a su trabajo, un carabinero enajenado decidió reventarle los dos globos oculares con una cobar-

de lacrimógena que la dejó inconsciente y con un traumatismo craneoencefálico, con fracturas de huesos de cara y cráneo lo que, además de dejarla ciega, le hizo perder los sentidos del olfato y el gusto. Y de esto tú haces gárgaras y te regocijas desde la vulgar e inhumana ironía que te ha hecho famosa, parlamentaria, adinerada, y que, por algún pútrido metabolismo psíquico derivado en tachadura del otro/a, te inseminó esa furia salvaje y altanería bufa que, estoy seguro, viene de algún secreto lugar del que tú misma te avergüenzas y del que no puedes salir.

Porque ese o aquel trauma te perfora como un millón de estacas al mismo tiempo y la membrana que recubre la orgía de tus arribismos es tan ominosa e indigna que nada más te queda vengar tus malformaciones inconscientes con aquellas/os que se te aparecen como los infaustos/as que le darán aliento a la ponzoña que alimenta tus ególatras días y tus desoladas noches.

Así acicalas la pobreza de tu existencia, así llenas tus mediocres rebeldías verbales, grotescas y ultronas, al tiempo que le das descanso al cincel despiadado que talla la madera de tu cotidiana hemorragia clasista.

Pero vuelvo. Fabiola ve, de un modo completamente diferente a lo que la tradición nos indica, pero ve. Y ve lo que justamente nosotros/as no podemos ver. En la penumbra de su mirada sellada habita un mundo que solo ella percibe; un mundo que gira, se traslada y rota en otro registro y en otro lugar. Como lo escribía Jacques Derrida en ese hermoso texto que titula *El tocar, Jean-Luc Nancy* (2000), “hay ojos que ya no ven, y ojos que nunca vieron. ¿Olvidará usted también a los vivientes sin ojos? No por eso viven siempre sin luz”.

No ver empíricamente, no tener la opción de captar las cosas a través de un sistema fisiológico, no significa que Fabiola no tenga luz, que no habite en la luz. Porque, a pesar de la profunda pena que significa una vida a la cual le arrebataron las pupilas, en ella se despeja una zona por donde la dignidad se vuelve, también, política. Que ella sea senadora (la primera no vidente en la historia de Chile y electa con la

primera mayoría nacional) la transforma, según yo “lo veo”, en señalética venida de todas partes, a todo momento y en cualquier tiempo. Fabiola disipa el sendero y no nos despacha al subterráneo oscuro de una vida sin convicciones.

Porque es más fuerte que el viento de la pampa y es hermoso revivir: despertar, amanecer lleno de colores, girasol que amarilla todos los atardeceres y que, a pesar del artero y gelatinoso verbo de las bestias, contiene en su interior un caleidoscopio lleno de solanas al que únicamente ella tiene acceso, y desde el cual funda *otro modo de ver las cosas*; una visión que no es simultánea a la constatación de lo puramente real, sino que es signo e intensidad de una diferencia, ratificación de la alteridad como constitutiva de un mismo espacio (ese que tú jamás verás ni menos sentirás porque, como escribía Iggy Pop, tienes “el corazón lleno de napalm”).

Fabiola ve, tú no. Y no he querido decir tu nombre porque no merece aparecer al lado del de Fabiola Campillai. Y ahora soy yo el que te tacha, soy yo el que se atribuye el derecho de denunciar la precuela y la secuela de tu crueldad; yo mismo no te nombro porque al sopor vigilante y cogotero de tu perversa lengua no le daré ese privilegio.

Campillai es una palabra diaguita que significa “atardecer”. Y, aunque nunca más pueda ver uno, Fabiola nos hereda múltiples atardeceres en donde el sol se guarda para volver a salir una y otra vez hasta el final. Por eso ella es esperanza de que –siempre– todo puede volver a iluminarse, aunque crueles corderos patrocinen, desde sus púlpitos sombríos, la verdadera ceguera: la del odio.

EVELYN Y EL ZARISMO

El domingo pasado, en el programa *Mesa central* de Canal 13, la alcaldesa de Providencia, Evelyn Matthei (UDI), elaboró un discurso *casi* perfecto; en su articulado: geométrico como un equilátero; en su claridad: transparente como el agua; en su *ethos* autoritario: sin complejos.

Y digo esto no con un afán irónico que perseguiría dar cuenta de algo que es evidente en Matthei, es decir, su compulsión al orden a todo precio. Compulsión que no es espontánea, ni mágica, ni responde a alguna suerte de acontecimiento disruptivo en su castrense crianza, sino que se organiza desde su más temprana infancia y después juventud, donde todo lo que pudo ser significativo para ella estuvo siempre en línea directa con los cuarteles, las armas, la tropa; en la jerarquía incuestionable de un mundo que no tenía sino sentido en la canonización del disciplinamiento, del correctivo, de la mano dura, en fin, de “la ley marcial”. (La imagino jugando con niñas y niños hijas/os de otros generales en los jardines de la FACH, partiendo erguida e imperturbable a estudiar en el colegio alemán de Santiago mientras, paralelamente, aprendía a tocar el piano y la *Quinta sinfonía* de Beethoven se mimetizaba con el ruido permanente de los aviones

de guerra que surcaban *su* cielo patrio, o con los cañonazos que indicaban, a toda hora, cuál era la siguiente orden que debía seguir para que nada estuviera fuera de lugar).

En la entrevista señalada, gestionó de modo notable todo un vocabulario desde el cual expresiones tales como “deportaciones”, “mano dura”, “Estado de Excepción”, “militarización”, etc., no solo destacaban la soldada coherencia interna de una performática sino que, además, un talento también superlativo para instalar un mensaje sin bufone-rías de ningún tipo, y que logró cuadrarse matemáticamente con el relato general de la restauración conservadora y, entonces, darle aún más manija al paradigma de la seguridad –ya en régimen– que, desde la semana pasada, tiene *fuera de ley*; está impreso, archivado y publicado y al que, sin más, debemos subordinarnos porque su ejecución abandonó el perímetro de lo fáctico y adquirió el timbre jurídico, es decir, y sobre todo para sociedades penalistas como la nuestra, “legítimo”.

Ahora, así como *casi* perfecto, el relato de Evelyn es, a mi modo de ver, *de miedo*.

Señaló sin tapujos que: “(El gobierno) Tiene que nombrar un *zar* contra la delincuencia, una persona con tonelaje y dedicación exclusiva”. Y aquí entra a operar el *casi* que hemos destacado en cursivas porque, siendo una mujer de la élite militar “culta” (lo que es raro), se despachó la palabra “zar” (del latín *césar*), como si en la estructurada templanza alemana de su *habitus* marcial no supiera lo que fue el zarismo y lo que implica una palabra como ésta.

El zarismo, como se reconoce, fue un régimen absolutista de corte tiránico y dinástico que se origina en el siglo XVI en Rusia durante el periodo de “Iván el terrible”, y que llega a su fin con la revolución de febrero de 1917.

En todo este urdido es la figura del zar la que emerge como la única e incuestionable autoridad que, además, resumía en sí mismo todo el poder estatal, sin contrapesos y desplegándose sin resistencia alguna por sobre cualquier otra institución. Es decir, hablamos de la per-

sonalización radical del ejercicio de la fuerza y el poder que, por “naturalidad” y herencia, también, podía decidir sobre la vida o la muerte.

En la misma línea, el zar era absorbido en el imaginario ruso como un “padre” y el imperio como su “hijo”, entonces, ancla su poder en el monitoreo arbitrario de la fábula patriarcal donde la mujer (zarina) era solo joyería y adorno conspicuo necesario para fertilizar al imperio con la provisión de herederos hombres. Como escribió el Marqués de Custine después de viajar a Rusia en 1839: “El zar ruso representa una monarquía absoluta, moderada por el asesinato” (*La Russie*, 1839).

¿Es esto lo que Evelyn le está exigiendo al gobierno? ¿es realmente consciente de lo que una autoridad sin retorno, es decir sin posibilidad de contrarrestar el desate brutal de su ira persecutoria, significaría para una sociedad como la chilena que ha sabido de zares (no rusos, pero igual de asesinos) en su historia reciente? ¿no es acaso el fantasma de la “Junta” –al que la une un vínculo sanguíneo y que no fue otra cosa que la reunión de diferentes zares con el mismo objetivo de exterminar– al que pretende traer de vuelta ahora que tiene todo el banquete de la restauración conservadora servido para orquestar este discurso en extremo desfachatado y peligroso?

Su discurso *casi* perfecto no es la causa, sino el efecto de un proceso estructural de orden mayor y que ha bebido de la mano de la incapacidad de un gobierno para defender a la democracia de sí misma y hacer frente a una derecha que colonizó la opinión pública.

No será ésta la primera vez que la historia indique, nuevamente, que la democracia engendra sus propios verdugos y que estos vienen para guillotinar a un pueblo que en un momento se sintió cerca de recuperar la dignidad negada por siglos pero que, sin embargo, en este preciso instante de la historia, ve cómo esa misma dignidad es arrebatada, de nuevo, por el ominoso y estratégico gambeteo oligárquico que, en figuras como Evelyn Matthei, se reconocen en su “zarismo” intrínseco. El mismo que llega para desmoralizar a un país que quiso, un día de Octubre, ser algo más de lo que siempre fue.

LA POLICÍA ELECTORAL

Es un estándar histórico, una suerte de ley, que en el último tramo de una elección, cualquiera sea en Chile, hace su aparición la policía electoral.

Y quiero entender la idea de “policía” no solo en los términos convencionales, es decir, como una institución del Estado encargada de administrar seguridad interna en una sociedad determinada. No, la quiero leer desde lo que Jacques Rancière ha comprendido por el *gobierno de las policías*. En este sentido decir —de manera amplia— que para Rancière el gobierno policial tiene por objetivo central, primero, jerarquizar un grupo humano a partir de funciones específicas y salvaguardar que esas mismas funciones se ejecuten respondiendo a la ortodoxia de un orden que, de alterarse, pone en peligro la sobrevivencia del Estado. En segundo lugar, se trataría de que esta jerarquía se vea soportada en el consentimiento de individuos que se reconocen en la subordinación (2006).

Si desplazamos lo anterior al perímetro electoral chileno, veremos que toda vez que la disidencia respecto de las opciones oficiales en una elección determinada comienza a insinuarse (en este caso se trataría de no votar por ningún/a candidato/a), el gobierno policial se translitera en una suerte de policía-moral-electoral defendida tanto

por sujetos de a pie como por los que están en posiciones de poder, y que reproducen la defensa de esta jerarquía devenida en un conservadurismo que solo entiende a la democracia, precisamente, dentro de la órbita electoralista.

Lo típico: “si no votas estás fuera o no opines”, “si no votas no tienes derecho a...”, “si no votas le estás entregando el poder a la derecha o a la izquierda y serás culpable de todas las pestes bíblicas...”, etc.

Como si anular, en este caso, fuera una suerte de virus que portamos aquellos y aquellas que, por una razón u otra, vemos en este proceso el desprecio radical a todo rasgo democrático y, por supuesto, la desactivación de cualquier asomo de soberanía. Un proceso que desde el momento en que la potencia e imaginario *octubrista* fue brutalmente despachado a los bodegones de la historia —arrebátandosele aquella condición de grieta revolucionaria para pasar a ser la gran excusa de la restauración conservadora y su paradigma de la seguridad triunfante— no hizo más que reconocerse, en repetición insoportable, en las razones de “las derechas”, posibilitando entonces un engendro procedimental nacido en la más prístina ilegitimidad y que, de aprobarse con el voto, no nos haría sino cómplices activos de una sociedad, nuevamente y en constante espiral histórico, decidida por el retobe oligárquico que sin más hizo caja desde la primera concesión de un gobierno sin relato y de un pueblo, en parte, hipnotizado por las flautas de los apóstoles del evangelio democrático.

Del mismo modo, la policía electoral es una respuesta a la desestabilización de lo binario, a *lo neutro* que desbarata el paradigma (Barthes, 1977). Esto es: “apruebas o rechazas”, “votas o no votas”, “te decides por un/a u otro/a candidato/a o no”, en fin. Es el pánico a la constatación de que la jerarquía (no entendida como algo vertical, sino como la correcta y exacta distribución de roles y opciones, como señala Rancière, *Ibíd.* 2006) se cimbre y finalmente sucumba a la irrupción de la disidencia. Entonces, a lo que ha sido establecido —en tono casi religioso/metafísico— como el *ser* democrático, se le transparentan sus condiciones de imposibilidad.

Ahora también la policía electoral actúa como policía, en el sentido clásico del término: persigue, acorrala, chantajea, atemoriza y evidencia con claridad sinóptica el castigo que se arriesga de caer en el pecado mortal (según la gran *Catholic Encyclopedia* de Arthur O'Neil escrita en 1913, pecado mortal es “la violación con pleno conocimiento y deliberado consentimiento de los mandamientos de Dios en una materia grave”) de no emitir el sacrosanto y canonizado voto.

En este sentido, hay en la policía electoral un astuto anteponerse a lo que puede ser el fracaso de su opción, identificando desde antes quiénes serán el vaciadero de todas las culpas de una sociedad fallida. En otras palabras, lo que le es propio es una temporalidad y un cálculo que predefine el objeto de la vergüenza y que restará, de ahí en más y metafóricamente, colgado en la plaza pública, en el trono de la historia infame de esos y esas que osaron un día desafiar la moralidad rampante de los autodeclarados celadores de la democracia.

Abreviar la dinámica democrática en el voto es algo así como *electoralofilia* (adicción compulsiva al acto de votar) alucinando, a su vez y con toda la estrechez disponible, que la democracia misma es algo simple, llano, pedestre, en fin: algo cuyo destino no se juega sino en el desplazamiento físico y en el acto sintético de emitir y penetrar la urna con una papeleta. Algo hay de sexualidad reprimida en la performatividad del “acto de votar”.

Y es aquí donde la policía electoral cae por su propio peso. La política y la democracia se juegan, por mucho, lejos de los “bordes” establecidos por las instituciones y votar, en el mejor de los casos, es el último de los eslabones de un proceso que debe devenir legítimo para ser viable y reconocido por la historia grande.

En esta línea, por ejemplo, nada puede ser más legítimo y democrático que un pueblo activado en las calles pidiendo y demandando un mejor destino, tensionando a las instituciones y presionando a tal punto que la soberanía se vuelve el eco de un porvenir emancipado y sin los arañazos del robo, la captura, el secuestro oligárquico: ese viejo

mal que nos es tan propio y que reproducimos aceptando cualquier moneda que diga, en una de sus dos caras, “demócrata”.

He votado en todas las elecciones en las que he sentido que un pueblo se jugaba su soberanía, su futuro, su historia por venir. Voté a favor de la Asamblea Constituyente en el año 2020; voté por constituyentes —hombres y mujeres— en 2021; voté por tener una nueva Constitución en 2022 y también por Gabriel Boric en primera y segunda vuelta. No me considero ni de asomo un antidemócrata desde ningún ángulo, pero sí, eso sí, un antifraude y un antiplagio.

Anularé porque considero que es mi derecho no validar un proceso viciado y capturado desde su nacimiento y que, de llegar a puerto, no será sino el canto de sirenas de décadas habitando en un ecosistema políticamente raquítico de legitimidad y profundamente anclado en el paradigma descontrolado de la seguridad.

Anularé, aunque la policía electoral, después, venga por mí.

Referencias bibliográficas

- Barthes, R. (1977). *Lo neutro*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- O’Neil, A. (1913). Pecado. En *Enciclopedia Católica*.
- Rancière, J. (2006). *Política, policía y democracia*. Lom Ediciones, Santiago de Chile.

ELECCIONES, SIMULACRO Y DISNEYLANDIA

En 1991 el filósofo francés Jean Baudrillard sostenía en su texto *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*, que esta guerra fue una suerte de éxtasis o hiperrealidad impulsada por los medios de comunicación y que en lo medular habíamos asistido a una suerte de videojuego, de simulacro, a algo *más real que lo real*, es decir lo hiperreal.

Con esta tesis, Baudrillard no perseguía decir, en literal, que la guerra no haya ocurrido ni que la invasión de Estados Unidos a Irak no fue. A lo que se refiere es que la forma en que los individuos, nosotros, receptionamos esta guerra, fue a partir de una extrema virtualización y que al final nuestro imaginario se construyó sobre la base de una suerte de “telerealidad” que en nada se emparentaba con el sentir, vivir, experimentar y sufrir una guerra; sin capacidad, al mismo tiempo, de construir una genuina opinión política respecto de lo que había ocurrido y generándose lo que denominó la “cultura del simulacro”.

Es lo que se ve, también, en sus análisis sobre Disneylandia, en los que plantea, por ejemplo, que “Disneylandia es un modelo perfecto de todos los órdenes de simulacros entremezclados. En principio es un juego de ilusiones y de fantasmas: los Piratas, la Frontera, el Mundo Futuro, etcétera” (*Cultura y simulacro*, 1978). Nos habla entonces de una suerte de mundo lateral, de una *matrix* que en su articulación

perfecta de elementos fabulosos –en el sentido de fábula– y fuera de todo perímetro real, no nos permite constatar lo que en la órbita de lo posible constituye nuestro mundo próximo, nuestras fronteras humanas y no alegorizadas en personajes como Mickey Mouse o la Bella durmiente; un mundo lateral que deshumaniza y nos desconecta de lo alterno, del otro, del próximo, abriendo así el portal para que un piélago de imaginación forzosa colonice esa otra imaginación, la que se referencia en una cardinalidad donde es la otredad más humana la que nos constituye e “ilusiona”.

Me pregunto, con esta muy general –y hasta irrespetuosa– revisión de algunos conceptos de Baudrillard, si es que, en serio, las elecciones de este domingo no son otra cosa que un simulacro, uno democrático, pero simulacro al fin. En tanto hacemos frente a un proceso ilegítimo y en el que, por así decirlo, “el estado llano” no fue invitado a la fiesta sectaria que diseñó la proto-Constitución (que decidirán 50 personajes puestos ahí por los partidos políticos), vale la cuestión de si lo que viviremos este 7 de mayo no será más que la fosa desde donde emerja nuestra propia Disneylandia, una en la que no hay ratones, ni durmientes hermosas, ni piratas, ni fantasmas, pero sí espectros venidos de un más allá noventero –esos que creíamos políticamente biodegradados– reunidos en torno a una conspicua constelación de seres fabulosos que en comunión-cónclave decidieron los destinos de un pueblo sin ese mismo pueblo, apuntando a lo que Giorgio Agamben denomina “ademia” (2015), en este caso, una democracia sin pueblo.

Me pregunto de nuevo, y gracias a las pistas dejadas por de Jean Baudrillard, si la sola performatividad democrática, es decir de “la estética en acto” reuniendo todos los elementos necesarios para gestionar una “verdad”, es suficiente para constatar si lo que viviremos es, efectivamente, democracia. Y, por ir más lejos, si no estamos a punto de validar el desfonde de una realidad soberana en el que finalmente no triunfen más que los “sensacionales” de siempre devolviéndonos a la reconstituida y única verdad posible: que no somos una sociedad en el sentido amplio de la palabra, sino un conjunto de archipiélagos

interconectados por el mercado cuyo destino siempre ha sido el ser gestionados y al que hemos renunciado a construir, colectivamente, entre todas y todos los que aún pensamos que la política excede, por mucho, los márgenes que nos ofrece –en este caso confiscando todo un proceso mal llamado “constituyente”– la institucionalidad.

“A una realidad diáfana responde una imaginación exangüe”, escribe Baudrillard (1991). Diremos, en nuestro caso y en este aquí y ahora en el que nos aprestamos a coronar (otra vez en nuestra insoportable pulsión a la repetición) el arrenal de lo ilegítimo, que a una sociedad donde tendrá lugar una elección sin pueblo, le va un futuro sin horizonte, sin destino y sin emancipación.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (2015). *Stasis. La guerra civil como paradigma político. Homo sacer II*. Adriana Hidalgo, Buenos Aires.
- Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Editorial Kairós, Barcelona.
- Baudrillard, J. ([2006] 1991). *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Anagrama, Barcelona.

Cuesta abarcar en un relato breve lo que ocurrió ayer. Son demasiadas las derivadas, los rizomas, las múltiples lecturas que podrían darse en torno a un proceso que no culmina, sino que probablemente esté en su punto intermedio pero que, sin embargo, discurre a modo de historia conocida y no resulta (desde ningún ángulo) irracional, extraña, incoherente o sin antecedentes. Es la historia de Chile, la de su oligarquía que jamás ha tenido óbices reales, contrapesos, rivales del mismo tonelaje.

En su libro *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1896), Nietzsche se preguntaba: “¿Qué es la verdad? (...) Una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas, adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, a un pueblo le parecen fijas, canónicas, obligatorias”.

Es probable que lo que esté a la base de los resultados de las elecciones de este domingo responda exactamente a lo que Nietzsche, hace casi 130 años, advirtió. La verdad se construye, se organiza, se

1 El 7 de mayo de 2023 tuvieron lugar en Chile las elecciones de consejeros constitucionales de para elegir a los 50 integrantes del Consejo Constitucional para redactar una nueva Constitución. El partido de extrema derecha “Republicanos” más la alianza de derecha “Chile seguro”, lograron elegir 33 de los 50 escaños.

jerarquiza y se distribuye policialmente en su espesor político, es decir, en su actividad y rebote en la cultura.

Ella encuentra sus condiciones de posibilidad al interior de un campo relacional que se oxigena desde la predominancia de discursos que, al exteriorizarse radicalmente, logran gestionar y colonizar, a través de una serie de metáforas, a lo social, sedimentándose, fijándose, irradiando y echando raíces ahí donde no las había y alcanzando, al final, su victoria. La misma que no es más que la entronización de un imaginario que deviene rey, monarca; tirano anclado en la poltrona de un país que desde siempre y en tanto nos hemos considerado “nación”, ha favorecido el plan venéreo y endogámico de una oligarquía que jamás dio cuartel.

Por estas razones es que el partido de Kast más “Chile seguro” o lo que se ha dado a llamar derecha “tradicional” alcanzaron 33 de los 51 escaños para consejeros constitucionales. Y aunque en este caso Republicanos dobló a su enemigo íntimo, es cierto que para efectos puramente procedimentales no hay alternativa: tendremos, quizás, una Constitución más allá del pinochetismo y del guzmanismo, amparada por un proceso espurio desde sus orígenes pero que, desde ayer, alcanzará su reproducción e iterabilidad, activándose durante las próximas décadas desde el predicado “demócrata”.

Siendo lo anterior un detonador de minas re-conservadoras y potencialmente fascistas en el sentido más clásico del término, no es nada nuevo. La democracia, como ningún otro sistema de gobierno, y como lo advertía Tocqueville en *La democracia en América* (1835), generará horrores y demonios que la humanidad no ha conocido.

Y tuvimos (y tenemos) “camisas pardas”, Auschwitz, Bolsonaro, Trump, Bukele, en fin y, al día de hoy, a la extrema derecha como principal fuerza política en Chile. Esto debería llevarnos a otras consideraciones que tendrían que ver con la idealización de la democracia al momento de intentar comprenderla. En breve, la democracia es una declaración; funciona a modo de decir y de texto, pero lo declarado no está siempre correlacionado con el *con-texto* y por mucho puede

traicionarse; devenir en degradación, degeneración y mutación –en este caso– republicana.

Las preguntas (y a la espera de que la policía electoral venga con sus milicias a enrostrarle al voto nulo –y blanco– la culpa por esta derrota y la vergüenza traidora que debería arrastrar, de aquí en adelante, por haberse desviado del cristalino sendero democrático) son varias.

Primero, ¿es la derrota de las llamadas fuerzas progresistas un efecto del voto nulo? No. La caída, como ya se ha dicho hasta el cansancio y escrito en la fatiga, se debe a la reconfiguración de la fisura octubrista en plataforma para la reificación de la seguridad y la fetichización del miedo como paradigma inclusivo y vínculo social. El miedo anexa, genera subjetividades compartidas, agrupa y lanza, en torno a tres o cuatro conceptos (migrante, delincuente, mapuche, terrorista), una idea de sociedad completa que, por cierto, no escasea en defensores venidos todos los puntos cardinales.

No por casualidad fue que costaba, en las franjas electorales, evidenciar con claridad cuándo terminaba la del Partido Republicano y comenzaba la del Comunista. Todas se cuadraron con el miedo, con el ideario conservador y apocalíptico de un país que se venía abajo a propósito de la emergencia de las turbas; de los márgenes que asediarían la tranquilidad de un oasis homogéneo; del refugio neoliberal que a modo de remanso nos había inyectado, en el alivio del consumo, el quietismo necesario para no cuestionar nada.

Y fagocitamos este cóctel y entregamos el relato. Y el gobierno de Gabriel Boric coreó sin titubear la opereta (mediocre pero efectiva) escrita por *la derecha de la derecha*. Se concedió y se cedió, se permutó y entregó más allá de lo política y éticamente “prudente”. Y vimos cómo ayer por la noche el presidente pidió nuevamente perdón por los errores del pasado llamando a los nuevos directores técnicos a respetar las distintas voces que estarán en el Consejo.

Pero la verdad es que no hay “voces”, no hay heterogeneidad del habla. Por el contrario, el decir es “uno” y la clase política –en el senti-

do que Gabriel Salazar le da esta diada, entendiéndola como un grupo endogámico que comparte condiciones materiales de existencia común, con objetivos compartidos y que se reconocen en la reproducción típica de quienes han detentado el poder por siglos— nunca ha abandonado este *habitus*.

¿Acaso alguien dudaba que la derecha extrema, con toda esta arquitectura devenida en paradigma, podría haber perdido? ¿en qué subterráneo psíquico se alucinó con que se iba lograr una mayoría parcial que impulsara el ideario progresista si éste, en lo que fue versión transformadora/disidente, ya no sería sino vapor, humo, insustancia radicada en la nostalgia?

Somos testigos de cómo Octubre y sus demandas terminaron por alimentar al monstruo que podría guiarnos al arrenal sin mundo de todas las fobias. Para el pueblo: criptonita; nocturno; aplastamiento; desolación.

Se debe reconocer a Kast y compañía que actuaron con astucia, con calma y al compás del sopor mediático siempre favorable, logrando instalar con fuerza de ley esa retórica de la que Nietzsche nos hablaba y que hoy, de cara a una sociedad completa, pueden gargarear como verdad. No estuvo solo, ya sabemos. Bebió de las más variadas fuentes y se levantó sobre espaldas concesionadas y apócrifas, y que hoy sin más se resuelve y regocija en el poder que se merece gracias a una sociedad que nunca dejó de sublimarse.

Pero despacio, y aquí está el punto que motiva este texto: el voto nulo. Y aunque no tendré espacio para darle la profundidad que quisiera en esta nota, lo dejaré anunciado porque, pienso, en él sobrevive la conciencia de que una transformación real, digna, propia de un pueblo que se dinamiza en el imaginario soberano que se ha visto en fuga, pero no por eso extinto.

Los analistas poco hablan de él y los políticos bizcan velozmente la mirada cuando de constatar la fuerza sociológica del “nulo” trata. Si le sumamos los votos blancos (que son otra forma de rechazo a este proceso) alcanzan más del 21%. Esto los transforma en un actor determi-

nante: el “nulo” es un candidato que obtuvo una votación histórica si consideramos que en 2020 se había alcanzado el tope de este voto con el 5% del total de los sufragios. Ayer más que lo cuadruplicó y habría que decir, ser justos, que aquí habita el síntoma de una sociedad que no se tragó la parábola democrática devenida devoción por el voto.

Aquí hay esperanza, horizonte de reacción, construcción de una prédica de resistencia que, ya sabemos, no vino de este gobierno al cual le pusimos, muchas y muchos, todas las fichas.

El voto nulo no es un cronopio, tampoco un outsider. La política institucional que pretende abreviar la democracia en sus procedimientos no tiene la fuerza para desactivar el impulso siempre vivo de una energía que no se deja condensar ni permite que la encapsulen.

Nunca antes lo “nulo” significó tanto. Ahora veremos cómo se intenta pasarlo por alto, guardarlo en un cajón de sastre y reducirlo a un simple accidente. Pero no es posible.

A toda peste le va su antídoto y, en este caso y aunque hoy seamos penetrados por el triunfo del proto-fascismo, estoy seguro de que el otro *anulado*, *nulo*, *anulante*, será el fusible de una potencial soberanía, aunque la fuerza tanática del presente tienda a reagruparse en las sombras.

Referencias bibliográficas

Nietzsche, F. (1896). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Ediciones Continente, Buenos Aires.

Tocqueville, A. (1835). *La democracia en América*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

¿QUÉ IZQUIERDA?

1. Se quisiera ingresar, tantear, de una manera menos que inicial –asumiendo que sin duda la cuestión requiere de un análisis mayor, instalado en un tiempo de exploración también considerable que soporte la suerte de pre-hipótesis que aquí se planteará de forma, a todas luces, rudimentaria– y tomando como excusa la pregunta “¿Qué izquierda?”, si realmente la alternativa política después del proceso de Restauración Conservadora que se impulsa con la impugnación de Octubre es “la izquierda”, tal y como la entendemos hoy.

Tensionar y preguntarnos si, en serio, debiéramos aferrarnos a esta categoría política –en su versión desideologizada y sin proyecto– como opción a lo que hoy hemos visto erigirse en una oligarquía extensiva; una que se alienta en la coordinada interacción entre, primero, la tradición hacendal; segundo, la devoción a la iconoclastia de la dictadura y, finalmente, el fervor por el neoliberalismo.

Todo esto traducido en un *repacto* que inocular, nuevamente, en el corazón de la sociedad chilena, la herencia de Jaime Guzmán reivindicándolo como el gran precepto que ha planeado sobre nuestra historia constitucional determinándola por casi medio siglo.

Hemos visto cómo se construyó una transición y se dispusieron los “enclaves autoritarios”¹ en una democracia “transformista” (T. Moulián, 1997), la irrupción indignada de una Revuelta, la consolidación, en principio, esperanzadora de una Asamblea Constituyente y la elección de un presidente que traía en su agenda aquel espíritu transformador que nos dio, también, esperanza, pero que a poco andar no pudo contra eso que es, al final del día y más allá de cualquier proceso, la verdadera sociología de un pueblo capturado hace casi 50 años por la gran ideología triunfante: el guzmanismo.

Es decir, la médula, la arquitectura, la fortaleza jurídica y la genialidad normativa que nos atrincheró en una zona sin fuero ni contemplaciones; haciéndonos parte de la ilusión democrática ahí donde la partitura ya estaba escrita y disparada hacia el futuro inhabilitando hasta a la más radical de las querellas populares.

Guzmanismo: *máquina archivística* (Derrida, 1995) que imprimió en un país entero la racionalidad de la subordinación, de la aniquilación de la disidencia y que, al mismo tiempo y sin complejos, nos obligó a creer que en cada uno de nuestros gestos políticos postdictadura se densificaba un *homo* democrático cuando, en realidad, lo que se nos insemaba era un entrenamiento (Canales, 2022), una forma de ser y de estar, un *ser ahí* que se arraigó en la cotidianidad de un sistema que se creó y desarrolló al amparo de nuestras prácticas corrientes; de nuestro vitrineo desafiado, de la ontología de lo incuestionable y de la gran desilusión post-Unidad Popular que apaciguamos, en clave Chicago-gremialista, con el desmadre consumista (paralelamente, un país se desangraba y la hemorragia represiva entraba en éxtasis).

En nuestro país, y frente a todo esto que sigue ahí, siempre ahí y que se ha ratificado a plena luz del día y sin ningún miramiento,

1 Sobre la noción de “enclaves autoritarios” revisar, entre otros textos del autor: M. Garretón. «Problems of democracy in Latin America : on the processes of transition and consolidation». *International Journal*, (43), 1988. Recuperado de <https://doi.org/10.2307/40202545> [Links]; M. Garretón. *La posibilidad democrática en Chile*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1989. Recuperado de <https://flacsochile.org/biblioteca/pub/publicos/1989/libro/000052.pdf> [Links]

vuelvo a la pregunta ¿qué izquierda? ¿este es el nombre de la orgánica en la que se condensaría algo así como un nuevo despertar que pueda dar cara a la irrupción del extremismo de derecha? La izquierda, ya sea en su versión transicional, la con acento progresista o en alianza, ¿tiene el poder de cruzar el umbral de las concesiones y disponerse a la disputa por los conceptos?

Estas preguntas no se responden ni hoy ni mañana, tal vez tampoco en años. No obstante, bien vale imaginarse un color desconocido, un planeta no descubierto, un sabor inédito; toda vez que los discursos vacuos y pasteurizados de toda ideología no hicieron sino destinarlos a una zona de sacrificio y a un tristísimo desamparo.

Claro que no me refiero a aquella izquierda que relegaban figuras como Balmaceda, Recabarren o Allende (entre otras y otros que pertenecen a esta estirpe). Tampoco al surgimiento de movimientos como el MIR o el FPMR que, de cara a un exterminio cada vez más sistemático, decidieron radicalizarse y resistir –tanto como pudieron y sin pensar en la colosal derrota que se les venía encima– a una tiranía implacable. Apunto centralmente a lo que se ha dado en llamar izquierda o centro-izquierda desde sus primeros anuncios a mediados de los ‘80, después en los gobiernos transicionales hasta el Frente Amplio.

2. En 1902 Lenin publicaba el famoso tratado (para algunos, panfleto) *¿Qué hacer?* Hay que decir que este tratado es el resorte más elaborado de un artículo titulado “¿Por dónde empezar?” que un año antes Lenin había publicado en la revista *Iskra*, periódico de los exiliados rusos en Alemania. También, y para ser justos, hay que indicar que este texto es una suerte de lira al libro homónimo del filósofo y revolucionario ruso Nikolái Chernyshevski.

Ahora, habría que preguntarse hasta qué punto *¿Qué hacer?* fue un “panfleto” –en el sentido despectivo, vulgar y difamatorio que se le da a este término–, considerando que su circulación generó una polémica tal que terminó por dividir al Partido Obrero Socialdemócrata

de Rusia entre bolcheviques y mencheviques. Entonces, si fue un panfleto, fue de los más definitivos e influyentes del siglo XX.

Lo que creo que en principio puede interesar, y sin precisar que en este escrito de Lenin se abrevian las estrategias específicas y las definiciones conceptuales que había de seguir e implantar el partido revolucionario, es la urgencia de la pregunta ¿qué hacer?; que parece la más elemental, la más común y corriente; una que utilizamos todos los días de diferentes maneras y en distintos contextos. No obstante, cuando la pregunta se instala en el centro de un tránsito histórico de orden mayor ressignifica a toda escala. Si nos la tomamos en serio ¿qué hacer? Es mucho más que una pregunta.

Planteándola en el Chile actual, por ejemplo, sería una exigencia al tiempo que una carestía que evidencia la escasez de un proyecto o, lo que puede ser lo mismo, el pigmeísmo discursivo que no puede medirse con el desencadenamiento extremista; aquel que implica la consolidación de un tipo de ideología o doctrina política que podría terminar por cortar el delgado hilo sobre el que se ha sostenido la democracia y que, como hemos sido testigos, “sí sabe qué hacer”.

Entonces, en la ruta de Lenin –y después del predecible triunfo de la extrema derecha en Chile y de la reconfiguración del campo político en su versión tanto institucional como social– vale, de nuevo, la pregunta: ¿qué izquierda? Pensándola como indeterminación; o sea como una apertura a lo que aún no sabemos qué es, por eso su pertinencia; de lo que no sabemos qué es pero que debiera, y en tanto se pretende entrar en la disputa, acoplarse a la urgencia que impone el presente; ajustarse en un proyecto y seguir, en esta dirección, la herencia leninista.

No me refiero al ABC bolchevique ni al Manual de Cortapalos del revolucionario, sino al gesto de activar en la cuestión un fusible que encienda algo más que lo que se nos ha venido imprimiendo, a modo de huella psíquico-colectiva, como “la izquierda”.

Lo anterior, porque en su texto Lenin sostiene que el proletariado no encontrará su conciencia de clase ahí donde se atrinchere en la

almena de las luchas económicas relativas (por ejemplo, al tiempo de trabajo, a los salarios, a la distribución de la producción, en fin). En su lectura del tiempo político para que el proletariado alcance una real conciencia de sí mismo debe devenir en partido y resolverse en conceptos, categorías, principios y estrategias que le permitan enfrentar a la burguesía zarista desde la emergencia de una ideología que, a su vez, fulgure sentido a la práctica revolucionaria.

En Chile, “el topo de la historia” del que nos hablaba Marx (ese animal ciego que discurre subterráneamente y que cuando sale a la superficie estremece todo lo que lo rodea), *ya está*; el sentimiento de injusticia y el cansancio de cara a los abusos polimorfos *ya es* –no me sumo a las teorías del “malestar”, prefiero al topo–, pero todavía sin rostro, sin prédica y habitando sin *pro-yecto* en la potencia de lo irrepresentable.

No es aventurado decir en esta perspectiva que el voto nulo histórico que alcanzó, junto a los blancos, casi un 22% del total es, en rigor y si fuera un partido, la segunda fuerza política en Chile. Y pienso que es en el nulo, en “lo” nulo, que sobrevive y deambula el topo. Es cierto que es un síntoma y que su irrupción deviene de una cierta espectralidad, pero no podemos bizcar la mirada y pretender impugnar el hecho de que más de dos millones y medio de personas representarían la trinchera de una pura desidia, de la desinformación, de la indolencia o de la indiferencia. El “nulo” resta como como un rostro por descubrir; descubrir en su concepto.

Lenin hablaba, al final, de un nuevo soporte para la pugna no únicamente por el poder –que se lograría, según la ortodoxia marxista, vía armada y en clave revolución–, sino que, con la misma fuerza, por la consistencia de un relato que permita ingresar al campo de la batalla cultural, de los imaginarios y los idearios.

Esto es lo que ilumina una ausencia, lo que destella un vacío y que la centro-izquierda tradicional, en las negociaciones con la dictadura que comienzan a mediados de los ‘80, no pudo, no puede ni podrá representar porque tiene una falla de origen, congénita.

De otra manera, pero evidenciando igual inhabilidad, la renovación de esta izquierda que vimos asomarse con la aparición del Frente Amplio y en la figura de Gabriel Boric como líder, no ha podido generar musculatura ideológica siendo efectiva solo en el plano electoral y desarrollando un talento increíble para ganar elecciones, pero, y a propósito, mostrando su blandura en el ideario y en la performance intelectual.

Es en esta dirección que Lenin siempre supo que el poder por el poder, el solo hecho de detentarlo sin disponer de un entramado categorial que vertebrase una prédica y evite de esta manera el vaciamiento ideológico, no estaba sino destinado a eximirse de la historia, a la abdicación.

El pensador ruso fue, quizás y en este preciso punto, más consciente que el mismo Marx –asumimos, obviamente, que no hay Lenin sin Marx, y que su trabajo y genialidad consistió en situar la teoría; comprenderla al interior de un estadio histórico-cultural, político y de poder específico–, en la línea de que no había que entregarle los destinos de la historia a la predominancia de un determinismo inexorable que nos llevaría al triunfo predestinado de la revolución, entonces de la sociedad sin clases.

La revitalización del pensamiento, la capacidad de generar puntos de despegue reflexivos y contingentes, evidenciables y que favorecieran el acceso a la verdadera lucha política, es decir la cultural/ideológica, fue la gran constatación del Lenin filósofo de la historia. Desde aquí, pienso, se desprenden las moralejas.

Probablemente intelectuales de la centro-derecha chilena o provenientes de ciertas posiciones cercanas al “patriotismo constitucional”², leerán en este apunte un llamado a la anarquía o a la destitución de los “procesos democráticos”, pero no, no es así.

² La noción de “patriotismo constitucional” aparece por primera vez en un artículo publicado por Dolf Sternberger en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* el 23 de mayo de 1973. Posteriormente, Jürgen Habermas la recupera y desarrolla en el texto *Identidades nacionales y postnacionales*, 1989.

Siguiendo a Rancière, pienso a la democracia como el mejor gobierno posible considerando todos los demás (2005), creo también en la responsabilidad de pensar la izquierda más allá de sí misma y plantear que, ya sea en su versión ochentera, noventera o ñuñoina, no ha dado ni el ancho ni el largo para expulsar al fantasma de Jaime Guzmán de la historia de Chile y que se requiere, entonces, de una fuerza política que transgreda la tradición y se reencuentre en “otros términos”.

Resignificar la democracia, radicalizarla y extirparle la mayor cantidad de quistes autoritario/neoliberales que la atormentan y enferman es creer que es solo en ella que una potencial emancipación se prefigura.

3. No sé si es posible proyectar, mínimamente, lo que aquí se ha planteado. Hubo alguien que sugirió llamar a este imaginario más allá de la izquierda como “fuerza impolítica”. Pero la verdad, y aunque la idea es más que sugerente, es que lo *impolítico* requiere necesariamente de lo político para poder generar algún tipo de orgánica; así como la Antipoesía de Nicanor Parra, ya lo decía Bolaño, era solo poesía y de la más pura. Pero distingamos, lo impolítico no es lo contrario de lo político, su mimesis invertida (diégesis), es lo político mismo que, por ahora, no tendría traducción ni institucional ni orgánica.

El triunfo del Partido Republicano no se debió al voto nulo. Esto es ver la pura superficie de una corriente que es mucho más densa y que comienza con la desactivación de la fisura que produce Octubre reponiendo, desde ahí, la querella por la seguridad a la que se sumaron desde el PC al Partido Republicano.

Reformular el mapa hegemónico es una tarea enorme, no creo que imposible, pero de una envergadura brutal. De operar, esta transformación debería venir necesariamente exterior a la unipolaridad del relato al que nos habíamos referido. Se trataría de pensar desde un “afuera democrático” (entendido este “afuera” como un decir *no* a la degradación de la democracia propiamente tal) que discurra, no

obstante, democráticamente sin calcar los vicios que la han llevado al páramo conservador que hoy la afecta.

Por ahora, solo queda partir por una angustia, con una que se hace preguntas y que quizá nunca logre estibar de cara a una respuesta, pero que tendría que detonar como insistencia y orgánica post-tradición si pretendemos vivir de otra forma, reconocernos en alguien más y descubrir, por fin, una sociedad de alternancias y diferencias filtradas por un sistema político anclado en la soberanía popular, y no en la maquinaria carburada y siempre dispuesta para la gestión oligarca.

¿Qué izquierda? siento, es un punto de partida.

Referencias bibliográficas

Derrida, J. (1995). *Mal de archivo*. Trotta, Madrid.

Canales, M. (2022). *La pregunta de Octubre. Fundación, apogeo y crisis del Chile neoliberal*. Lom Ediciones, Santiago de Chile.

Lenin, V.I. (1902). *¿Qué hacer?* consultado en <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1900s/quehacer/index.htm>

Moulián, T. (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Lom Ediciones, Santiago de Chile.

Rancière, J. (2005). *El odio a la democracia*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

LA POLICÍA RACISTA (PERSECUCIÓN A ELISA LONCON)

Debo decir que no me interesan particularmente los títulos de Elisa Loncon, tampoco la cantidad de *papers* que pudiera hacer fichar en las bases de datos WoS o Scopus, por ejemplo. Y no me interesan porque estas no son más que dispositivos híper-objetuales con estatus rimbombante que al día de hoy establecen el límite para ingresar y mantenerse en el mundo académico; fetiches programados que han devenido en imperativos que atormentan año a año a quienes trabajamos como investigadores/as en las universidades; zonas virtuales que estratifican, incluyen y marginan, prestigian o hunden; articulado de siglas que matan al libro y que hacen de nosotras y nosotros, *sujetos* de universidad, individuos atomizados y perplejos, sin capacidad de reacción, en el parrilla candente y desafiada de la disputa neoliberal.

Por otro lado, le doy una importancia igual a cero al hecho de que sus publicaciones tengan tal o cual factor de impacto o que se ubiquen en tal o cual cuartil; si fue la primera o la décima autora que firma el texto, en fin. Me da soberanamente lo mismo, porque lo que es relevante, por encima de la supervisión exigida desde *El Mercurio* y que se percha con el ropaje de la “transparencia” y la “información pública”, es la reemergencia de uno de las lacras más anquilosadas y extendidas

en la sociedad chilena: el racismo y su policía. La misma que hoy se lanza a la yugular de una académica mapuche, y figura política notable, por habersele concedido un año sabático para la investigación y la divulgación.

Y si se trata de un racismo, que en formato de “transparencia pública/académica” se objetiviza en Elisa Loncon, entonces, y con la misma fuerza, se trata de un asunto político. Si algunos parlamentarios de Chile Vamos presentaron un oficio en Contraloría para “aclarar la naturaleza de ese permiso” pues, justo, la naturaleza de esta exigencia no se emparenta en nada con la prístina vocación declarada por la derecha y en la que se buscaría que todo sea sujeto de norma y que actúe “dentro de la ley”, por el contrario.

El asunto va de que uno de los más nítidos, notables y bellos rostros que heredó la Revuelta de Octubre quede definitivamente desactivado, vilipendiado y escarniado en el centro de la plaza pública mientras se le lanzan piedras y escupitajos de todos lados no porque no fue la primera autora en un paper WoS, sino porque es morena, mapuche, brillante y su pura existencia les rebota en la mediocridad y en el ego que supura desprecio frente a la grandeza de una figura que ellos y ellas, los/as procuradores/as de la ley, jamás podrían ser ni en el más delirante de sus sueños.

Elisa les enrostra, desde su forma de hablar, vestir, existir y deambular por el mundo, su vacío intelectual, su ríspido mercado/léxico y la amenaza de que su membresía oligárquica se vea debilitada en su hegemonía de cara a esta mujer, publicaciones más publicaciones menos, factores de impacto más altos o más bajos, los desnude a mediodía en la dilecta hipocresía de sus saberes heredados, endogámicos y apócrifos.

Como dice el filósofo Marc Crépon, para la derecha, en cualquiera de sus formas y que se encuentra hoy al tope del ranking rompiendo todos los récords de taquilla, Elisa Loncon representa “(...) *la lenta sedimentación de lo inaceptable*” (2010). Es decir que de no pararse a tiempo el significante que ella irradia hacia el resto del margen exclu-

do, esto es que se puede ser extraordinaria/o independiente del origen, color de piel o procedencia, podría significar un desplazamiento de placas no menor para la tradición sobre la que se ha soportado su hegemonía por siglos.

¿Que una ‘india’ sea doctora en lingüística, reconocida mundialmente, que no se vista con ropa de marcas europeas y que no esté en los lugares que le corresponden ‘típicamente’, o sea limpiando baños o siendo la empleada de mi casa? ¡No! eso no se puede aceptar.

Por lo tanto, nada tiene que ver aquí con fenómenos asociados a la transparencia o a la rendición pública de dineros. Es un asunto de clase, de aporofobia y de racismo. Impulsando en las universidades una suerte *etnificación* de los derechos de las y los académicas/os que no solo deberían ser relevantes por la cantidad de publicaciones y textos que serán distribuidos en los mercados del conocimiento, sino que también (y con más impacto que cualquier “factor”) por el signo y el significante que distribuyen globalmente.

Elisa fue la primera mujer a la vez que la primera persona de un pueblo originario en Chile -y probablemente en el mundo-, en presidir un espacio institucional como lo fue la Asamblea Constituyente. Comenzó hablando en mapudungun y, desde ese momento, “la tradición republicana” de este país se interrumpió a modo de fractura y ella, su figura y su decir, deconstruyó la democracia lanzando a la periferia a una clase política que desde siempre había ocupado los lugares de privilegio.

Maria Emilia Tijoux se pregunta –en un texto titulado *Racismo en Chile. La piel como marca de la inmigración* (2016)–:

¿cómo hacerse cargo no solo de la descripción y cuantificación de interacciones particulares, sino de la cuestión de la ‘emancipación’ respecto de estructuras lógicas, imaginarias e institucionales que articulan los hábitos de la violencia y la clausura del horizonte de lo común?

Tijoux nos habla en este punto de cómo dismantelar lo que va a más allá de una simple aceptación; de qué forma desafiar la pura *tolerancia* (marca suplementaria de la soberanía por parafrasear a Derrida¹) y situarse en el corazón de un bloque macizo que inhabilita el reconocer al otro como lo que simplemente *es*, que ya *es ahí* habitando en una polifacética multiplicidad, y cuya tachadura siempre será una construcción imaginaria devenida del odio y de la defensa de los privilegios adheridos a una clase, a un color o a una posición política.

No se nace racista: se llega a serlo.

Referencias bibliográficas

Crépon, M. (2010). “La Guerre des civilisations”, *La culture de la peur II*. Galilée, París.

Tijoux, M.E. (2016). *Racismo en Chile. La piel como marca de la inmigración*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

¹ Jacques Derrida sostiene que “La tolerancia está siempre del lado de ‘la razón del más fuerte’; es una marca suplementaria de soberanía; es la cara amable de la soberanía que dice, desde sus alturas, al otro: yo te dejo vivir, tú no eres insoportable, yo te abro mi casa, pero no lo olvides: yo estoy en mi casa [...]”. En: *La filosofía en una época de terror. Diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida*, 2004.

LA HEGEMONÍA EXTRAVIADA

1. La hegemonía es el *sine qua non* de lo político y su disputa lo político mismo.

Lo anterior, no solo porque desde un cierto sentido común la hegemonía se relacione con la zona desde donde toman decisiones quienes, amparados en no importa qué sistema de gobierno, se han impuesto por sobre otros resimbolizando el espacio político-socio-cultural según su catálogo de referencias ideológicas, conceptuales o doctrinarias. En este sentido, la hegemonía es trascendente respecto de la forma que tome el poder y es el impulso validado que repercute en lo social a modo de ideario e imaginario colectivo.

En una monarquía la hegemonía no se disputa sino que se hereda; en una dictadura, no es el resultado del enfrentamiento de fuerzas políticas, como sabemos, sino que simplemente se captura de *golpe*; en una democracia como la chilena, la hegemonía reúne ambas características –se hereda y se captura–, con la diferencia de que se soporta sobre un extendido plexo de significaciones asociadas a lo “legítimo” y a lo “representativo”, emergiendo la falsa consciencia de que somos nosotros los que hablamos a través de quienes nos representan; los

mismos que se asumen como los ventrílocuos de la voz de un pueblo o el eco validado de la soberanía.

No nos detendremos en las y los que han sido los exponentes más recitados y que habrían explorado, con mayor o menor intensidad, el fenómeno de la hegemonía (Marx, Gramsci, Bourdieu, Mouffe, Laclau, y un considerable etcétera). Lo que se intenta, más bien, es una lectura inicial de cómo esta categoría resignifica en el Chile actual definido por el ascenso hegemónico del fascismo con percha democrática, o neofascismo para estar más al día.

Apostamos, igualmente, por pensar a la “izquierda” –categoría vaporosa– como un entramado puramente simbólico y nominal que, y esto es lo que explicaría gran parte de la tragedia en desarrollo de la que hoy somos tribuna, renunció a lo político, a la pugna, a entrar en el campo minado de la lucha por la hegemonía. Suponemos, pues, que la pérdida de esta vocación es el fusible que se desactivó y que permitiría entender el vaciamiento ideológico de los sectores que se han llamado “progresistas” o “socialdemócratas”. Pero no levitemos: nunca hubo socialdemocracia en Chile. Lo más cercano fue el programa de la Unidad Popular, no obstante, después nos acicalamos en la polifacética orgía josepiñerista-guzmaniana a la cual los más circunspectos, en su momento, defensores de la revolución y del hombre nuevo se sumaron sin complejos, rehabilitando en espiral continuo la salud de un mercado tan cotidiano como metafísico, tan pedestre como trascendental, tan práctico como intangible.

2. Lo que se intenta proponer es que en el Chile de los últimos años se han dado dos formas hegemónicas que no han sabido complementarse, dejando obturada la encarnación de la promesa en una *forma* política real y, por lo tanto, cediendo el tablero a las derechas devotas del neoliberalismo que en su versión kastiana y en la actualidad, tienen el control.

La primera forma hegemónica, en este período, fue Octubre. Hegemonía que operó a modo de fractura o grieta por donde “el topo”

de Marx (ese animal ciego que se desplaza bajo tierra) irrumpió en la superficie anunciando, sin orgánica evidente, la imperiosa y radical necesidad de transformación de una sociedad que se revolcaba, regocijada, en la naturalización de los abusos. Esta hegemonía espontánea –o “dialéctica de la espontaneidad” como escribía Rosa Luxemburgo (*Huelga de masas, partido y sindicatos*, 1906)– hizo emerger un relato; una serie de estampas significantes que resonaron a modo casi anárquico de cara a la tradición y la institucionalidad, perforando lo oficial e imaginando conceptos que resonaron en la sociedad chilena estremeciéndola (“dignidad”, “despertar”, “refundar”, “la culpa no era mía”, en fin), devolviéndole la conciencia e intuyendo que el sueño de ser una sociedad vinculada podía ser real, después de una historia entera de plagios y exclusiones.

Pero esta hegemonía, que podríamos llamar “ontológica”, no alcanzó a tomar forma y permaneció difusa, fantasmal; gravitando particularmente en la órbita del significante ahí donde, y para decirlo en difícil, lo que urgía era una semiótica del signo. Había que desplazarse hacia una hegemonía objetual, concreta, en la que la potencia y *dynamis* del *ser* de la Revuelta se acoplara a un programa con estructura, ítems, apartados, etc.; y, entonces, recomponer la belleza de la fractura al interior de la zona de sacrificio que es la lucha por la hegemonía.

Pues bien, entre la hegemonía ontológica de la Revuelta y la hegemonía formal que se transforma en “el régimen de la idea”, es donde surge lo político. Y aquí se ha fallado; fallado desde aquel emérito día (15 de noviembre de 2019) en que se firmó el “Acuerdo Por la Paz Social y la Nueva Constitución”, que terminó en una Asamblea Constituyente, electa y soberana que, sin embargo, fracasó.

Los diferentes grupos de izquierda, disidencias sexuales, representantes de los pueblos originarios, grupos medioambientalistas, en fin, instalados en la AC no fueron capaces de medular un relato que diera cara a las derechas, autoneutralizándose y arrinconándose en lo identitario y renunciando, así, a la confrontación política que defendiera un tipo de sociedad distinta. Se pensaba que solo el invocar nostál-

gicamente a Octubre y sus símbolos, alcanzaría para derrotar a una derecha que a esa altura ya se había organizado y desenfundado todo el arsenal valórico y de restauración que, al día de hoy, nos mantiene en la partitura que dicta el conservadurismo unido que, al parecer, jamás será vencido.

A esto hay que sumarle, por cierto, la falta de proteína ideológica e intelectual que evidenció el gobierno de Gabriel Boric; una suerte de fatiga producida por la sistemática obtención de victorias electorales que lo lanzaron a un lugar intrascendente y que gesto tras gesto, perdón tras perdón, abdicó de entrar al campo de batalla de las ideas y le regaló la mano, el naípe, a un neofascismo que de turista tiene poco, pero de colono, mucho.

3. Solo terminar con un punto sobre Guzmán y Kast.

En este sentido, decir que Kast reproduce lo mismo que representó en su momento Jaime Guzmán, es decir, la unión de la derecha hacendal –con derivada militar– y la neoliberal. Que jamás fueron lo mismo, por el contrario, eran irreductibles. Entre Jarpa y Piñera, solo por dar un ejemplo, la distancia era sideral y el último nunca, y digo “nunca”, terminó por ser aceptado en el púlpito oligárquico/moral-cristiano, siendo siempre visto como un *new rich* de origen demócratacristiano que flirteó con la Concertación (otro enjambre neoliberal), votando por el No y, de vez en cuando, disparándose frases como los “cómplices pasivos” u ordenando el cierre de la cárcel de Punta Peuco.

La genialidad de Guzmán estuvo en encontrar el perímetro justo en donde ambas tradiciones podían incendiar la pradera y consolidar el pacto oligárquico en su versión, primero de dictadura y segundo de transición. Hoy Kast vuelve a ritualizar el lazo y re-pacta, ahora en fórmula constitucional, la fronda oligarca. No hay Kast sin Guzmán y es este último el que desagua en el republicanismo todo su magma autoritario-liberal.

Por lo tanto, creo que es urgente reconocer que Octubre, sin nunca dejar de ser el latido y eco de una transformación, debe asumir un

nuevo metabolismo y recomponer su imaginaria en el plano de la disputa por los conceptos, atendiendo a la urgencia de un país cuya frágil democracia corre severos riesgos de ser su propio reverso, su antónimo y que, de no operar una nueva alianza que vaya más allá de la izquierda en su tubérculo actual –o sea del cruce entre el frenteamplismo, la Concertación y un cada vez más ríspido Partido Comunista– no podrá sino ser el resorte de una refundación post-política calcada de los valores extremistas y ultrones, que hoy y con amplia mayoría, se extienden por esto que “creemos país pero que apenas es paisaje”, parafraseando el verso de Nicanor Parra (1969).

La hegemonía por parte de los sectores del gobierno no fue ni es identificada, no hay densidad categorial que permita la generación de un entramado programático y orgánico. La hegemonía ontológica la tuvimos, la óptica/formal, la perdimos.

Desde aquí, pensamos, se puede comenzar a organizar la decepción.

Referencias bibliográficas

- Luxemburgo, R. (1906). *Huelga de masas, partido y sindicatos*. Consultado en https://www.marxists.org/espanol/luxem/06Huelgade-masapartidoysindicatos_0.pdf
- Parra, N. (1969). “Tres Poemas”, en *Obra Gruesa*. Ediciones UDP, Santiago de Chile.

MEMORIA CONTRA MEMORIA: APUNTES SOBRE UNA SUB-VERSIÓN

Intentaremos pensar la memoria no desde su tradicional referencia al pasado, tampoco como un puro presente asediado por *slogans* políticos, ni bien como un forzoso despunte hacia el futuro, sino que como acontecimiento; algo cuya temporalidad es equívoca, o bien, no tiene arraigo ni se traduce en forma alguna, operando como una fuerza desestructurante, vaciada –en principio– de sentido y de discurso, activándose como una suerte de torrente disruptivo pariente de la subversión de los relatos que se pretendan construir.

Preguntamos en esta línea: ¿quién firma la memoria? ¿quién tiene el poder de gestionarla, precisarla, ajustarla? Porque todo aquel que quiera, como sea, rotular la memoria, timbrarla y transformarla en un proceso pasteurizado, desgrasado, in-disidente o subordinado, no estaría sino ejerciendo una violencia contra la memoria misma, arrinconándola en el plano de los protocolos y las membresías políticas, restándole la potencia que le es propia y que tendría que ver sobre todo con la irrupción memorística, es decir, con aquello que se aleja de la memoria como relato o desencadenamiento de un guion cuya trama viene redactada por una oficialidad que, situada en el centro de una dinámica “conmemorativa” (del latín *commemorāre*: “acción y

efecto meter en la mente completamente”, RAE, 2014), debe irradiar una jerga, un texto y un contexto que permita consignar un momento, un tiempo... 50 años.

Cuando la memoria se vuelve autorreflexiva, entonces pierde su condición disruptiva, transformándose en antecedente –o dato– dispuesto a la gestión de un presente político con pretensiones de oficialidad. Oponemos a esta memoria autorreflexiva la memoria insumisa, aquella que polemiza consigo misma y que se anuncia como significante vacío sin por esto, nunca perder su tensión de cara a una cierta justicia.

Y hacemos la diferencia, tal como lo señalaba Jaques Derrida en *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad* (1994), entre la justicia y el derecho. Porque la memoria no puede ser filtrada a través de lo puramente jurídico, de las leyes, de lo *formalizable*. Esto es dinamitarla y hacerla jugar en el tinglado oportunista que ofrecen quienes han visto en el escarceo de la memoria una posibilidad, por ejemplo, para la fronda transicional.

La justicia es imposible y este es, justo, el lugar de la memoria, su propia historicidad.

Toda vez que decimos “esto es la memoria” o “esto es lo que se debe recordar”, la memoria pasa a tener forma de archivo, esto es de aquello que se transforma en incuestionable o cuya variabilidad no está permitida. El archivo, siguiendo nuevamente a Derrida, es una máquina de reproducción de lo que se entiende como originario (1995). El origen, que no es tal, que no existe y que siempre responderá a una arbitrariedad y a una violencia, se articula en esta perspectiva como una supra-verdad que va más allá de todo relato que se le resista. Y preguntamos ¿cómo resistir a la fuerza fundadora de una memoria establecida como archivo-amo? ¿de qué manera nos sacudimos la formalidad de una historia que ha definido “una” memoria que, siempre y en tanto operación política, no será otra cosa que *la buena conciencia de una amnesia?* (J. Derrida, *Béliers*, 2003).

Esto no se trata de pasar por alto los 50 años de una tragedia. Menos de no traer al presente el recuerdo de los muertos, de los desaparecidos, de los duelos inconclusos y de las innumerables formas de horror que tuvieron lugar en el Chile de Pinochet y de su círculo cívico-empresarial; tampoco de negarle a ningún familiar de DD.DD o sobreviviente de la enajenación criminal, su derecho a volver a insistir, a “arder en preguntas” como escribía Antonin Artaud y nunca renunciar a la insistencia del “¿dónde están?”, no. Todas y todos podemos –y hasta debemos– llorar y asistir al encuentro con nuestros fantasmas que desde una triste penumbra siguen querellándose de cara a la ausencia de justicia; indicando espectralmente que aún hay información sobre paraderos que no se ha entregado y que se desintegra en las bóvedas militares y también civiles; fantasmas que nos habilitan a persistir en la búsqueda y a no renunciar.

Claro que se trata de volver a mirar de frente, una y otra vez, al dolor y a la textura que se refleja en el rostro desconsolado de una madre, un padre, una hija, un hijo, una hermana, en fin.

Todo esto es justo y necesario. Lo que proponemos, en otra línea, es hacer de la memoria un espacio para la insurrección en el sentido simbólico y político del término. No se trataría únicamente de respetarnos en el sufrimiento y recuerdo de nuestros seres queridos que ya no están, sino de hacer de esa misma pérdida una memoria que detone en el centro de una disputa por aquella justicia imposible que, no obstante, es la única alternativa para cualquier justicia posible. Nunca será suficiente, siempre habrá que (re)volver, siempre habrá que inventarse nuevas parábolas para resistir a la captura y plagio de la memoria.

Porque la memoria *no es una*, no es de archivo ni se imprime en informes; lo que hay son múltiples formas de recuerdo que se unen y reúnen en el espacio siempre infinito de la espera pero que, no por esto, sin mundo, sin radicalidad, sin una sub-versión.

En un momento en que Chile se ve acechado por una derecha del terror y en el que, correlativamente, el paradigma de la seguridad ha

triunfado y que se alimenta de utopías ultraconservadoras, bien vale, se piensa, recuperar una memoria para siempre inconclusa, indeterminada y sin bordes, pero que al mismo tiempo implosione en el corazón de un país que se prepara a consumir, nuevamente, su subordinación típica.

A 50 años del Golpe de Estado es imperativo, justo, urgente y decisivo que emerja una contramemoria; una desobediencia más allá de lo que se nos pretende heredar como historia e inocular como presente.

Referencias bibliográficas

Derrida, J. (1994). *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*. Editorial Tecnos, Madrid,.

Derrida, J. (1995). *Mal de archivo*. Editorial Trotta, Madrid.

Derrida, J. (2003). *Béliers. El diálogo ininterrumpido*. Galilée, París.

DECRETAN PARTICIPACIÓN¹

¿Cuándo comienza y cuándo termina una participación? ¿7 de junio-7 de julio, “su” mes? ¿es realmente posible establecer una temporalidad *a priori* que defina los bordes, límites, umbrales que se pueden –o no– cruzar, en fin, cuando de algún tipo participación se trata? Incluso menos es la posibilidad de establecer una “iniciativa popular de norma” cuya calendarización va desde el 7 al 18 de junio (solo 11 días). La cuestión de fondo aquí es qué designa el término “participación” cuando lo decretan y en qué medida en su definición se articula una específica dimensión del tiempo (que ha sido impuesto por los vencedores), antiguo asunto subrayado ya por Aristóteles en la *Ética a Nicómaco* cuando el estagirita hace referencia al “prudente”.

Una participación acotada, necesariamente, en un tiempo cronológico determinado que permite incluir a la “ciudadanía” (no al pueblo o los pueblos) al interior de una instancia política. Pero, quizás, justamente habría que interrogar el movimiento y tipo de inclusión que la noción de “participación” aquí presupone y que el slogan –puesto en condicional– “si estamos todos será de todos”, suscribe; participar

¹ Texto escrito en conjunto con Rodrigo Karmy.

significa alcanzar lo que la presidenta Republicana Beatriz Hevia, en su discurso inaugural, denominó el “encuentro”.

E insistimos en la importancia del slogan *si estamos todos será de todos*. En su fondo pervive un chantaje: “si te sustraes de participar harás fracasar el proyecto, si disientes no podremos constituirnos en esa comunidad plana y totalitaria con la que se identifica al nombre de Chile. En el fondo, harás fracasar el ensamble de la máquina mitológica portaliana”; producción de “culpa” frente a los que disienten, los que se sustraen, los que no quieren saber de este fraude.

Siguiendo el discurso de Hevia, en efecto, los chilenos, deberían “encontrarse”. Y es, quizás, este significante el que vertebra el proceso y que vendrá a reemplazar el antiguo término “consenso” con el que se forjaron los 30 años. No habrá más referencia al “consenso” como término técnico, pero sí al “encuentro” como nuevo dispositivo del orden por el cual se glorificarán los “acuerdos” y sus alianzas tramposas. No olvidemos, además, que el Consejo Constitucional es el dispositivo último de un poder pasado por el cedazo de los partidos políticos y que a través de la designación indicalista y cuoteada, con-signaron a un firmamento de expertos/as; los/as que, a su vez, redactaron la proto-Constitución y que ahora estucan con rímel ciudadano y participativo cuando, sabemos, desde el momento en que se desenchufa la corriente octubrista y entramos al perfecto adagio de la restauración conservadora, la ciudadanía ya había sido lanzada a la periferia. Se cumple así con la arcaica referencia de Portales: la ciudadanía – decía el ministro– está llena de “vicios”, por lo cual, las “repúblicas latinoamericanas” no pueden ser regidas por los pueblos, sino por un “gobierno fuerte, centralizador”, tal como declara en su célebre carta a Cea de 1822.

Por otro lado, el mes de la ciudadanía decretado por un grupo de universidades liderados por las hegemónicas Universidad de Chile y la Pontificia Universidad Católica, ocurre casi al mismo tiempo en que el Consejo Constitucional escoge como presidenta a una exponente de los valores conservadores más reconocidos, pero no por eso

menos efectivos. Resulta sintomático lo que la misma rúbrica señala, el trabajo de ambas universidades:

(...) en colaboración con universidades acreditadas de todo el país y otras instituciones y entidades de la sociedad civil, está encargado de diseñar, implementar y sistematizar el Proceso de Participación Ciudadana con el objetivo de que la ciudadanía logre incidir en el debate constitucional.²

El presupuesto es que la ciudadanía por sí sola no puede incidir. Incluso la expresión “logre incidir” deja entrever el amargo “peso de la noche” aquí cristalizado. La distancia, el hecho de que este es un proceso ajeno al que se intenta arrimar a una ciudadanía derrotada, simplemente, para hacer pasar por democrático un proceso anti-democrático en el cual parece ser que resulta muy difícil “incidir”.

Cabe la pregunta: ¿consideran las universidades involucradas que el proceso en curso es “democrático”? O más bien ¿consideran –como lo hacen algunos partidos políticos– que no quedaría más que bregar para el buen término del proceso independientemente de su modo de instalación y de sus propuestas constitucionales? Por lo mismo ¿cómo es que “el mes de la ciudadanía” puede relacionarse con la recientemente electa presidenta del órgano constituyente, representante de la ultraderecha neofascista que pretende digitarse, hoy, en tecla democrático/constitucionalista?

Algo hay de incestuoso en todo esto, qué duda cabe. Incesto urdido por el término “encuentro” utilizado por el discurso con el que Hevia inaugura al Consejo (ya no Asamblea, ya no Convención) para sustituir al operador significativo que la otrora transición, despachada por la Revuelta, denominaba “consenso” y donde se juega el festín del “todos”. Acuerdos transversales, consensos generales, “encuentros” al fin y al cabo para ocultar la grieta por la que se desgarró la lucha de

² Consultado en [https://uchile.cl/noticias/206086/carta-magna-campus-sur-inicia-jornadas-de-participacion-ciudadana-](https://uchile.cl/noticias/206086/carta-magna-campus-sur-inicia-jornadas-de-participacion-ciudadana)

clases, sino que se oculte y todo permanezca en un manto de profunda normalidad. Incesto entre poder económico y político; máquina circular por la que la oligarquía se potencia y constituye, así como incesto entre partidos políticos que poco a poco han iniciado el proceso de recomposición del tradicional y único “partido portaliano”, ese de dos cabezas que articula un “encuentro” –incesto– entre el conservadurismo neoliberal y el progresismo neoliberal. Pero un “encuentro” cuya forma portaría también a la “ciudadanía” cuando la llamada Secretaría de Participación Ciudadana dio por decretado, estipulado y autorizado “el mes de la participación ciudadana”; como si se pudiera cronometrar la participación, datearla, disponerla como un dispositivo sensible únicamente a la normalización urgente y que es requerida *ex post* a que el repacto oligárquico y sus círculos proclives ya operaran, firmando el contrato en el corazón de una democracia notarial con sede en el patronazgo haciendo-neoliberal.

La idea es validar la farsa vía “participación”, soportar al engaño, restituir el poder a su lugar de origen y sin retobarse porque sería feo. Pero, además, es promover un nuevo pacto oligárquico que tenga como significante la noción de “encuentro” que, al pretender totalizar el espacio político, neutraliza el siempre espectral asedio de las potencias populares. Los 30 años despacharon del glosario político el término “pueblo”. En compensación utilizaron la noción de “gente” (campaña de Patricio Aylwin en 1989) o bien “ciudadanía”. “Gente” opera como un término de índole económico, así como la noción de “ciudadanía” que parece agregar simples procesos de votación.

Así, durante la transición, el “pueblo” desaparece. Diríamos que para el dispositivo portaliano no habría más que ciudadanía fallida, pasiva, consultiva si se quiere. Una ciudadanía que vendría a embelesar un proceso antidemocrático sin democracia, ciudadanía “adémica”, que solo responde como población, con su obediencia frente a la violencia de la hacienda neoliberal. No es pueblo, es gente; ahora no es ni pueblo ni gente, sino ciudadanía entrenada en la subordinación

y dispuesta a responder al llamado de la tropa fáctica para inseminar legitimidad forzosa a un proceso que ya arrancó sin ella.

Cuando se redacte el nuevo texto volveremos a ser gente, o, quizás, ciudadanía, pero sin pueblo. Este último descansará en las sombras hasta nuevo aviso.

¿Quién decreta acerca del principio y el fin? El soberano. ¿Quién actúa como soberano, entonces? Justamente, quienes decretan que podemos “participar” solo durante un mes.

Referencias bibliográficas

Aristóteles (s. IV a.C) [2015]. *Ética a Nicómaco*. Brontes, Santiago de Chile.

SANGRÍA E IMPOTENCIA CIUDADANA

Según la tipografía, se entiende por sangría a la introducción de una cantidad de caracteres en blanco (espacios) al empezar un párrafo. Se “sangra” por una única vez en el párrafo y no es sino hasta uno nuevo que la sangría tiene otra vez la posibilidad de aplicarse.

La sangría es entonces el desprendimiento del cuerpo de un texto, la escisión, la distancia, el borde excluido que anuncia lo que está por construirse.

La podríamos entender también como una suerte de zona fantasma que se intensifica por su ausencia, no obstante, es sintomática respecto de lo que estaría por iniciarse; está ahí, al margen, de alguna forma latente a lo que después se articulará en la redacción formal y visible. Por lo general la usamos de manera automática, inconsciente, en principio carente de sentido, vacía, etérea.

Me pregunto si la sangría puede existir por sí sola. Esto es sin cuerpo textual que la siga: ¿puede la sangría tener una posibilidad sin ser solamente el “recurso” estético y sintáctico para que algo llegue a tomar forma? ¿puede, al final, ser hacia sí, sin adherirse a nada y quedar para siempre suspendida en ese espacio en blanco que percibimos pero que no vemos (o no queremos ver)?

Pienso que la sangría es el margen invisible arbitrariamente descartado por el protocolo de la forma y que, si lo llevamos al plano político, es la soberanía.

La sangría es la soberanía y el cuerpo del texto –el párrafo– las formas o disposiciones que toma una sociedad sin ella, aunque su condición de holograma indique sistemáticamente que está ahí, desajustada, informe, inefable, pero insistente; densa y para siempre dispuesta a emerger desde esa zona sin perímetro que es su hábitat blanco; sangría-soberanía que se intuye como el vapor de un pueblo que no fue invitado a la fiesta de la fundación y al que hoy, ya conformado el párrafo constituyente, se le atribuye el mote de “ciudadanía”; ahí donde todo lo que se ha venido regenerando desde la desactivación octubrista, de manera geométrica y en partitura restauradora perfecta, es la máquina que impulsó un proceso ilegítimo el cual, una vez repuesto el pacto oligárquico histórico típico, se perfila como un espacio abierto a la deliberación democrática haciendo aparecer el espejismo de que “el pueblo” algo tendrá que ver en la construcción de su propio destino; algo que muestre que, ya precisado y delimitado el consenso, se viene el momento plebeyo que le dará a esta Constitución el precepto soberano que la legitimará de ahí en más.

El 7 de junio reciente un grupo de instituciones liderado por la Universidad de Chile y la Pontificia Universidad Católica, decretaron “El mes de la participación ciudadana”, cuyo lema es “Si estamos todos/as, será de todos/as” ¿Se puede establecer “el” mes de la participación ciudadana como si fuera una efeméride, el mes del mar, el de las glorias del ejército o el de la independencia de Chile? Esto es más bien la constatación de una “im-potencia ciudadana” y no de su participación. Lo que dicen ciudadanía, en su mejor versión posible, no puede participar siendo ya gestionada. Es, justo, lo anti-ciudadano, la anti-participación y la expresión vívida del secuestro del presente político (otra vez).

Del 7 de junio al 7 de julio “se participa”; principio y fin, alfa y omega temporal de una inclusión instrumental y formateada en cua-

tro mecanismos posibles para hacerse parte del proceso: consulta ciudadana, diálogos ciudadanos, iniciativa popular de normas, audiencias populares (todos estos vía plataformas virtuales, repleta de “tutoriales” y sin cabildeo real, cara a cara, a rostro descubierto y en la plaza pública), con el objetivo de imprimirle validez a una historia que ya se hizo, que ya está escrita y que ya fue firmada en el tabernáculo de una clase política tan desprestigiada como autoreferente, tan homogénea en sus fines como precisa en sus efectos. Proceso pravo y corrompido en su origen por la imposición oligárquica.

¿Acaso realmente pensamos que esta lonja de participación que se nos ofrece para blanquear el plagio con “consultas ciudadanas” cambia en algo la historia de Chile? ¿no caemos en la cuenta que en esta misma historia de dados cargados la sangría, el margen, la soberanía fue, una vez más, sacada del pacto y exiliada al islote donde reina, por citar a Blanchot, *el impoder?* (1959).

Sin embargo, la sangría sigue ahí y, aunque excluida como de costumbre, no dejará de asediar al párrafo histórico que ya fue escrito. La sangría no amenaza, el borde no es un matón, la soberanía no es una mafia. Simplemente ya está, aunque no se vea; es su doble potencia y la fuente que acoge el grito silenciado de un país que no ha podido ser algo más que sí mismo y que ha sucumbido, como sea, a la fuerza fantasmática de la impronta oligárquica.

Referencias bibliográficas

Blanchot, M. (1959). *Le libre à venir*. Gallimard, París.

Pude estar con Fabiola Campillai y Myrna Troncoso. La primera senadora de la república y víctima de la represión de Estado durante la Revuelta del 2019 que le significó la pérdida de la visión, del gusto y del olfato; y la segunda, presidenta de la Agrupación de Familiares de Detenidos/as Desaparecidos/as y Ejecutados/as Políticos/as de Talca y coordinadora de la Región del Maule (su hermano, Ricardo, está desaparecido desde agosto de 1974). Entre ambas, al menos dos generaciones de distancia; entre ambas, una misma historia de dignidad y de espanto, todo a la vez: sombra y luz, resistencia y horror, pérdida y testimonio.

Pero en lo que quisiera insistir es que su presencia, el sentirlas ahí, *ser ahí* como expresión viva, sensible y corporal de una batalla sin tiempo por una justicia que nunca será la que esperan (es lo que particularmente se transparenta en la mirada siempre triste de Myrna: “buscaré hasta mi muerte”, dijo); es igualmente el recuerdo brutal de lo que puede llegar a hacer un puñado de psicópatas enamorados de su propia imagen que, en su momento (y en todos los momentos), se enajenaron avalados por la urgencia patriótica de asesinar, desaparecer, descuartizar y torturar a seres humanos en nombre de sus propios nombres; signatura delirante de una historia que los ensalzaría al pó-

dium de héroes patrios pensando que cientos de calles llevarían su nombre, que serían monumentalizados en estatuas y que, en su honor, miles de niños se llamarían Augusto, Gustavo, José o César. Ensoñación patriotera ahí donde no fueron otra cosa que la bacanal de la muerte intensificada por una oligarquía petrificada de miedo frente a la arremetida del pueblo allendista, nutrida por los dólares que inoculaba Nixon a través de la Democracia Cristiana para desestabilizar un gobierno, este sí, radicalmente democrático y transformador; fronda hacendal-cívico-militar-chicagista que en cuanto fue sintiendo que el poder lo podía despilfarrar a su antojo, comenzó su racional y programado protocolo del crimen.

Fabiola dijo algo que no me pudo pasar de largo y que me resonó toda la noche hasta este momento en que lo escribo: “Tengo que hablar porque como no puedo ver, no puedo leer ni usar ‘ayuda-memoria’”. Y caí en cuenta de la extensión de la barbarie y de los múltiples rostros que puede tomar la venganza cuando viene del Estado en cualquiera de sus formas. Fabiola no solo dijo que no puede ver, sino que no podía usar “ayuda-memoria”; palabras que estremecen porque se vinculan a una memoria que, justo, tiene que ser ayudada, respaldada, incitada y para siempre dicha. Todo para que no olvidemos el escándalo y la ira que alcanza la miseria humana desatada en el corazón de su propia y criminal parábola.

Pensé, igual, que no hay justicia en exigir mirar al futuro cuando de la memoria del espanto se trata (como intenta filtrar la propaganda del gobierno a propósito de los 50 años). La insistencia es a recuperar un pasado terrible, ya sea de 50 o 3 años atrás, dándole la palabra, dejándolo aparecer sin sacrificarlo de cara a la retórica de la reconciliación y “la mirada hacia adelante”.

Esta es una fraseología puramente instrumental, política en el peor de los sentidos; fraseología que pretende ecologizar y hacer sintética una historia que no cicatriza y que no debe cicatrizar nunca. Los países que han podido continuar después de sus tragedias se reconocen en sus heridas y viven con ellas como testimonio de lo que no puede

volver a ocurrir. Si olvidamos, si se nos exige la tarea imposible de la reconciliación sin justicia, o de pontificar las amnistías (derivado de “amnesia”), siempre habrá otra tragedia porvenir.

No hay mérito en superar el terror radioactivo de Hiroshima, tampoco de visión de Estado cuando Villa Grimaldi se transforma en un paseo dominical; cuando la gente –como lo vi– se saca *selfies* en Auschwitz o se va a turistar con intención “de informar” a la franja de Gaza. No se trata de vivir sin el dolor, sino de constatarlo una y otra vez hasta que la conciencia se genere –tanto como se pueda y hasta donde alcance– y la memoria se desplace a la zona protegida en donde no hay, no puede por un asunto moral, dos versiones sobre una masacre.

La memoria no sobrevive por sí sola, y aunque los ojos de Fabiola no ven, el solo sentirla cerca, así como a Myrna, desadecuaba el momento, lo desajustaba en su cronología y espacialidad; eyectándonos a un lugar-otro que tiene que ver con lo insoportable y lo monstruoso, pero, al mismo tiempo, con la dignidad inquebrantable de quienes han sobrevivido a la ira del exterminio y al salivar rabioso de asesinos que nunca dieron tregua.

Ambas, también, nos derivan a la constatación cierta de que los derechos humanos no pueden ser solo una “forma de decir” o el lugar común en el que la sociedad vocifera sus triunfos civilizacionales. La trivialización de los DDHH, su masificación como discurso sin densidad ha sido, al final, su condena; su diluirse en la retórica siempre bien portada y políticamente correcta de esta suerte de abracadabra que abre el portal mágico, para quien la pronuncia, hacia la autoformación de lo demócrata que se es, de lo cuadrado que estamos con el respeto por lo fundamental y lo militantes que somos de cara a la defensa de la dignidad humana. Los derechos humanos mismos no tienen concepto, no se pueden fijar, son sin coyuntura específica. Lo contrario sería firmar su banalidad.

La presencia de Fabiola, que ve como nadie ve, y la de Myrna, que siente como nadie siente –cada dolor es singular e irrepetible–, fue la

reunión de dos dignidades que nos enrostran, con belleza, pero no con menos firmeza, que los DDHH no están blindados jamás; que nunca están a salvo y que pueden ser violados en una dictadura feroz o en una democracia sin escrúpulos.

Lo más emocionante fue verlas, al final del encuentro, reunirse en un abrazo que no fue otra cosa que la fusión de dos dolores, de dos tiempos, de dos desgarros unidos por una dignidad ineludible y una preciosa resistencia.

50 AÑOS: DUELO IMPOSIBLE Y UN PAÍS DE ANTÍGONAS

En *Memorias para Paul de Man* (1988) Jacques Derrida escribe: “el que está muerto no vive en sí mismo, sino que vive en nosotros, pero de un modo completamente distinto a cómo viviría en sí mismo”. Entonces ¿cómo hacer memoria de lo que está terminado? ¿de qué forma damos vida al muerto/a o al desaparecido/a en nosotros?

Se piensa que la memoria tendría una posibilidad en la órbita imposible del duelo jamás terminado. Y es aquí donde la deconstrucción y la justicia encuentran un espacio. El duelo imposible hace posible el duelo mismo y nos transforma en emisarios, en los recaderos de una herencia que no podemos evitar en el transcurso de una vida histórica. La aporía, entonces, es que no hay duelo posible sino ahí donde éste es imposible, y “lo imposible aquí es el otro, tal como nos llega (...)” (*Ibid.*).

¿Cómo pensar este duelo imposible sin pensar en los millones de muertos y desaparecidos del siglo XX, en todo el mundo, que han sido objeto de la enajenada violencia de criminales? Pensar en aquellas/os, las y los deudos, que no han tenido la posibilidad de erigir una sepultura y que entonces no han podido posicionar sus recuerdos sobre tumba alguna; una tumba sin nombre, que no ha sido aún construida, ni pensada, cuya madera aún no es tallada y que, en definitiva, no

existe para esos muertos desaparecidos. Los familiares que han perdido un ser querido no tienen la posibilidad siquiera de pensar en un “trabajo de duelo”. Por eso, contradictoriamente, lo que se pidió en Chile después de la dictadura fue información más que justicia, paraderos más que procesos judiciales. Por cierto, que todo esto es más allá de las instituciones que pretenderían restituir de alguna forma, a veces hasta materialmente, el duelo que no pudo desplegarse.

En este sentido es que no puede haber instituciones políticas del duelo. El duelo es un “motivo” de lo imposible y es “justamente” lo imposible lo que está en juego.

¿Qué hay de Antígona o qué tendría que ver ella con los muertos/ as o desaparecidos/a por la violencia política y el duelo?

Sabemos que la tragedia de Antígona ha sido motivo de innumerables análisis y reflexiones a lo largo de la historia que (por graficar solo un período que partiría en la modernidad) van desde Hegel hasta Judith Butler, pasando por Martin Heidegger, George Steiner, Jacques Lacan, etc. Sin embargo, volver a leerla permite insistir una y otra vez en la tragedia chilena a 50 años de la enajenación.

Muy sucintamente, en el relato de Sófocles, muerto Edipo, sus hijas Ismene y Antígona se lamentaban no sólo de saber que no verán más a su padre, sino que, y sobre todo, el lamento es porque éste ha muerto en tierras lejanas y extranjeras, sin recibir los ritos fúnebres y sin una tumba que albergue su cuerpo, expuesto, por tanto, a la expropiación y a la violación. El cadáver de Edipo reside entonces escondido, en secreto absoluto, sin domicilio para llevar adelante el duelo, en tierras extrañas y desde entonces sólo como fantasma en la memoria de sus hijas. El duelo es, de esta forma, negado y prohibido o, en otras palabras, hablamos de un duelo sin lugar para llevar adelante al duelo mismo; un duelo interminable que queda irreductible para siempre a la hospitalidad y seguridad de una tumba. No hay forma que lo contenga ni estructura material que le sirva de bóveda. No obstante, este duelo imposible es el único posible.

Pensando, igualmente, en su hermano Polinices y amigos muertos, Antígona exclama: “También a vosotros, con todo, os tomo como testigos de cómo muero sin que me acompañe el duelo de mis amigos, de por qué leyes voy a un túmulo de piedras que me encierre, tumba hasta hoy nunca vista” (Sófocles, 2017). Más adelante: “Querré enterrar a Polinices siempre. Aunque nazca 1000 veces, y aunque él muera 1000 veces” (*Ibíd.*, p. 217).

Preguntamos ¿no es esta queja de Antígona la misma de millones de hijas/os, padres, madres, hermanos, hermanas, en fin, a los que le han muerto o desaparecido un ser querido? ¿no es, acaso, el llanto de Antígona el de todos los duelos inconclusos que se ahogan en la esperanza de que ese muerto reaparecerá desde la muerte –muerto– para ocupar la tumba que le espera y así poder comenzar el necesario duelo? ¿es el Chile de Pinochet y post Pinochet un país de Antígonas? ¿de aquellas/os que lloran su imposibilidad de duelo y así el único duelo posible?

El duelo ha sido concebido en nuestra cultura como la urgencia de ontologizar los restos. Esto precisa domiciliarlos, hacerlos ubicables, es decir, evidenciar su lugar: “(...) es preciso saber quién está enterrado y dónde -y es preciso (saber..., asegurarse de) que, en lo que queda de él, él queda ahí. ¡Que se quede ahí y ya no se mueva más!” (Derrida, 1993). Si sabemos dónde residen los restos, entonces sabremos de dónde vendría el fantasma, si es que viene realmente. Pero ¿no es acaso la imposible venida del espectro su única posibilidad de venir, de manifestarse y asediar al mundo de los vivos? La venida del espectro es *su siempre estar viniendo*. “En el fondo, el espectro es el porvenir (...) sólo se presenta como lo que podría venir o (re)aparecer: en el porvenir” (*Ibíd.*).

Son preguntas probablemente crípticas pero que, a nuestro juicio y entendiendo al ejercicio filosófico como una práctica que también se deriva de los dolores de un mundo, deben emerger y reemerger con insistencia sin límites, toda vez que a 50 años de la mutilación de un pueblo lo que vemos es la irrupción de un contrarelativo que trae

consigo nuevos fantasmas, nuevos reaparecidos, esta vez criminales y representados por discursos neofascistas y a los cuales ha sido, sino imposible al menos “casi” imposible, exiliar de nuestra historia.

Referencias bibliográficas

Derrida, J. (1988). *Memorias para Paul de Man*. GEDISA, Madrid.

Derrida, J. (1993a). *Espectros de Marx*. Editorial Trotta, Madrid.

Sófocles ([441 a.C] 2017). *Antígona*.

Carlos Peña, en rigor, no se llama Carlos Peña, se llama “El Rector” Carlos Peña. “Carlos Peña” entonces es su apellido, el predicado que secunda a un nombre de pila y a una palabra de orden mayor que se disemina en la sociedad chilena a modo de significante principal cuando de la opinión pública se trata.

La palabra “rector” –del latín *rector*: “el que rige”– cuando nos referimos a Peña, adquiere otra musculatura y fertiliza significados, sentidos, llenando el vacío de una sociedad a la cual “El Rector” mismo evidencia como inculta, profana, rústica, iletrada; en fin, todo lo que desde su trono mercurial dispara domingo a domingo haciéndonos caer en cuenta de que nosotros/as no somos más que párvulos microcéfalos, agentes pigmeos y sin relevancia que, al lado de él, nos revelamos en nuestra naturaleza informe, fea, plebeya; desahuciada en su epistemología de la ignorancia y condenada a la metafísica de los instintos que jamás nos “dará” razones, sino puras reacciones derivadas de nuestra animalidad constitutiva, incapaz de codificar un tiempo, un momento, una época, un fenómeno.

No, es él quien debe venir con su prédica dominical a beatificar “su” verdad y a pontificar “su” argumento; él es *la regla de los concep-*

tos, el demiurgo sostenido por legiones de burócratas y empresarios de la opinión para quienes sus columnas, de alguna u otra forma, validan su influencia y suturan su hegemonía. “El Rector” es el principio y final de la verdadera hermenéutica porque nosotras y nosotros, en el error sociológico de nuestras irracionales existencias, ni siquiera estaremos confundidos, errados o equivocados, simplemente no sabemos nada porque “El Rector”, sin más, capturó toda hermenéutica posible. Es decir, colonizó la interpretación con su ladina argumentación que más que opinión busca ser herencia, testamento, alameda por donde pase el hombre y la mujer ignorante que no tiene otro destino más que el que él, en su eucaristía semanal, predique y dicte.

En su última “revelación”, “El Rector” intentó hacer una defensa del diputado Mellado a propósito de la filtración del audio de una reunión privada en Cerro Castillo. La verdad es que estoy muy lejos de interesarme si Mellado es culpable penalmente o no, si cometió o no cometió una imprudencia monumental, confieso, por decirlo en elegante, que me importa un bledo.

Lo que sí quisiera destacar con escándalo y en tono resentido es que, en su afán protagónico de dictar la regla interpretativa, reduciendo todo problema de orden político a un asunto de moral soportado ya sea sobre la fraseología kantiana o los algoritmos rawlsianos, “El Rector” cometió un error monumental para un intelectual que quiere ser faro y coordinada para una sociedad completa. Cito (las cursivas son mías):

“En principio, no debe haber duda de que cuando se trata del Estado y de las decisiones que afectan a todos, la regla general debe ser la *publicidad*. Todo lo que no es susceptible de *publicidad* es injusto, sugiere Kant en uno de sus textos” (¿cuál texto por favor?). Más adelante “(...) pareciera, más bien, que una conversación sostenida por el presidente en su carácter de tal, con un diputado en calidad de tal, en un lugar donde funciona la Presidencia, es de alto interés *público*”.

Lo que pasa por alto, en lo que no repara y en lo que derechamente se equivoca, es que mimetiza a lo público con la publicidad. Cae en

el error, casi elemental, de entender que los asuntos de Estado, por el mero hecho de ser de carácter público en su concepción democrática-liberal, llevan adherida una suerte de esencia publicitaria.

Esto no es defendible cuando de un pretendido rector moral se trata y, con toda la irreverencia del argumento, sostengo que lo público puede (y debe) ser privado, secreto, hermético, exclusivo y excluyente. Es solo, y aquí me querello desde mi propia tradición filosófica, porque hay algo secreto que lo público adquiere una posibilidad; es únicamente en el perímetro de *lo que no se puede saber* que ese potencial secreto advierte su punto de fuga. Defiendo el secreto en política porque sin él no habría ninguna posibilidad de la develación, de la revelación o reacción pública. En este sentido lo secreto y lo público son condición de posibilidad para lo político propiamente tal y no funcionan, como “El Rector” lo dicta, en el plano de una división radical equivocándose en nota impresentable, además, y en su clásico metabolismo de reproducción ilustrada, insisto, al equiparar lo público con lo publicitado.

“El Rector” termina su sermón citando a Tácito, político e historiador romano del siglo I a. de C. Le recomendaría que en vez de citarlo recupere, en algunos momentos de su irrefrenable pulsión a pastorear, la etimología de esta palabra antes de ingnorantear al pueblo.

Tácito: del latín *tacitus*, participio del verbo *tacere* (callar).

PERDÓN, LA PALABRA

1. Las acciones, los eventos y los momentos específicos que dan curso a historias determinadas, son menos relevantes que la forma en que estos eventos se enuncian y se rotulan. En este sentido, el llamado “proceso de transición a la democracia” que comenzaría en Chile a partir de 1990 (la mirada respecto de su inicio no es estándar) con Patricio Aylwin a la cabeza, es menos impactante por su condición misma de proceso transicional y más por la forma en que se cristalizó verbalmente. Ocupamos palabras como reconciliación, sanación, perdón, en fin, para, al final, generar y otorgarles realidad a lo que viene gestándose. Así, lo que decimos respecto de la historia es más relevante que los elementos que componen la historia propiamente tal.

En estos últimos 33 años el perdón ha sido una enunciación primordial. Se pide perdón, se otorga el perdón, se organizan escenas de perdón, en fin, siempre sobre el principio de una palabra que condensa y resume la urgencia de un contexto sociopolítico.

Sin embargo, es igualmente cierto que las palabras no pueden resistir ni abreviar toda la complejidad que un tramo de la historia condensa. Probablemente decir perdón para expresar lo que la transición chilena implicó –e implica– no sea explicativo de la totalidad

y heterogeneidad de esta saga histórica. Pero es lo que instrumentalmente se ha hecho y es lo que los encargados de organizar la historia han promovido. Por lo tanto, la responsabilidad política y filosófica habitaría en poder introducirse en la complejidad de las palabras que cristalizan procesos, saber cuál es la intencionalidad de lo que se dice y por qué se dice en un contexto de eufórica normalización social.

El perdón no es sólo una palabra, es un corte, un volitivo que lleva adherido una racionalidad política toda vez que se institucionaliza.

2. En un texto titulado *El futuro pasado. Contribución a la semántica de los tiempos históricos* (1991), el gran historiador alemán Reinhart Koselleck escribe que es preciso “saber desde cuándo se ha podido emplear, de forma tan precisa, a los conceptos como índices de cambios políticos, sociales y de una cierta perspectiva histórica”. En este pasaje se asume que los conceptos que le dan el tono a procesos sociales particulares no sólo remiten a considerar al pasado como algo urgente de nombrar, sino que son palabras que nos envían hacia el futuro que, desde entonces, y a partir de la enunciación bajo la cual queda organizado un momento político, estará de alguna manera definido por ese nombramiento original.

En este sentido, las palabras que consignan la historia se transforman en una posibilidad, en un significante vacío sobre el cual habrá que seguir insistiendo y buscando una y otra vez nuevas significaciones. El perdón invocado en Chile hace 33 años no se consumió en ese solo momento de urgencia transicional, sino que seguirá hoy siendo un vector determinante en la organización sociológica de un país. Todo mediatizado por la sensacional restauración conservadora y su séquito pinochetista que en su afán de asaltar el palacio de Santiago-centro y hacerse del báculo, seguro, los veremos pidiendo perdón, asumiendo los errores, empatando la historia y desgarrándose el pecho diciendo que lo sienten y que son paladines muy bien entrenados en el respeto por los derechos humanos y que no tengamos miedo

porque ya dejaron de creer en la tortura, la desaparición y el exterminio en masa. Como sea, perdón, pedir perdón... siempre renta.

3. Ahora, toda pregunta sobre el perdón no podría estar desvinculada de los órdenes jurídicos, políticos y ciertamente éticos. Esta es la lectura hegeliana. El perdón aparece en esta línea como un cuestionamiento, como una fuerza que implica, al mismo tiempo, la potencial legitimidad o ilegitimidad de un proceso. Así, podríamos preguntarnos, siguiendo a Hegel, ¿es el perdón un derecho? O más bien ¿existiría algo así como un derecho al perdón? ¿es posible, como se ha hecho en Chile, juridizar el perdón?

Para Hegel, en esta perspectiva, y sin poder ciertamente dar una respuesta definitiva a las preguntas anteriores, el perdón tiene un lugar reservado al interior de una suerte de dialéctica del reconocimiento. En *La fenomenología del espíritu* (1807), por ejemplo, el perdón adquiere un estatus privilegiado. Se trataría entonces de que el perdón es concebido como el último eslabón del desarrollo de la conciencia y de la razón en el ámbito de la moralidad. Antes de la filosofía, entendida por Hegel como el *saber absoluto*, la palabra perdón viene a ocupar su plaza y es el momento principal de la igualdad con la otredad que hace renunciar a la actitud arrogante del juicio que denigra y acusa.

La reflexión hegeliana es un enorme gesto fenomenológico, pero, nos preguntamos, en el plano de la política real, de los dolores aún en curso y de los duelos todavía en espera: ¿se puede llegar a la unidad de las conciencias perdonando y olvidando el pasado? ¿hay aquí posibilidad para la justicia, esa que jamás podría resumirse en las disposiciones del derecho? Pienso que el perdón no es una posibilidad para la conciencia sino, nuevamente, para la justicia en un sentido amplificado, extensivo e irreductible a cualquier economía jurídica.

4. Entonces hay que tensionar el perdón; polemizar el acontecimiento y someter a examen crítico los que fueron (y los que son) los efectos de la transición al interior de la cual el perdón mismo se gestionó

como una institución política proclive a la “estabilidad”. Se entenderá así que el perdón instrumentalizado a las necesidades de recomposición social de un país posterior a la tragedia, no tiene más destino que habitar en el ámbito del derecho y las prescripciones jurídicas, pero –y esta es ahora la mirada de la deconstrucción derridiana con la cual me comprometo– por el contrario, se piensa que es sólo en la órbita de lo imposible y de lo imperdonable que el perdón mismo se extiende.

En todo intento de formalizar al perdón habrá, siempre, una intencionalidad o una arbitrariedad. Esto nos llevará a asumir un principio que es tan filosófico como político y que nos hereda Derrida: si el perdón tiene al menos una posibilidad, *ésta* pertenece al ámbito de lo imposible y de lo imperdonable.

La apuesta, o al menos una de ellas, es que si recuperamos la noción del perdón derridiana, Chile tendría una chance para insistir en la búsqueda de más justicia para todas las miles de muertes y desapariciones, las mismas que fueron olvidadas en favor de un perdón político-institucional que dirigió y monitoreó nuestra salida del salvajismo.

La del perdón es una historia larga, sin fin y sin remitente, pero en ella, se piensa, deambula una ética que nos debe estremecer de cara a los 50 años de nuestro gran naufragio como sociedad entera.

Referencias bibliográficas

- Hegel, G.W.F. ([1807] 2017). *La fenomenología del espíritu*. Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires.
- Koselleck, R. (1991). *El futuro pasado. Contribución a la semántica de los tiempos históricos*. Ediciones Paidós. Barcelona.

LA ALUCINACIÓN DE PATRICIO FERNÁNDEZ

En este mismo momento me encuentro mirando un cuadro del “Mono” González en el que están pintadas las manos de Víctor Jara. Una de ellas es la de un labrador, atravesada por surcos, hendiduras, líneas que se cruzan pero que, al final y según me llega, imaginan un triste lugar que remonta a ese campesinado de los ‘50, ‘60 y ‘70 en Chile, el que no dudó un segundo en cuadrarse con Salvador Allende. Es la mano de un campesino de la Unidad Popular.

La otra es una mano mutilada, con los dedos cortados y en la que se evidencia un castigo, uno feroz; uno venido de la infamia que identificó en el arte algo aún más peligroso que cualquier grupo armado o discurso incendiario; son las manos de un artista al que, para entonces, la incipiente barbarie no solo buscó asesinar, sino dejarnos como herencia una amenaza y un mensaje. Se trataba de que quien se atreviera a imitar las manos de Víctor Jara –con las que tocaba la guitarra, acariciaba a sus hijos, escribía y, seguro, se deslizaban delicadas por el cuerpo de Joan– serán siempre rotas, quebradas, molidas y, después de todo, echadas a la intemperie para que una bestia pudiera saciar su hambre con cuerpos muertos. Son las manos de aquel que estuvo

desde siempre con Allende y que murió por creer en su intenso deseo de una sociedad nueva.

Y arranco desde aquí, primero, pensando que hay dos momentos en la historia de estos 50 años que pueden entenderse desde las manos de Víctor; uno en el que se levantó un sueño y otro en el que ese mismo sueño fue despedazado al compás espantoso de la metralla, los campos de concentración, las muertes, los descuartizamientos, en fin, el largo etcétera de horrores que sabemos.

Son más de 50 años, es una historia entera, vidas completas. Puede haber dos momentos, pero una sola historia, una que no resiste ser revisada, re-visitada ni puesta en clave moderada o amplitud modulada apuntando a gestionarla monitoreando potenciales futuros donde emerjan los “mínimos comunes” (como si dentro de los “mínimos” la víctima debiera desarrollar así, porque toca, la vocación de perdonar y abrazar a su torturador o al asesino de un ser querido): la nuestra fue la historia de una masacre descarnada, cobarde y en la que la humillación y la integridad humana no solo fue violada, sino que negada en su alteridad más radical. No se trataba únicamente de matar, torturar o desaparecer a este o esta militante de un partido o movimiento político (demasiado sencillo), la idea era exterminar *al otro* en su ser político, en el sentido más extensivo que puede alcanzar una expresión como ésta.

Y es aquí, justo aquí, que la memoria tiene que defenderse no solo de quienes quieren negarla, tacharla y decir que aún los detenidos desaparecidos andan de vacaciones o que todo fue una fábula creada en las oficinas centrales del Kremlin, sino que reivindicarse una y otra vez contra la oficialidad que busca cercarla y refundarla en la partitura de opereta bufa en la que, algún día, todos y todas nos habremos resarcido las heridas y, tomados de la mano habiendo superado todos los rencores y desplegado todos los perdones, caminemos juntos hacia un horizonte pletórico de paz iluminado por la luz por fin brillante y emancipadora de la reconciliación. Todo esto es falso.

Y es aquí donde aparece la figura de Patricio Fernández.

Fernández fue parte de esa generación sintética, Rock & pop-The Clinic-Liguria que en los '90 nos enseñó *a morir de risa* mientras que, lo cierto, es que debíamos permanecer en el lamento, en la búsqueda, en la insistencia del impulso por la verdadera memoria, “la justa memoria”, como escribía Paul Ricoeur (*La mémoire, l'histoire, l'oubli*, 2000). Era fácil darle manija de modo recalcitrante, majadero y en espiral diario al “humor irreverente” mientras la historia, *una historia*, esa que fue digitada y filtrada por la Concertación, no hacía más que hundirse en lo más profundo de un océano de muy bajo fondo donde reinaba la impunidad, la falta de respuesta y la indolencia. Todo esto orbitado y vigilado por los “grandes acuerdos”.

Dicho lo anterior, no creo que Fernández sea un negacionista, eso sería mucho. Tampoco diría que es una persona de derecha infiltrada cuya única misión en este mundo sea justificar el Golpe –aunque pareciera, según se le ha escuchado, que al menos ha relativizado “razones” para que ocurriera–; puede, a lo más, ser una suerte del típico sociotipo culto, de variante socialdemócrata, con acceso a todos los espacios de poder –y digo “todos”– y que se valida en su condición de clase. No es un negacionista, su problema es otro: se alucinó y quiso pasar a la historia.

Dentro de la viralizada conversación con Manuel Antonio Garretón en el podcast *Tras las líneas*¹, y más allá de todo lo que dijo, hubo una frase que me quedó rebotando, señaló: “no es el que se conmemora, sino el cómo”. ¿Cómo no va a ser el “qué”? ¿en qué delirante aventura “publicitaria/estratégica” alguien le dijo que este era un asunto puramente estético, del “cómo”? ¿de fiestecillas en el parque forestal, tocatas intergeneracionales, uno que otro monolito en un pueblo perdido de Chile o galardones entregados a las víctimas por seguir vivas y no sucumbir al dolor estos 50 años?

¹ El podcast se emitió el 21 de junio de 2023. Se puede ver la versión completa en el siguiente link: <https://www.youtube.com/watch?v=JrrqxhcFelg&t=2s>

Siempre se ha tratado del “qué”. Es decir, del “qué” pasó, “qué” justicia, “qué” me devuelve el amor perdido o “qué” me recupera de este dolor que ya no vive sino en la memoria de los muertos y los fantasmas.

Y pasa que, con esto, Patricio Fernández revela algo que es imposible de lograr. Él quiso pasar a la historia como el agente político/generacional que reconcilió definitivamente a Chile; el que, mirando al futuro y quitándole densidad al pasado pudo, al fin, dar vuelta la página y proyectar esperanzados un porvenir sin heridas. Su gestión respondió a las exigencias propias de un programa de gobierno y no a la historia; respondió a los instrumentos y no a la memoria quitándole protagonismo a quienes son los/as únicos/as que tienen el derecho a pronunciarse sobre este tiempo, los que perdieron pedazos de vida, resisten y aun lamentan a lo largo y ancho de este “país cementerio”, como diría Raúl Zurita.

No se puede re-reconciliar. Sin el primer “re” menos se puede entrarle al segundo y Fernández no calculó su juego y no supo que nunca fue él quien nos llevaría a cocer los dolores. Este país debe vivir con la herida abierta; se resiente, claro, pero no pueden cerrarse mientras no haya justicia, castigo, prisión a los asesinos militares o civiles (aunque muchos ya estén muertos). Quien diga o piense lo contrario es porque, simplemente, nunca sufrió las enajenaciones de una dictadura brutal, o jamás se conmovió o derechamente negó.

Termino esta nota, escuchando “Plegaria a un labrador” al mismo tiempo que miro las manos de Víctor pintadas por el “Mono” y pienso que, después de todo, no son 50 años, sino un “para siempre” que requiere todos los días de “un nunca más”.

Referencias bibliográficas

Ricoeur, P. (2000). *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Editions Seuil, París.

“DEMOCRACIA VIVA”, MUERTA, AGÓNICA

Preguntamos ¿cuál es, si es, la salud de la democracia en Chile? ¿o su estado de ánimo, su gracia, sus desgracias, su potencia o su impotencia? ¿cuál el lugar en el que, más allá de los metabolismos discursivos cotidianos, perforados de intereses hegemónicos y de reproducción sistémica, logra sobrevivir al constante riesgo de muerte que la acecha? O riesgo de vida, porque no se sobrevive *a* la muerte, se sobrevive *a* la vida, dirá Jacques Derrida (la *sobrevida*)¹.

O bien que, en su dimensión gerencial, puramente de gestión orientada a purificar un presente radicalmente inestable, lo que se intenta es parchar (para no mostrar las grietas y las deformaciones simultáneas que atraviesan su rostro sin cuerpo) la agonía, es decir esa zona intersticial, crítica, en la que no existe ni plena vida ni ple-

¹ La sobrevida no es resurrección, no se trata de morir para volver a vivir, se trata de permanecer vivos en el corazón de la vida, dejando que la latencia de la muerte, que todo lo acaba, venga cuando el tiempo, definitivamente, se termine. Derrida escribe en relación a esta sobrevida que no es más que la celebración de la vida misma: “(...) uno mismo se espera (en) la muerte esperándose el uno al otro hasta la edad más avanzada en una vida que, de todos modos, habrá sido tan corta” (*Aporías*, 1998). Para profundizar: “Siempre me interesé por esa temática de la sobrevida, en la cual el sentido no se ajusta al vivir o al morir. Es originario: la vida es sobrevida. Sobrevivir en sentido corriente quiere decir continuar viviendo, pero también vivir tras la muerte...” (Derrida, *Aprender por fin al vivir*, 2006).

na muerte sino, parcialmente, respiración artificial. Hablamos de una democracia medicada que peligrosamente se recupera una y otra vez en aquella zona imprecisable que recorre al filo, ahí, en el límite de *dejar de ser*, al margen, alucinante de moribunda pero que en su tecno-devenir incesante sigue enchufada a la espera, tal vez, de vivir eternamente o que, de “Golpe”, sea de nuevo lanzada al perímetro de lo inerte y en el que un país entero se refleje en las vitrinas del espanto.

La democracia, lo decía Rancière, ha sido motivo desde siempre (y en tanto es concebida como la cristalización de una amenaza que, en su ser-pueblo –“naturalmente” desposeído de derechos– amaga con destronar a los que detentan el poder ya sea por herencia o por designación divina) de un odio; pero vamos más lejos, también, siempre, se ha odiado a sí misma y es, pensamos, el Aleph de su propio delirio, la cardinalidad primera que orienta su *krisis* y el vector de su potencial desmoronamiento.

Esto es serio, desolador, en ningún caso expresión de un deseo, sino casi una sociología de la catástrofe; toda vez que pensamos en el presente y futuro a corto, mediano o largo plazo de la democracia chilena, no podemos sino evidenciar su entumecimiento, el río de hielo que empieza a recorrerla con el peligro de petrificarla y así despejar la ruta para que la estulticia, politizada y retorizada como neofascismo, ingrese por la puerta ancha de una historia que la democracia misma no pudo defender porque su naturaleza siempre será traicionarse, corromperse, contagiarse de sí misma y hacer vaporosos sus principios que al final son nada más que decires, símbolos y figuraciones hiperbólicas que con la realidad no tienen ningún parentesco.

Democracia sin pueblo, democracia que decreta participación, democracia corrupta, democracia paciente crónico, democracia depresiva, democracia etérea, democracia sin humanos, democracia avatar.

Todo esto a propósito de la fundación “Democracia viva” ligada al oficialismo y a la que, como ya sabemos, le fueron transferidas pornográficas sumas de dinero y que, juicios morales más juicios morales menos, devolvió a la política a su sitio típico y ubicó a los nóveles

estandartes de la plaza Ñuñoa en la elipsis archiconocida en la que gravita el poder.

Ahora se rasgan vestiduras; ahora todos son prístinos paladines de la política sin corruptela y nadie más que la pandilla juvenil de “Las lanzas” sería la culpable –hoy es parte, sin duda– de la reproducción del tráfico de influencias, la “hermandad”, la repartija del piño, las sábanas y los acomodados, en fin. Política, poder y corrupción son partes del mismo desastre y entre todos abrevian un principio que es, en Chile, tan antiguo como coyuntural, tan inmemorial como reciente. Aquí aparece la pulsión adherida que le va a todo ejercicio de autoridad cuando de gobernar se trata.

Entonces un par de cosas.

Siguiendo a Hannah Arendt el “mundo”, como espacio del *inter-est* donde lo público y lo común serían los ejes de toda potencial comunidad, es llevado al terreno de lo político. En esta dirección, el mundo sería la posibilidad de agenciarse en la *polis* distribuyendo sentidos comunes, pre-juicios; prejuicios que van a ser entendidos por la filósofa como el lugar previo al dictamen del totalitarismo y en donde habita, al final, la condición de posibilidad de lo puramente político y el impulso de toda resistencia. El mundo entonces, al generar sentidos comunes, nutre a la política de signos y efectos de interpretación de la realidad que nos une y reúne. “Vivir como ser distinto y único entre iguales” ([1958] 1998).

Y volvamos. Si vamos a la etimología de la palabra corrupción, sabremos que viene del latín *corruptio*. El término está compuesto por el prefijo *con* que significa “junto” y la locución *rumpere* que, a su vez, significa “romper, quebrar, partir”. En esta línea lo que ocurre en la democracia chilena y en cualquiera, lo que le sería propio y consustancial en no importa qué momento histórico o cuál grupo político, es la ruptura en conjunto de un mundo, en el sentido de Arendt.

Queremos decir que no se trata solo de cantidades de dineros morbosos los que se filtran entre membresías, o de piñatas selectas a las cuales solo algunos son invitados, o de coimas muy bien dirigidas.

No, es mucho más serio y triste. Se trataría de un mundo que en su significación política más pura se ve despedazado por la acción programada de un saqueo que lo craquela no solo destituyendo, sino que desactivando lo común. Esto nos obliga a volver a auto-poseernos, volver al yo que se procesa en los intereses particulares obturando con este desplazamiento lo que Judith Butler denominó, ahí donde también pensaba en la condición *sine qua non* de lo político, *desposesión*. (Butler & Athanasiou, 2013).

La democracia en Chile siempre ha agonizado. Se engendró moribunda y es congénitamente el eslabón canónico de tragedias ciertas. Por lo mismo nunca ha sido plena porque siempre ha sido capturada por la oligarquía ya sea hacendal/taquera, o gremial/chicaguista o concertacionista/pactista, o millennial o lo que sea, poco importa y corre severos riesgos de que se enciendan los fusibles que terminen por pulverizarla. Nada de campañas del terror, en ningún caso es el punto, sino que pareciera que ya no hay óbices para el ingreso de eso a lo que ya no se le teme, pero se invoca: la derecha ultrona neofascista o, “derechamente”, militar.

Al final, la democracia padece –por seguir a René Girard– de una “crisis mimética”, se parece mucho a sí misma y en este fetiche radical y narciso revela toda su potencial miseria y nos transparenta el umbral hacia el horror.

Hace un par de días en un suburbio de París Naël, un joven de 17 años de clase obrera y descendiente de migrantes argelinos, murió a causa de una bala que le impactó en el tórax disparada por las fuerzas policiales francesas. “La República”, la misma en la que hace más de 230 años se declararon los principios de igualdad, libertad y fraternidad coreando la hermandad entre los hombres. Pero no olvidemos, nunca, que casi en el mismo momento en que esto ocurría miles de cabezas rodaron por las calles y pueblos de toda Francia ensangrentando el paisaje.

Hay que proteger la democracia, sí, pero de sí misma.

Referencias bibliográficas

- Arendt, H. ([1958] 1998). *La condición humana*. Ediciones Paidós, Barcelona.
- Butler, J.; Athanasiou, A. (2013). *Dispossession. The Performative in the Political*. Polity Press, United Kingdom.
- Derrida, J. (1998). *Aporías*. Ediciones Paidós, Barcelona.
- Derrida, J. (2006). *Aprender por fin a vivir*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

DE “LOS CÓMPLICES PASIVOS” A LOS CONSCIENTES RELATIVOS

*En las peñas, facultades y en la televisión
(junto a las altezas y conscientes snobs)*

Jorge González

Todo se resumiría, en principio, a una relación entre temporalidad, lenguaje y política.

¿Cómo, en 10 años, nos desplazamos de un par conceptual tan definitivo –y con un rating histórico incuestionable– como el de “cómplices pasivos” a una escena donde lo que reina es el vacío de un tiempo sin retórica ni lenguaje que lo precise? ¿por qué un presidente de derecha como Piñera (lo creyera o no) imagen rampante de un neoliberalismo en su versión más desmadrada, fue capaz de abreviar en dos palabras un momento político que, justo, requería de un dictamen tan autocondenatorio como ese? De cara a medio siglo de la tragedia ¿qué puede significar el slogan etéreo, *consciente-relativo* y sin impacto de “memoria, democracia y futuro” que propuso el gobierno y que ha implicado que intelectuales y opinólogos de la cuadra se sientan tentados a la laxitud de proponer un antes y un después (incluso un “durante”) del Golpe?

Aparece aquí un fenómeno no nuevo pero sí devastador para quienes son las y los verdaderas/os depositarias/os del espanto: las víctimas; una suerte de reflexión jánica (en el sentido del dios Jano que tiene dos caras) y que impulsa a parcializar la historia generando

una zona para la emergencia de un relativismo que exilia la toma de posición y favorece la inspiración calculista que, “de cara al futuro”, debe primar y entonces enchufarle a los 50 años pura racionalidad política saboteando, con este gesto extraño, la única verdad histórica, la única disponible, no hay más. Nos referimos a que la maquinación del Golpe (en el que, como dice Tomás Moulian, 1997, se alojaba un proyecto de sociedad completo), “el” Golpe mismo y la orgía criminal que devino posteriormente, son una y sola misma historia sin posibilidad alguna de filetearla en cortes, como si se tratara de una serie de televisión en la que hay “temporadas” y que, asumiendo los riesgos de incoherencia en el guion, solo se podría entender en partes.

No, aquí no hay guion, sino trama; no son solo personajes aislados participando de una saga que se va urdiendo en la medida que se despliega el relato sin un hilo conductor, así, improvisando, como si eventos de esta envergadura fueran de naturaleza aleatoria y, simplemente, “porque sí”. El Golpe es un tiempo absoluto que alberga un pasado, un presente y un futuro; es un tiempo *hacia sí* y habría que entenderlo en su total singularidad, sin agencias ex-céntricas que despisten y apunten a un tipo de mnemotecnia, es decir, a una tecnificación de la memoria.

La ecuación “cómplices pasivos” que acuñó Piñera –evidentemente idea superlativa de algún asesor competente y táctico, jamás algo así saldría de su bursátil aparato cognitivo– remite a un lugar al que este gobierno y *los conscientes relativos* no han podido llegar. Se trataría de una reiteración del pasado en el presente, en ese presente de hace 10 años. No se habló de futuro, ni de democracia, ni de memoria, precisamente, sino de aquel grupo de civiles muy bien ubicados en el ecosistema del horror –Piñera mismo, por cierto– y que hicieron caja acumulando capital pornográficamente a cambio de su silencio pero, insisto, trayendo el pasado al presente, y no generando imaginarios o predicados sin destino que solo descansan en el urdido instrumental de un grupo de políticos e intelectuales que deslizan posibles razones justificadoras del Golpe para continuar; para ecologizar la memoria

de tanto pasado y disponerla entonces, higienizada de sí misma, hacia un futuro que solo es conveniente para quienes suponen que en el onírico holograma de una reconciliación imposible habita la capacidad reproductiva de su propia hegemonía.

Ser “cómplice pasivo” da cuenta de aquel que mira el espanto sin alterarse, inquietarse, sin sufrir espasmo alguno; o como decía Maurice Blanchot en *La escritura del desastre* “el desastre es sin nosotros” (1980), pero lo contemplamos. Sin embargo, no por eso no asistimos ni somos activos en la distribución del crimen, solo que lo hacemos desde un *topos* siempre estrecho que, así, llanamente, permite bizcar la mirada y asociarse con la infamia.

Estoy, por supuesto, a océanos de querer defender a Piñera, cuya figura no representa más que las guirnaldas del neoliberalismo especulativo con voraz vocación de poder y en el que se aloja la soledad absoluta de un individuo sin vínculo, desafiado, exonerado de lo común y desolado en la indeterminación de un yo que jamás verá un *otro*. Lo que me interesa es dar cuenta de cómo el tiempo de la política cuando es envuelto en un lenguaje capaz de ser caja de resonancia de una sociedad en un momento determinado, pues, en simple, rinde, pega, genera sentido y es aplaudido incluso por los sectores que menos dispuestos a ponerse de pie y a vitorear estaban. A diferencia de *los conscientes relativos* que no han podido, en su pulsión por dividir la historia y dejar sonriendo a todos, salir del naufragio discursivo; de dejar de una vez por todas de sintomatizar en torno al futuro de la democracia y arriesgar con un significante primordial; de sacudirse la promiscua vocación consensual y mirar de frente a un país diciendo que aquí *las* y *los* homenajeadas y homenajeados son *las* y *los* que no están y *las* y *los* que quedaron sufriendo por sus amados fantasmas que, diariamente, *las* y *los* visitan recordándoles lo que era la vida y reactivando el dolor que provoca la ausencia.

Estos 50 años no pueden ser entendidos como la prótesis que recomponga la médula de un país que se fracturó severamente y que no va a regenerarse por la pura compulsión a hacer de esta conmemora-

ción un espectáculo. Se trataría de instalar la única verdad posible y que es así no porque a mí se me ocurra o porque soy un obtuso que busca “cancelar” otras visiones, sino porque de plano no puede haber dos visiones, solo una: la de una historia completa que se implica en la conjugación de un antes, un durante y un después que habilitó, de ahí en más, una tragedia completa.

Todo lo anterior requiere de entrar en una dimensión sacrificial. Piñera (quien lo diría), con su delirio yoico y de ludópata, que apuesta al todo o nada, lo hizo, a costa de echarse a toda la derecha ultrona y familia militar encima.

Los conscientes relativos no quieren correr ningún riesgo, aunque, sin darse cuenta, están construyendo una memoria por venir que les enrostrará que, a 50 años, no dijeron, no recuperaron –ni heredaron– nada.

Referencias bibliográficas

- Blanchot, M. (1980). *La escritura del desastre*. Editorial Trotta, Madrid.
- Moulián, T. (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Lom Ediciones, Santiago de Chile.

CRISTIÁN WARNKEN Y LA SUTURA

Warnken y la decretación de los duelos; Warnken y su bastardización de los colores; Warnken y sus polifacéticas “formas” de desplegar lo ominoso. Warnken y su afelpado anillo de poderes a los que tiene acceso por herencia y por *habitus*, y desde donde aplica el abyecto privilegio de inseminar influencia, monitorear procesos políticos y gestionar la crueldad.

Porque ha sabido corromper desde dentro, y con su valija diplomática repleta de “buenos contactos” ha propuesto para las víctimas el fetiche de la “resiliencia”. Como si fuera posible una mañana despertarse y decir “bueno, se acabó, seré resiliente y ya no insistiré con el ‘dónde están’. Se acaba mi duelo. No importa que no sepa el paradero ni donde están los huesos de mi hija/o madre, padre, en fin... hoy es un nuevo día”.

Y todo de cara al imperativo categórico de no buscar más, de no llorar más, de que no duela más y que dejemos ir a los espectros porque, para él, ya es hora; tuvieron su fantasmal y ventoso momento, pero es tiempo de que no ronden más, que la “fiesta” de la tristeza se termine porque ya se hizo de madrugada para los muertos y es hora

de volver al consenso de la clausura que reemplazaría la tumba, la ubicación, el hogar de los restos.

Warnken, en su frenética búsqueda de figuración histórica pretende, justo, suturar la historia, cocerla y, entonces, favorecer el desplazamiento hacia un país donde la memoria se tecnifique y planifique; una zona donde la memoria misma tenga un tope y, desde ya, abortar cualquier asomo de disidencia respecto de la democracia en su versión higienizada. Y digo higienizada en el sentido que una democracia como con la que sueña Warnken es enemiga mortal de la memoria; sueño de democracia timocrática que al final lo que persigue es construir una narrativa del pasado donde lo que prime sea lo sintético, lo desechable; un pasado sin densidad que se autoimprima legitimidad en la medida que progresivamente haga de la memoria de las víctimas nada más que niebla en la tiniebla.

Warnken y la sutura; Warnken y los puntos en la herida; Warnken y su determinación alucinante de representar lo irrepresentable.

La tragedia chilena, como la de tantos otros pueblos que han sufrido los bacanales del odio es, tal cual, irrepresentable. En este sentido, por ejemplo, en su libro *La representación prohibida* (2007) el filósofo Jean-Luc Nancy propone la idea del “significante sagrado”. Este par de palabras es inquietante y nos invita a pensar que cuando la representación se sacraliza, se hace patrón e incluso se institucionaliza, pierde su excepcional indeterminación. Entonces, cuando significamos intensamente algo, cuando lo arrebatamos de sentido, pues quienes pierden todos los sentidos son los que encaran a la representación misma. Así, en el momento que se persigue representar el horror de un acontecimiento como la barbarie de la dictadura de Pinochet y sus cómplices de todo orden, siempre estará presente el riesgo de fijar la interpretación y consolidar una hermenéutica invariable o, de otro modo, arrinconarlas en retóricas armadas desde palabras tan cobardes como “resiliencia”.

Pues bien, Warnken pretende representar el duelo, cosificar el dolor y ponerle una trama, novelarlo, es decir enchufarle temporalidad,

principio y fin, pero ¿es posible que el duelo tenga un fin? ¿no es solamente en su inalcanzable punto final que el duelo es promesa política de justicia –o al menos de un “tipo” de justicia– que sea reflejo de una “justa memoria”? ¿hay duelo sin restos? ¿acaso el duelo es el monumento vacío, la tumba sin cuerpo, un recuerdo en la zona de la resignación que nada más opera como cruel consuelo?

Warnken y su “fundamento místico de la autoridad” (Derrida, 1994); Warnken y su miasma amarillo; Warnken y su travesía omnívora... Warnken y “la historia universal de la infamia” (Borges, 2012).

Referencias bibliográficas

Borges, J.L. (1954 [2012]). “Historia universal de la infamia”. En *Cuentos completos*, Sudamericana, Buenos Aires.

Derrida, J. (1994). *Fuerza de ley: El fundamento místico de la autoridad*. Tecnos, Madrid.

Nancy, J-L. (2007). *La representación prohibida*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

“LA GESTIÓN RESTITUYENTE”

Lo que vemos desplegarse en la actualidad como prototipo político no es un *proceso constituyente*, sino que lo llamaremos así, una “Gestión Restituyente”; restituyente del conservadurismo oligárquico/portaliano/guzmaniano que, una vez más, será validado por las hegemonías tradicionales a través de todo un entramado jurídico que –enmiendas más, enmiendas menos– no es sino la ratificación de una suerte de régimen administrativo/biopolítico desde el cual la historia de Chile despinata y se mantiene, se ratifica y fomenta, se conduce y reproduce. Todo esto en incesante espiral histórico que lo entenderemos como un *magma* (“materia residual espesa y viscosa que queda después de exprimir las partes más fluidas de una sustancia”, RAE, 2022) desbordado que, en su amenazante y ubérrimo caudal, proporciona sentido y significación a una sociedad carente, precisamente, de sentido y significación y, entonces, entregada al acorde siempre principal que teclea la juntura parroquial que, sin contrapesos, contiene y controla las velocidades del poder (sus diferentes marchas).

Y lo anterior porque el fenómeno mismo de “proceso” contiene *algo* de “acontecimiento”; esto es de lo no ponderable. Hay en la palabra proceso una suerte de combinación entre lo planificable y lo inan-

ticipable; es decir, se favorece de manera controlada el impulso inicial para que, en su propio despliegue, el proceso vaya despejando rutas antes no exploradas, caminos desconocidos frente a los que habrá que tomar una u otra decisión porque su dinámica y *tempo* nos desplazó a eso que escapa a nuestro plan original. En breve, “el proceso” es determinación e indeterminación y no se ajustaría a una pura tecnogénesis desde la cual lo ya constituido auspicio su reproducción.

Esto fue la Asamblea Constituyente como cristalización de la sublevación de Octubre: un verdadero *proceso* en donde la codificación de la Revuelta en clave institucional abrió el umbral hacia el riesgo de que en Chile la política –en su versión folclórica y de rasgos fisiócratas– se estremeciera, dándole paso a esta fuerza que irrumpió con potencia descomunal a fracturar lo que había sido el anillo de poder histórico y “natural” de los celadores del porvenir.

La “gestión”, en cambio, no admite irrupciones; es desde siempre un tinglado racionalmente planificado que se hace canon, a través de fases y momentos sucesivos, recurriendo a patrones y justificaciones históricos que develen la impericia de un pueblo para proveerse de un destino y que, por lo tanto, “a favor” o “en contra” del nuevo documento.

Lo anterior es gestión en estado puro, burocracia restituyente, planificación cuadrículada y perfecta de un monitoreo que evita cualquier zona de sacrificio y que sabe desde el principio que, se apruebe o se rechace, los mismos ya ganaron, ya metabolizaron la enzima clásica que les permite inseminar control a través de mutaciones representativas con diferentes rostros.

Entonces no hay proceso, no hay truco, no hay disrupciones ni alteraciones al decimonónico plan oligarca; solo hay gestión y restitución; herencia camuflada con el ropaje de una nueva Constitución.

Re-pactación de lo típico en el corazón de un país que cada cierto tiempo se higieniza del pueblo para transitar la sempiterna huella de una tragedia.

Referencias bibliográficas

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed., [versión 23.7 en línea]. Magma. Consultado en <https://dle.rae.es/contenido/cita>

GIORGIO JACKSON: LA ZONA DE SACRIFICIO

En el momento en que en cualquier sociedad la política agoniza, aparece la urgencia del sacrificio.

Esta no es una marca distintiva del mundo occidental contemporáneo, sino que planea por encima de no importa cuáles figuraciones culturales sin arraigarse, tampoco, en una espacialidad y temporalidad específica. En breve, el sacrificio es condición *sine qua non* de lo político, y en la identificación de su impostergable y medical irrupción, se juegan todas las condiciones de posibilidad de persistencia hegemónica de un grupo determinado.

En este sentido, diremos que el “rol” del sacrificio es el de racionalizar la venganza; de detenerla y moderarla; ahí donde la venganza encuentra su perímetro y fertiliza de cara a sus enemigos amenazando con la destrucción total, el sacrificio cataliza, filtra, descongiona el odio, y dispone la zona para que la rabia metabolizada en pulsión de muerte se sublime y se desplace a otros lugares en los que desplegar su afán pulverizador.

De esta manera, la política y quienes se atribuyen el poder, encuentran gracias al sacrificio una “posteridad”; esto es un espacio diferido en el tiempo que oxigena la agonía y restituye el cuerpo después del estado de catalepsia y de amenaza mortal.

Diríamos entonces, junto a Stéphane Vinolo, que “Lo político es por tanto un sacrificio que se retransmite en diferido” (*René Girard: du mimétisme à l’homínisation. “La violence différante”, 2005*). Es claro, la política es sacrificio y el sacrificio es político. La dimensión sacrificial remite a la reproductibilidad de lo político propiamente tal y no es sino en sus anillos concéntricos que la sobrevivencia de una cierta estructura de poder se alcanza a sí misma.

Ahora, siguiendo a René Girard, todo sacrificio requiere de un chivo expiatorio (*Le bouc émissaire*, 1982), es decir de algo o alguien que es identificado como la ofrenda que permitirá la restitución de un orden e impulsará la continuidad, débil, o como sea, pero continuidad al fin.

¿Y todo lo anterior para qué? ¿por qué darle vuelta a esta, digamos, gramática del sacrificio y quedarse en la figura del chivo expiatorio? Porque, al día de hoy, en Chile, ese chivo expiatorio se llama Giorgio Jackson y es prácticamente un hecho que será ofrendado y sacrificado.

Ayer la Cámara de Diputados acordó pedir su renuncia al ejecutivo y no hay manera de que esto pueda evitarse. Por más que pertenezca a la membresía más selecta del presidente y sea centinela fiel de la almena que resguarda a Boric, Jackson será la coladera por la que discurra y se deshaga el coágulo que hoy atormenta al gobierno. Así lo pide la derecha, así lo pide gran parte del oficialismo.

Lo anterior obedece a una operación biopolítica que indica que en el cadáver (político) de Giorgio, está la tecla que debe ser hundida (y destruida) si es que el gobierno tiene la intención de no desbarrancarse por completo –está ahí, en el peñasco y al límite–. En torno a él ya se descontroló un imaginario, ya se coronó un significativo sin contrapeso, ya se densificó un relato.

Probablemente la responsabilidad de todo esto sea del propio Jackson que, en su afán de creerse el alfa y omega de la virtud, cometió un error tras otro pensando en que la turba y la jauría se la perdonarían y no vendrían a cobrarle y lincharlo. Él es la cristalización de la crítica a los famosos 30 años y, al mismo tiempo, el objeto de deseo donde la

venganza (que viene de todas las esquinas políticas) puso sus tropas. Esto no es menor y podría significar, tal vez, la muerte política definitiva de uno de los actores nóveles más relevantes de la última década.

Sin embargo, siempre quedará el sacrificio como válvula, como barra de contención de la venganza o como enzima última que la metabolizará, otra vez, en sobrevivencia y continuidad. No sería arriesgado decir en esta línea que el sacrificio se dinamiza como ontología de lo político, de alguna forma *le va*, le es consustancial y no puede sino imprimirle intensidad a lo político en su versión, si se quiere, fáctica, “de hecho”, óptica.

El sacrificio es el “ser” de lo político.

El punto, al final, es que el sacrificado será Jackson, pero el sacrificio será de Boric, su gran amigo al que ya no le queda cuerpo que poner para interceptar los misiles que le envían a su *partner* de siempre y al que, también, se le acabaron las excusas porque Giorgio es, ya y sin vuelta atrás, una zona de sacrificio.

Referencias bibliográficas

Girard, R. (1982). *Le bouc émissaire*. Éditions Grasset, París.

Vinolo, S. (2005). *René Girard: du mimétisme à l'homínisation. La violence différante*. Éditions L'Harmattan, París.

LAS MUERTES DE GIORGIO

Existe una frase de Winston Churchill –entre muchas que heredó para entender el mundo, la guerra, el incendio de la política, en fin– que siempre admiré por su precisión al tiempo que me intrigó por su eléctrica semántica, decía: “La política es más peligrosa que la guerra, porque en la guerra sólo se muere una vez”.

Así, ir a la guerra implicaría un solo desgarró, una sola y última pulsión que nos atrae y nos dispara a la muerte y, entonces, al fin, a lo terminado, a lo biodegradado. En este sentido, la guerra es promesa de un cierto no-retorno que nos transformará en mártires o en canallas, en héroes o en villanos, pero, como sea, será solo una vez la que deambularemos por ese limbo vaporoso y lo mejor es que no habrá que dar excusas, recibir los vítores o los escupitajos porque todo se habrá acabado y no hay ninguna experiencia por la cual atravesar, sufrir la humillación o volverse estatua.

Pero la política no es, siguiendo a Churchill, el reverso de la guerra.

En política se puede morir múltiples veces y cada muerte le lleva una secuela; una tras otra. Secuelas que marcan, se imprimen, se archivan, y que en innumerables marchas fúnebres se acumulan transformándose en el acopio de un bochorno. Entonces, la gran mala no-

ticia, es que se resucita para volver a ser acribillado, linchado, lanzado a la plaza pública y así exhibir el cadáver saciando la sed de una venganza que solo fue aplacada en el carnívoro proceso del sacrificio; el mismo que trae de vuelta una suerte de paz armada en la que la política encuentra su perímetro natural y puede, de esta forma, continuar.

A Giorgio Jackson le tocó morir por segunda vez (y seguro no será la última). Desde el momento tántrico en el que se sedujo por su auto-atribuida altura moral del joven sin pecado, no fue sino el cebo, la pista de caza, el conejo en el canódromo de gran parte de la clase política que vio en él la posibilidad de ajustar el deseo tanático de la venganza. De esta forma, Boric no tuvo más que sacarlo de la SEGPRES (muerte 1) y lanzarlo fuera del círculo del poder medular del gobierno, pero consolándolo con el Ministerio de Desarrollo Social.

Sin embargo, con este desplazamiento no se acabó, ni de asomo, el hambre desatada de la jauría que ya le había soltado la muerte nuevamente y que no dejaría que su altanería manceba discurriera sin cobrársela, sin cogotearlo, sin ponerle el navajazo en el corazón de la noche y en una calle ni tan oscura, porque también lo subieron al cadalso a plena luz del día. Entonces acusación constitucional –la segunda– y, ante ésta, renuncia de Giorgio; formalmente adiós al gobierno que ayudó a formar y a construir (muerte 2).

El filósofo René Girard escribía en su libro *La violencia y lo sagrado* (1972) que “Sólo es posible engañar la violencia en la medida de que no se la prive de cualquier salida, o se le ofrezca algo que llevarse a la boca”. Pues bien, para detener la violencia de la venganza, en el caso de Jackson, hubo que darle a la política algo para fagocitar, algo que fue él mismo. No es que la violencia con esto desaparezca, sino que, como algunos insectos, vuelve a su crisálida, a una suerte de hibernación en la que su hambre es interinamente aplacada pero que siempre estará al acecho, espectralmente, pero ahí, en el amago de que puede volver a desmadrarse como una cólera hambrienta que buscará su ración de sacrificio; de lo contrario: la venganza total. Con esto, al menos por un tiempo, la violencia dormirá satisfecha.

Lo de Jackson no fue “un gesto de generosidad” como se acostumbra decir en estas situaciones tan propias del “buencriancismo” del glosario político. Tampoco que “dio un paso al costado por el bien del país”, no; solo lugares comunes, escenas ultra-revisitadas que se resuelven como ritos útiles para esconder los verdaderos patrones de la política: violencia, venganza, sacrificio.

Referencias bibliográficas

Girard, R. (1972). *La violencia y lo sagrado*. Anagrama, Madrid.

EL BARCO DE MARINOS EBRIOS

En el notable libro de Jaques Rancière titulado *En los bordes de lo político* (1990), el filósofo sostiene que “(...) la política es un trirreme de marinos ebrios” (las antiguas barcazas griegas); un barco que es radicalmente sensible al oleaje y a las marejadas, por lo tanto su naturaleza, si tiene una, sería entrópica, caótica, viciada y sin arraigo. La tarea entonces es llevar a la política a tierra firme y que se despliegue, a partir de ahí, de espaldas al mar; que lo reniegue, que no lo vea, que no sienta sus sonidos ni perciba sus movimientos porque podría volver a ser seducida por su esencia caótica y recaer en la ebriedad que le va adherida.

Lo anterior, porque pienso que todo lo que ha rodeado a los “50 años” ha revelado nada más que una borrachera; un no atinar, una parroquia de sinsentidos a la que concurre una suscripción variada y espectacular de sujetos que van desde los conscientes relativos a los negacionistas recalcitrantes. Si bien hay una diferencia abismal entre un personaje como Boric y Kast, por dar nada más que un ejemplo, ambos hacen parte de este oleaje desmadrado que no termina sino por desaguar en lo que no tiene significado y menos significante; ahí donde esta fecha debería tener todo el significado posible.

En el caso del gobierno y su radio más cercano, hemos visto cómo no se ha podido construir un relato de cara a esta conmemoración de los 50 años del Golpe. Hay estrabismo, escauceos y la ingenua fábula de que serán capaces de pasar a la posteridad construyendo un consenso “unisex” en donde, piensan, podrán enrollar –en una sola fila– desde profascistas negacionistas hasta las agrupaciones de familiares de víctimas de la Dictadura. Todo esto sin considerar que la derecha en todas sus versiones, desde la militar a la “progresista”, encontró el perímetro histórico justo para disparar lo que por décadas tenía atragantado: su clara vocación golpista y que ahora, con la férula en las manos, puede gargarar sin complejos y recuperarse en su devoción desnudamente pinochetista y cómplice.

Por otro lado, justo, esta misma derecha y la flora y fauna que la constituye. Una que por más de tres décadas se recicló y guardó silencio sobre lo que realmente era; una suerte de alabanza al camuflaje, al camaleonismo pero que, tal como señalábamos más arriba, una vez que encontró la oportunidad desató todo lo que siempre fue. En este sentido hoy pueden negar todo y reivindicar todo: que Allende era lo mismo que Pinochet, que la “Venda Sexy” era una leyenda urbana, que justifican el Golpe o que los/as detenidos/as desaparecidos/as son un invento de los comunistas o que andaban de vacaciones, en fin; toda una trama de disecciones históricas y una terminología sin límite a la mentira. Si hace 10 años pedían perdón, hoy vitorean los bombazos a La Moneda.

Finalmente, el Consejo Constitucional y su ingente pre-potencia; gelatinosa hemorragia de ilegitimidad; clase política que en su despliegue cíclico fue capaz, en una serie de desplazamientos extraordinarios, de pulverizar lo puramente social y encapsularlo en expertos, constituyentes no constituidos y representantes del costumbrista pacto oligárquico que, o nos entregan un texto más duro que el que tenemos, o nos quedamos con el evangelio de Jaime Guzmán retorizado por Ricardo Lagos. Como escribía alguna vez Emile Cioran “Solo tiene convicciones quien no ha profundizado en nada” (1995).

Con todo: farra, barco ebrio, ilegitimidad desbordada, política inútil, fascismo a la vista y un pueblo abortado.

Referencias bibliográficas

Cioran, E. (1995). *Del inconveniente de haber nacido*. Taurus, Madrid.

Rancière, J. (1990). *En los bordes de lo político*. La Cebra, Buenos Aires.

TE RECUERDO VÍCTOR

Camino en dirección a Villa Grimaldi y voy cantando en silencio *Te recuerdo Amanda*; así, automática e inconscientemente, sin sentir nada ni emocionarme al hacerlo. Solo canto, solo recuerdo la canción sin reparar ni detenerme en la extraordinaria simpleza y belleza de su letra. Bajo mis pies, la calle no estaba mojada como sí lo estaba la de Amanda. Tampoco caminaba a ninguna fábrica ni, como Manuel, quedé destrozado en 5 minutos. Solo cantaba en silencio, solo caminaba a la Villa. Como si caminar, cantar y recordar, así, sin conciencia, fueran un solo acto, un solo gesto en el cual se abrevian infinitas sensaciones que pasan sin darnos cuenta, sin reparar, sin archivar; únicamente abiertos a la indeterminación de un momento tan efímero como intenso, tan liviano como estremecedor –“frágil como un volantín”–. Caminar hacia Villa Grimaldi con una canción de Víctor Jara deambulando en la mente y en el corazón que, hasta ahí, había pulsado sin razones y únicamente desplazándose sin cardinalidad hacia una zona que estaba por descubrir (“el corazón tiene razones que la razón no entiende”, escribía Pascal).

De pronto, ahora sí, empecé a caer en cuenta y empezaron las preguntas que aparecen como un clamor, como un estremecimiento que hizo que un río de hielo me recorriera la espalda y que la piel, igual,

temblara –sí, la piel tiembla–. Entonces “aprieto firme mi mano” y me pregunto: ¿por qué canto *Te recuerdo Amanda* mientras camino hacia Villa Grimaldi? ¿qué puede haber de común entre esta canción y el que fue uno de los más crueles, brutales y salvajes campos de exterminio de la dictadura? ¿por qué Víctor en mi cabeza y en mi corazón justo ahí, en ese momento, en ese divagar por Peñalolén?

La respuesta no era tan difícil, las explicaciones no fueron tan esquivas. Entre Víctor y Villa Grimaldi hay un lazo de horror que los une, un tenebroso y escabroso vínculo que nos enrostra y exige reponer la querrela de cara a la barbarie que hoy, a 50 años, un grupo de negacionistas recalcitrantes se resisten a reconocer y que “aseguro que es un gringo o un dueño de este país”. Todo mientras caminaba; todo durante un breve trayecto de no más de 500 metros; a plena luz del día, pero con el nocturno de Chile en el diafragma y el puntazo de la historia en el costado.

Y recordé, también, Víctor, que el 12 de septiembre te sacaron de la Universidad Técnica del Estado mientras te resistías junto a tus compañeros y compañeras; pensé (*te recuerdo Víctor*) que te torturaron y te golpearon, que te rompieron las costillas a punta de bototos milicos y que tus manos de campesino, de orfebre de un tiempo y del enorme artista que fuiste, te las hicieron pedazos a culatazos (imagino cuánto hubieras querido recogerte y protegerte en los brazos de Amanda en la Quiriquina en ese momento. Imagino todo lo que recordabas a Amanda en el más frío y terrible de tus alientos). Testigos dicen que tus torturadores se reían y te decían “toca la guitarra ahora po’ comunista de mierda”. Al final te pusieron 40 balazos y moriste en el Estadio Chile que hoy, en un mínimo soplo de justicia, lleva tu nombre.

No puedo dejar de resentir, de que todo queme, al pensar que cuando escribiste que Manuel, tu padre, quedó destrozado en 5 minutos, te referías a ti mismo y al instante de tu muerte; no puedo resistir la idea de que *Te recuerdo Amanda* fue tu hermoso e inevitable epitafio.

Y cuando me acercaba a Villa Grimaldi entendí que las manos que te hicieron pedazos –tus manos de niño de campo que “hundió el

arado en la tierra” en el fondo de los patrones– no fue un simple gusto sádico de tus verdugos; no solo se trataba de que las bestias saciarán su hambre y sed de sangre al verte invertebrado y quebrado. Tus manos eran el símbolo de “un canto libre”, la expresión más luminosa y lúcida de un pueblo que, por mil días, había petrificado a la oligarquía y a los poderes tradicionales. Tus manos no eran otra cosa que rebeldía, resistencia, verdad, en fin, belleza... todo lo que resulta subversivo, peligroso y detonante de conciencia contra “aquel que nos domina en la miseria”.

No lo sé, pero lo sé; sé que con la muerte en los ojos miraste a tus asesinos de frente. No lo sé, pero lo sé; sé que de cara a las bestias que te reventaron fuiste el más valiente de los hombres, en ese momento, así como lo fueron muchas y muchos que pasaron por la orgía tanática de la furia criminal. Todas y todos fueron las mujeres y hombres más valientes del mundo.

Y esos tristes militares que se sentían plétóricos de poder porque te rompían los huesos, no eran sino los esbirros de una clase que, amparada en la tropa, recuperó la historia a culatazos, a balazos, a punta de parrilla. Indignante militar que solo restituía el poder para otros mientras él se sentía Dios.

En eso llegué a Villa Grimaldi, ya habían pasado los 500 metros donde todo esto se desbordaba de tristeza. “Voy a hacerme un cigarrillo –me dije–, acaso tengo tabaco”.

Te recuerdo Víctor.

ESCRITURA CONTRA HEGEMONÍA

Desde los inicios de la denominada “transición a la democracia”, la sociedad chilena fue sometida a un planificado proceso de desideologización y despolitización. Se instaló una suerte de dispositivo que, de la mano de una cultura del consumo desmadrada, impulsó una subjetividad colectiva en donde el miedo anestesiaba lo político, lo tachaba, lo expulsaba de la escena cotidiana y nos arrinconaba en la pasarela plástica del *mall* y en la pulsión devota a las tarjetas de crédito, a los viajes al Caribe, a los programas televisivos idiotizantes y al endeudamiento salvaje.

Lo anterior, evidente, tenía un por qué, y éste puede desagregarse en dos: por un lado, la urgencia de regenerar el pacto neoliberal ahora en versión transitiva y sin exterminio —es decir algo así como una condicionante biopolítica de la reafirmación de un *homo neoliberal* que ejercía su rol de mercader de manera voluntaria y sin necesidad de campos de concentración— para lo que era necesario construir un ecosistema de zombis inconscientes y únicamente destinados a ratiificar su delirio librecambista. Por otro, el miedo a Pinochet que, en su estratégica ruta de entrega del poder, supo mantenerlo por casi 10 años más y coronarse como senador vitalicio y aún, en ese entonces,

con las filas enroladas y gozando de un apoyo social y electoral de proporciones (técnicamente el 44% que saca el “Sí” el 88 es una mitad relativa de la sociedad chilena).

En suma, se desplegó nuevamente la lógica del consenso en torno a la parábola del crecimiento económico y a la mejora de las condiciones de vida, del “acceso a bienes de consumo”; consenso tácito nutrido por la convicción de una clase política que jamás quiso sacudirse de una de las más penetrantes herencias de la Dictadura, como fue la regeneración, ahora en partitura transicional, de la racionalidad neoliberal y, así, la sedimentación de una *forma de ser* para la cual fuimos entrenados desde mediados de los ‘70 y que en los ‘90 ya había dado frutos mostrando la musculatura consumista y fenicia que caracterizó los años mozos de los gobiernos de la Concertación.

Sin embargo, todo comienza a entrar en cuestión el 2001, en donde llega un primer aviso con el “Mochilazo”, movilización estudiantil secundaria –cuando no– que sacudió a Chile de una larga siesta de campo en la cual descansamos cómoda y febrilmente en el regazo del mercado. Después, nuevamente desde el desenfado de las/os liceanas/os, el 2006 vino la célebre “Revolución pingüina”, que se desplegó ratificando que en Chile la lógica cotizante y corrupta que gangrenaba al sistema educativo había sido descubierta y puesta en escena para entrarle con todo a una crítica brutal que iba a dar paso a algo aún mayor que estaba por llegar.

Y entonces el 2011: Boric, Jackson, Vallejo y una larga lista de líderes tanto secundarios como universitarios que se volcaron sin complejos a las calles desnudando la brutalidad del formato como, por ejemplo, que solo el 25% del sistema educativo era financiado por el Estado y el 75% restante lo aportaban las familias de los estudiantes; un sistema híbrido donde el Estado mismo era un holograma; sistema batracio y sin reglas que permitía que el lucro y el enriquecimiento morboso de los llamados “sostenedores” hiciera de la educación chilena uno de los templos del neoliberalismo.

Y Octubre de 2019: el Estallido, la Revuelta. La emergencia de la conciencia; el espontáneo pliego de reivindicaciones históricas que se pararon poniéndole cara a una cultura del miedo, a una estructura hobbesiana; fundada y matizada radicalmente en la lógica siempre abyecta de los abusos a toda escala; movimiento puramente social que no supo de obstáculos para gritar la querrela por décadas de instrucción mercantil, que no había hecho otra cosa más que pauperizar a los sectores medios y bajos, inoculando así, como si fuera natural, una suerte de gen neoliberal.

Y parecía que quedaba atrás la herencia de Pinochet y toda su órbita chicogo-gremialista; que finalmente se lograría abandonar la isla desierta que nos obligaron a habitar en donde solo había islotes sin conexión, encriptados en la más sideral desafiliación. Parecía, también, que era el tiempo de los cronopios, es decir y como escribía Cortázar, de los “dibujos fuera del margen... poema sin rima” (1962).

Y eso fue Octubre, un no rimar; un poema lateral que desentonaba con el coro de burócratas administradores de una economía que había saboteado y dinamitado cualquier intento de sociedad, de solidaridad, de reconocimiento de lo alterno como constitutivo de la propia existencia.

Entonces la Asamblea Constituyente; la incorporación de voces históricamente plagiadas, excluidas y borradas del mapa de las decisiones importantes. Y tuvimos pueblos originarios, cuotas de género, ambientalistas, minorías sexuales, representantes de poblaciones y organizaciones sociales; es decir, todo un perfecto atentado a la tradición hacendo/oligárquica/chicaguista que veía cómo su dominio histórico parecía evaporarse en medio del retobe popular. Octubre los puso ahí.

Ganó Gabriel Boric.

Pero la historia fue y la conocemos; el gran alzamiento fue encapsulado, entubado en un proceso de desarticulación que devolvió el poder a los mismos; esos que se crearon un “Consejo constituyente” a la medida de los expertos que no eran sino tributarios de la tradición

subordinante. Y dispararon su texto y construyeron sus bordes; y el neofascismo colmó el Consejo, apuntalando sus convicciones golpistas y regresivas, enrostrando, a la vez, que lo que emergiera de sus entrañas reproductivas no sería otra cosa que una Constitución restituyente, aún más dura de la que tenemos, esto es, todavía más autoritaria y conservadora con una dosis aumentada de neoliberalismo.

Finalmente llegaron los 50 años, su conmemoración, y hubo tristeza por todo lo que no se hizo y lo que finalmente terminó como cruel rizoma. Y aquí son varias las interpretaciones que desde el día 12 de septiembre pueden resonar. Por ejemplo: que el gobierno, en su búsqueda frenética de consenso con la derecha por una suerte de memoria colectiva –que se activara en un documento firmado transversalmente– fracasó; que no se hizo sino alumbrar el abismo paquidérmico que existe en una sociedad en el que la palabra reconciliación es solo verbo y fetiche derivado del imaginario transicional; que se mostró la grieta por donde se filtra sistemáticamente la dinámica de lo impune; que por más actos que se hicieran o monolitos que se levantaran no se pudo reivindicar una subjetividad social que reconociera en la figura de Allende el sacrificio de un demócrata radical; que el socialismo como versión de colectivo en su raigambre chilensis nunca fue entendido y, más bien, únicamente despachado a los estantes de una historia falaz en donde impudicamente se le asocia a la órbita soviética, en fin.

Pero tal vez el horror más estremecedor de todos es que triunfó la parroquia golpista que después de más de 30 años se sintió con el derecho y, lo que es peor, con la libertad de soltar toda la perorata en defensa al Golpe mismo, de Pinochet y de cuanto dispositivo asociado con la tragedia imaginaron; lo más triste es que se instaló el revisionismo, el negacionismo, y la posibilidad de que “bajo ciertas condiciones” todo el espanto podría volver a repetirse. Se coordinó y revisitó sin complejos el aliento original de la traición, e incluso asesinos pidieron “conmiseración”.

No hubo nueva Constitución y los fantasmas de Pinochet y Guzmán flambean ahora más validados que nunca.

Lo que viene es un tiempo áspero, duro, árido; uno sin relato, sin imaginario, sin palabras a las cuales aferrarse colectivamente. Lo que nos queda, lo que siempre nos quedará como resto, es la resistencia invariable de quienes creemos en un país que, aunque amputado, todavía siente clandestinamente el latido intermitente de un pueblo que puede regresar consciente y querellante a impactar la historia.

En este momento, toca escritura e insubordinación.

Referencias bibliográficas

Cortázar, J. (1962). *Historias de cronopios y de famas*. Alfaguara, Madrid.

EL DUELO DE LOS AMIGOS

(...) La certeza melancólica de la cual hablo comienza pues, como siempre, en lo viviente mismo de los amigos (...). El duelo entonces no espera más. Desde este primer encuentro, la interrupción va antes que la muerte, la precede, enluta a cada uno de un implacable futuro anterior. Uno de nosotros debe quedarse solo, ambos lo sabíamos anticipadamente. Y desde siempre (Derrida, 2003).

Aquí la melancolía tiene que ver con el futuro, con una *nostalgia del futuro* como escribía Jorge Teillier, con un futuro anterior. Es una melancolía que desbarata al tiempo en su secuencialidad lógica y nos traslada a un espacio im-presente, en donde el tiempo fue subvertido. Esta melancolía no tiene como escenario original la muerte, el fin, sino que surge ahí donde la vida se distribuye como amistad, como reciprocidad que se reconoce en la intersección de las alteridades.

Derrida nos habla de una interrupción en este tránsito de vida y amistad. Esta interrupción se nos revela sin tiempo y sin espacio y desde siempre contorneando los bordes del *entre*. Todo lo que ha sido el ir y venir de nuestra vida con el otro, estaría inmemorialmente firmado por la llegada de esta interrupción total. No hay posibilidad de sacudirse esta melancolía disruptiva con trabajo alguno, ella es, desde ya y desde antes y para siempre, la piel y el tono de una amistad.

Hablamos del duelo como el gran interruptor que desfonda (a la vez que repleta) nuestro paso por el mundo. El duelo siempre estuvo ahí; siempre fue quien dirigió la mano que escribió la historia y, por más desconcertante que nos parezca, condujo desde su espectral orilla el círculo amoroso de una amistad.

Ya sabíamos sin saberlo que uno de nosotros tenía que continuar solo. Es este el sello y la impronta de los amigos. La buena, tal como Derrida nos dice, es que el que queda es receptor y emisario al mismo tiempo de una herencia. Esta es una herencia que sólo pudo surgir en los múltiples instantes en donde la vida brilló para los amigos, y en donde el duelo se insinuaba una y otra vez con su potencia melancólica. Esta herencia de la que hablamos es el diálogo ininterrumpido. Y decimos ininterrumpido aunque se trate del fin del mundo para ese que muere, y cada vez otro fin de mundo para ese otro que también se va. Nosotros, los que quedamos, somos receptores al tiempo que emisarios del fin del mundo, siempre. El que queda se siente responsable de llevar en sí mismo al otro y también a su mundo; ese mundo desaparecido y aniquilado que conlleva la muerte de alguien, toda vez y a cada vez. Es el responsable de ser el testigo de un mundo desaparecido, es decir, de un mundo sin mundo. El duelo ya no es –no podría serlo de ninguna manera–, un trabajo; no hay gasto, ni consumo, ni reemplazamientos, sino una responsabilidad radical frente a la alteridad que ya no es más alterna, puesto que con su fin de mundo se llevó su mundo, no obstante, soy yo el encargado de testimoniar su cataclismo como herencia.

¿Qué hay en este diálogo? o más bien: ¿qué es lo que se dialoga cuando es un muerto el interlocutor? ¿cómo nos dirigimos al que no está si no es a través de los sonidos y los sentidos de una palabra? y, entonces: ¿cómo evitar que todo lo dicho no sea un homenaje para los que quedan? Este es el riesgo, precisamente, hacer de un adiós y de un duelo un trabajo para quienes se sienten deudos, para los que sobreviven al muerto, para los que lloran sobre la tumba del cuerpo sin vida. Las palabras, ante el que ya se fue, se arriesgan a ser consolación

y podrían dar inicio a la fórmula del trabajo de duelo, permitiendo que el adiós sea un saludo para los sobrevivientes y no para el que, a esa altura, habita subterráneamente:

Ocupada de sí misma, una palabra tal arriesgaría en este regreso desviarse de lo que es aquí nuestra ley, y ley como finitud: hablar directamente, dirigirse directamente al otro, y hablar para el otro que se ama y se admira antes de hablar de él. Decirle “adiós”, a él, Emmanuel, y no solamente recordar lo que nos habrá, en principio, enseñado de un cierto Adiós (Derrida, 1993b).

Derrida, siguiendo a Levinas, nos señala que el tiempo de la muerte es un tiempo sin-respuesta. Es, más que nada, habitar en el espaciamiento infinito de esperar esa respuesta que no llegará nunca. Es todo lo pendiente, lo que no nos dijimos y lo que dejamos flotando suspensivamente, mientras vivíamos regocijados en el duelo anticipado de una interrupción siempre porvenir. La sin-respuesta inubicable en un tiempo lógico y solamente (im)posible en el circuito espectral de la conversación con los fantasmas. “La muerte como paciencia del tiempo” y no como la estación final en donde ésta –la muerte– se revela como el único término posible.

Esto sería, así en la muerte... un amigo.

Referencias bibliográficas

- Derrida, J. (1993b). *Adiós a Emmanuel Levinas*. Editorial Trotta, Madrid.
- Derrida, J. (2009). *Carneros. El diálogo ininterrumpido: Entre dos infinitos, el poema*. Amorrortu, Madrid.

AMAR A OCTUBRE; AMAR EL ESPECTRO

En *Espectros de Marx* (1993a) Jacques Derrida desarrolla *in extenso* la figura, precisamente, de los espectros y los fantasmas (no hace la diferencia entre uno y otro); desde aquí se piensa que si bordeamos esta filosofía de lo fantasmagórico, podríamos asumir y desplegar una lectura en relación al octubrismo, a su resto, a su suplemento, y reconocer en sus ecos silenciados la posibilidad para una extensión del imaginario de la Revuelta en su reaparecer, como la voz siempre viva de “lo que queda”.

El espectro es justo lo que queda del muerto, su resto-injerto en el mundo. En este sentido sería imperativo decir que lo que hoy vivimos es, en efecto, el resto de Octubre; aquello que abandona su origen y su fuerza fundamental para resignificar como el palimpsesto de algo que fue inscrito en la historia pero que, ahora y en este justo momento en el que la restauración y restitución conservadora alcanza su musculatura mayor, se disemina –sin proyecto y sin vertebración– como un *algo*, un cierto aire que, sin abandonar su fuerza reivindicativa y el aliento telúrico que impulsó el desplazamiento en el subterráneo de la sociedad chilena, deberíamos entenderlo de esta forma para hacer reemerger, si esto es posible, una recuperación del muerto en su “con-

dición” espectral y ver qué es lo que desde esa zona bizarra, sin espacio ni tiempo definidos, nos pretende decir.

Porque el espectro quiere hablar, dejarse intuir, aunque no lo haga nunca, pero siempre “acecha”. El espectro, como suplemento de algo que fue, está ahí y no se deja implosionar independiente de que los contextos histórico-políticos no sean los que en algún momento favorecieron su emergencia como fenómeno o hecho social visible y contundente. Octubre es, hoy y así, lo que quedó del muerto, su fantasma que aparece y reaparece.

Sin embargo, esto no indica su pérdida, o su desaparición, o su extinción definitiva; el espectro de Octubre –como señalábamos– debería acecharnos y nosotros dejar que nos aceche en continuo espiral ético; levantando la demanda por una cierta justicia que pareciera dormir en los claustros de una historia reciente.

Al decir “ético”, en este sentido, deberíamos ingresar en lo que Derrida denomina el “exordio”. Esto es la capacidad de vivir con el espectro, de no dejarlo partir y entenderlo, si se quiere, en su lírica: en aquella forma poética e inasible que se resuelve como el recuerdo de un país que un día quiso ser otra cosa más que sí mismo y su fosilizada tradición oligárquica. “Ético” despunta como esa suerte de asimilación extraña que hace que la fuerza de una Revuelta se “radique” en lo espectral, manteniendo su potencia emancipatoria y sin claudicar de cara a lo que parece ser un presente vacío y vaciado de soberanía.

Hay una palabra que ocupa Derrida en el texto *Carneros. El diálogo ininterrumpido: entre dos infinitos, poema* (2003), y que la encuentra en sus lecturas del extraordinario poeta marroquí Abdelkebir Khatibi. Esta palabra es “amancia” (*aimance*); palabra tan hermosa como inquietante, y que tendría que ver con la pregunta por si es posible que un muerto y un vivo se amen, que pueda haber conversación, tráfico, vínculo; y todo esto de manera ininterrumpida, es decir, sostenerse en la paciencia del tiempo.

Y la respuesta es sí. Aunque el muerto esté ahí, enterrado, biodegradado, sin vida, para los vivos siempre quedará la espera de que ese

muerto vendrá, un día, a decirnos algo, a comunicarse y a extendernos una palabra o un soplo que nos anime y nos signifique desde un lugar desconocido. Y todo esto, aunque jamás ocurra; porque en la espera habita algo así como una esperanza.

Entonces es que Octubre debería ser nuestro fantasma, nuestro amado fantasma, más allá de quienes lo dan por muerto y que se refugian en las galerías de una historia que se narcotiza con la idea del “malestar” o de “la paradoja del bienestar”, en fin. Tocaría aprender a vivir con él, habitar con él, sentir *en él* y *por él*, manteniendo vivo el palpito de que en su resto aún se conserva el síntoma de una Revuelta que no es sino nuestra espera y nuestro porvenir, por indeterminado que éste sea.

Referencias bibliográficas

- Derrida, J. (1993a). *Espectros de Marx*. Editorial Trotta, Madrid.
- Derrida, J. (2009). *Carneros. El diálogo ininterrumpido: Entre dos infinitos, el poema*. Amorrortu, Madrid.

ESTERILIDAD Y “MÁQUINAS DESEANTES”

A los estudiantes del taller
de lectura del *Anti Edipo*

A propósito del último texto constitucional que arrojó el Consejo Constituyente, quisiera escribir sobre la idea de esterilidad y –recogiendo el concepto de Deleuze y Guattari– de “máquinas deseantes”.

La RAE dice, sobre la palabra estéril, que se trataría de un “algo (un ser vivo o una idea, por ejemplo) que no da frutos o no produce nada”. También la podemos entender como lo “infecundo”, es decir, que no tiene capacidad de llevar adelante un proceso generativo de vida, sino más bien como aquello que interrumpe cualquier intención reproductiva.

En un sentido puramente biológico, entonces, se trataría de una imposibilidad natural; ahora, en un sentido político, y sirviéndonos de la metáfora fisiológica, hablaremos de una intencionalidad volitiva, es decir, del impulso consciente de hacer de lo político algo estéril, que no produce, que aborta el metabolismo generativo de lo político mismo y que nos arroja –con el cálculo siempre ponderado y bien aceptado de quienes jamás han abdicado a su folclórico, al tiempo que efectivo, afán de poder– al páramo de la desconexión, de la retirada de lo político y que consigue, en esta línea, producir sujetos desafiados, sin relación con el mundo y que nada más se sensualizan y desean al

interior de la subordinación típica. Al final del día, únicamente “máquinas deseantes” (Deleuze y Guattari, *El Anti-Edipo*, 1972) que se regocijan en su nuclear fórmula neoliberal.

Si el primer proceso constituyente, hijo de la Revuelta, tuvo una fuerte marca ciudadana y de participación popular a nivel transversal, este último se agazapó en la corteza y el núcleo de los partidos políticos. Desde la designación de los expertos por parte de ambas cámaras, pasando por la vuelta del magma indicalista que significó que los partidos políticos pusieran los candidatos a consejeros constituyentes, hasta el actual documento que no es otra cosa más que la expresión nítida de la formalización (en clave jurídica y “legítima”) de la restauración conservadora, lo que operó fue una esterilización de lo político, una obturación de la soberanía o, en otras palabras, una sutura de la participación popular.

Se esteriliza, como veíamos, para evitar la reproducción. En esta perspectiva, el proceso mismo fue concebido como la inseminación artificial de genes antipolíticos que terminaron por desactivar la agencia e incidencia de un pueblo que, a esta altura, no es más que un islote olvidado y anónimo que se vaporiza en los estuarios múltiples de la política en su fórmula oligárquica. Y esto a tal punto que las alternativas que nos dan es elegir entre una Constitución más penetrantemente fascista que la anterior (y terapeada por la brutalidad de un sujeto como Kast) o, lo que viene a ser su antecedente, la de Pinochet y Guzmán que es el alma de una destrucción.

Todo esto –que es derechamente el triunfo de un imaginario tan conservador como neoliberal, tan hacendal como chicagista– nos ha terminado por transformar, otra vez, en máquinas deseantes; siendo, a mi modo de ver, los artesanos de nuestra propia diatriba, de nuestra propia injuria, en tanto no fuimos ni hemos sido capaces de articular una resistencia puramente política de cara a la arremetida de una restitución feroz.

Escriben Deleuze y Guattari en *El Anti Edipo*: “No hay máquinas deseantes que existan fuera de las máquinas sociales que forman a

gran escala; y no hay máquinas sociales sin las deseantes que las pueblan a pequeña escala”. De esta forma, y muy a grandes rasgos, somos máquinas deseantes pero esa producción de deseos no nos es propia, el deseo no nos pertenece, sino que se nos incorpora a través de la generación de necesidades que son organizadas y arbitrariamente indicadas por el capitalismo. Somos máquinas productoras de deseos, sí, pero esos deseos no son nuestros, aunque deseamos de todas formas.

Dicen igualmente: “La máquina deseante no es una metáfora”; y no lo es porque está puesta en el centro de un flujo material continuo, no hay baches para la producción infinita de deseos que se consuman en un exterior a nosotros, al tiempo que se nos enchufan esos mismos deseos en nuestra subjetividad.

En breve, toda nuestra producción de deseos está definida por un sistema social y económico que ha determinado qué es lo que podemos o no desear. He aquí la esquizofrenia a juicio de los autores.

Esto es lo que creo podría entenderse como el desemboque de este último proceso constituyente. Se nos marginó, se nos excluyó de toda decisión trascendental y lo que nos produjo la restauración conservadora es toda una cadena de deseos asociada a la seguridad y al crecimiento económico. Somos máquinas deseantes de control y de capital; cierto, no son nuestros deseos, pero no somos capaces de percibirlo.

Quizás, en la constatación sublimada (abandonar el objeto de deseo para apuntar a otro) de que somos máquinas deseantes a las que les introdujeron necesidades útiles para el proyecto conservador, habite algo así como una potencial resistencia.

Diría: una nueva *política del deseo*.

Referencias bibliográficas

Deleuze, G.; Guattari, F. (1972). *El Anti-Edipo*. Ediciones Paidós, Barcelona.

“EL DÍA SUSPIRADO”

Prédica conservadora y el tiempo de lo mismo

No se persigue una revisión histórica, para eso hay otras y otros que, con seguridad, lanzarán los dardos con mucha más puntería. Más bien se trataría de dejar que la escritura se deslice sin mucha precisión por fisuras que no necesariamente llevarán a alguna parte; sin destino a la vista, sin anclaje; bosquejando o llanamente recuperando los impulsos de una hermenéutica que no puede sacudirse el “peritaje” político que nos responsabiliza y exige análisis, potenciales respuestas y una que otra consideración filosófica que nos desplace a la colérica y bizarra zona donde los discursos políticos mismos alcanzan su propio ultraje y, sobre todo, sintomatizan lo que está por venir; lo que se equaliza (por ahora) en amplitud modulada pero que es muy probable devenga en molde, frecuencia.

Y es en este punto donde quisiera detenerme en el discurso de Beatriz Hevia al momento de hacer entrega del documento que será plebiscitado; discurso que se resuelve como un anuncio, un augurio y, del mismo modo, como aquello que abrevia una borradura del otro que, probablemente, será el guión de un cuento que nos tocará vivir en la más poliédrica de las ironías históricas si tomamos como punto de partida la Revuelta de Octubre de 2019.

A esta altura no es relevante que Hevia, al canonizar la Constitución de 1833, desconozca, o no, que ésta fue fruto de una sangrienta guerra civil que dejó más de 2000 muertos y que, tras enfrentar a pipiolos-liberales con pelucones-conservadores, da inicio a la era portaliana y a la llamada República conservadora (o que uno de sus redactores principales, Mariano Egaña, haya tenido una fuerte vocación monárquica); poco importa que, al final del día y como lo escribe Rodrigo Karmy, esta Constitución sea el momento en el que el “fantasma portaliano” comienza su diseminación a lo largo y ancho de la historia de un país, fijando un régimen y una “forma” de concebir el Estado y la sociedad desprendida del flujo constante de una máquina oligárquica que pone en órbita el metabolismo reproductivo de una clase que ha sabido perforar de forma determinante los destinos de un país hasta hoy.

Ese fantasma, su diseminación y metabolismo, espoleó a través de Beatriz Hevia el pasado martes infiltrando no solo la euforia de un triunfo, sino que, también, un tiempo que nos acecha y que se nos viene.

La posteridad es una medusa.

En este sentido, hay dos pasajes en la cita de Hevia a la “Gran Convención” que inició la discusión de la Constitución de 1833, que me interesan particularmente. El primero es de un lirismo siútico que, a pesar de su barroquismo, sintoniza con lo que la turbina conservadora propulsa y que fue redactado a modo de programa para José Antonio Kast (nuestro nuevo mesías del orden), ésta es “Ya llegó el día suspirado (...)”.

¿Qué se suspira? ¿quién suspira? Si suspirar es inhalar y exhalar en un gesto muchas veces de enamoramiento ¿a quién le dedicamos ese amor? ¿puede suspirarse un día? Y, sobre todo, ¿podemos suspirar por una Constitución? Las preguntas quemán y podrían ser muchas, no obstante, si se suspira un día en el que un documento jurídico comienza su proceso de producción, lo que tenemos es una suerte de fetichismo constitucional; de alienación respecto de un pueblo –en

este caso de un pueblo sin voz, sin grito— para dar paso a la derivada oligárquica y patriarcal que deja traslucir el futuro de un país que navegará sin dar tregua en los océanos del conservadurismo más vital, más enérgico y, claro, regocijado en la triste y marginal “noche de los proletarios” (Rancière, 2010).

Suspira la derecha extrema; suspira de amor a sí misma y a su programa proto-fascista vuelto documento; suspira de amor a la neutralización de una Revuelta que a punta de engranaje restaurador supo de su cancelación, de la diatriba bien pensada a la que fue sometida; suspira la derecha extrema, de amor y de furia, porque un día de noviembre le “alumbró la primavera”. Y todo esto independiente de si se apruebe o rechace la Constitución de Kast, puesto que el solo aliento del fantasma devuelto a la escena ya es una antorcha que ilumina la re-pactación con el espectro.

Por supuesto que la segunda frase es la más comentada (“... los verdaderos chilenos” (¿y las chilenas?): semántica racial y significativa con navaja. Beatriz Hevia y los nuevos “auquéridos metamorfoseados” que esta vez ya no son necesariamente bolivianos como supuró la lengua de Merino, sino todo aquel/lla que se resista a ser parte del sumidero segregacionista. Es un imaginario pobre, bruto, ignorante pero filoso y peligroso. Lo que aquí opera es borramiento del otro y la discriminación del anillo periférico en el que habitan todas/os las/os que estamos por no legitimar este tiempo pravo en el que la soberanía no ha sido otra cosa que bruma nostálgica en el corazón de nuestro desacato.

Lo de Hevia es, entonces, el principio de una historia que puede fosilizarse y despuntar, como lo fue la Constitución de 1833, por casi 100 años; aludiendo a que nos dio estabilidad y gobernabilidad.

Pero como apuntaba Heráclito, y he aquí nuestra esperanza: “lo único que no cambia es el cambio” porque (y pienso en el punzar siempre alerta de una Revuelta) “todo lo que se mueve está vivo”.

Este sería el pueblo que resiste y no repta al compás del prelude de los poderosos de siempre.

Al margen le volverá su tiempo.

Referencias bibliográficas

Rancière, J. (2010). *La noche de los proletarios: archivos del sueño obrero*. Tinta limón, Buenos Aires.

“ENTRAREMOS EN LAS ESPLÉNDIDAS CIUDADES”

(17 de diciembre 2023)

“Y a la aurora, armados de una ardiente paciencia, entraremos en las espléndidas ciudades”, escribía Rimbaud en su poema “Adiós” de 1873 (*Temporada en el infierno*).

Como si siempre quedara una esperanza, un resto de *algo por hacer*. O *como si* en cada penumbra del pueblo –en la que el sueño se entrega al arenal fatiga de la subordinación siempre porvenir– al final de esa misma noche, a la aurora, se insinuara la transparencia de un amanecer plebeyo; amanecer para esos que jamás han decidido nada, sino que desde siempre fueron decididos. *Como sí* a cada segundo la espera de un nuevo día fuera ya un futuro anterior, algo que pasó. Un hoy ya reivindicado, ya absuelto de la miseria totalizante de las jerarquías tradicionales; un hoy pulsando a fuego en la metáfora de que todo alguna vez podría cambiar, invertirse, devenir-mundo-mutante; haciendo emerger la historia de aquellos que no la han tenido porque, claro, se les ha arrebatado, transformando sus querellas y esperanzas en un sudario en el que se imprimen marcas, fantasmales marcas que jamás llegaron a ser tiempo, contexto, política en el sentido factual; nunca libertad y siempre acato. Querellas que fueron sacadas del fértil humedal de la historia para ser trasplantadas al páramo desértico

donde nada germina, sino que todo se consume, y en el que la inevitable y seca tormenta restauradora de los poderes típicos reconoce su clima y su agitación restituyente.

Esto parece habitar en el verso de Rimbaud: un trágico optimismo. Uno en el que las ciudades recibirán triunfantes al margen –salido de su propio margen– para incluirse en la definición de su destino; abandonando entonces la sempiterna obligada contemplación de todo *lo que pasa*, de todo lo que cambia, de todo lo que se produce y distribuye como abyección en el centro de una futurología ya escrita, desde siempre articulada *en y por* la naturalización de un mundo, por la reificación de los hechos, por el secuestro hermenéutico de la historia.

Esto es lo que, también, pienso, viene a ser este 17 de diciembre. Quiero decir, la renovación del evangelio oligárquico (sea cual sea la forma que tome: como nueva o vigente Constitución) en el que el simulacro de un triunfo puede ser tan insano y desactivante para un cierto clamor popular que, por ahí, aún se deja oír, murmura y subsiste en la asfixia de una institucionalidad fuera de serie, excepcional; institucionalidad que se ha entendido como nuestra potencia, nuestra diferencia a la luz de los vecinos cuya gramática histórico-política no sería sino tercermundista, propia de pueblos indeseados donde la jauría popular no habría permitido la tan ansiada “estabilidad”; esa misma que Chile gargarea al mundo como el reflejo narciso de un país hipersensualizado consigo mismo.

Y ya no se trata siquiera de un puro asunto de (i)legitimidad, sino de la bruma en la cual nos regocijamos pensando en que un “En contra” triunfador vendrá a auspiciar la profundización de una democracia que ya abdicó de sí misma. Porque en Chile la democracia se traicionó hace mucho, se auto-plagió y se abandonó la regla desesperante de la representación, de la delegación; la misma frente a la que una suerte de soberanía nada más que etérea claudica en espiral, instalándose en la zona renovada –por siempre renovada– del *pacto modernizante* (Del Valle; Salazar, 2022), reaccionario y opuesto a una democracia radicalizada o como expresión de la precuela del populacho.

Hoy celebraremos, otra vez, la coronación de una democracia hierática, es decir, sacralizada sin ser sagrada. Democracia demótica y pagana en el peor sentido del término; pagana porque no hay pueblo a la vista que la nutra, y porque en su bastardización todo lo que heredamos es el palimpsesto –la huella de la huella– de un país que se medicó en sus protocolos y procedimientos, abandonándose a la tristeza de una historia que, más que historia, es el estilo y corte de una ciudad amurallada, para nada espléndida y en la que no tenemos, siquiera, el arma de la paciencia.

“A favor” o “En contra”, como sea, no habrá aurora sino un largo nocturno del que solo podrá sacudirnos *el temblor de una nueva Revolución*.

Referencias bibliográficas

- Rimbaud, A. (1873). Adiós. En Rimbaud, A. *Una temporada en el infierno*. Editorial Argonauta, Buenos Aires.
- Salazar, M.; Del Valle, C. “¿La izquierda después del 2022? El más allá de la bancarrota ética”. *La Tercera*, diciembre, 2022.

El prefijo “pos” (al contrario de lo que podría indicar el sentido común), por lo general, sino siempre, anuncia que algo –un fenómeno, un tiempo, un sistema– se ha confirmado, alcanzando no solo regularidad en su funcionamiento, sino que también un anclaje en las subjetividades, articulando los códigos y ratificando el vigor y solvencia de su inmanente consolidación. Podríamos decir, de otra forma, que sea lo que sea que siga al “pos”, es su propia confirmación y no su anulación.

En este sentido, solo por dar un ejemplo, cuando hablamos de posmodernidad no se estaría expresando una superación de la modernidad como proyecto filosófico, político o cultural, por el contrario. Aquí el “pos” configura un imaginario en donde la modernidad *es*, de otra forma tal vez, pero sigue siendo; el solo hecho de que el sustantivo modernidad sea secundario, no implica su fin, jamás su anulación ni menos el olvido de los principios que la impulsaron a ser época, tiempo, era. El “pos” de la modernidad no es otra cosa que la inseminación de un paradigma que pasó a ser frecuencia subjetiva permanente, más allá de que la proliferación de sus valores o axiomas parecieran propulsar una desafiliación en el que el perímetro de lo

individual se ensancha y extiende; el “pos” no es la sutura de la modernidad, es su vitalización cierta al compás de un tiempo histórico certificado. Lo mismo pasaría con palabras como poshistoria, posindustrialismo, posverdad, en fin.

Y todo esto para referirnos, así, inicialmente y todavía equilibrando, a lo que ocurrió ayer en Chile y significó fracasar un tercer intento de cambio constitucional en menos de 10 años. Esta nueva derrota, a partir de un plan restituyente perfecto en donde no había alternativas para blufear a la derecha, generó las condiciones de posibilidad para que aquello que se diseminó como el contra-significante de una transformación radical –y que dirigió en gran parte el espíritu reivindicativo de una Revuelta derivado en Asamblea y propuesta constitucional– sea repuesto en su estado y naturalizado en su historia; una historia que ahora va más allá de sí misma y que con toda la legitimidad del protocolo y los procedimientos se ve, hoy, sobresaturada de “estabilidad”.

Esto es, pienso, el Chile *posneoliberal*. Uno que ya no necesitará de excusas, de disculpas ni de defensas, puesto que su estructura tendió a la calcificación dando cuenta, a la vez, de una musculatura que alcanzó un vigor sin proporciones.

Este *posneoliberalismo* que, como se ha dicho, no es más que un estadio superior del neoliberalismo mismo y nunca su superación, no solo alcanza una inédita densidad legitimante (cuando menos en lo procedimental), sino que se naturaliza, reifica y deifica; recompone la prédica josepiñerista-guzmaniana como el *ethos* principal, al tiempo que trae de vuelta victoriosos a sus fantasmas; esos que, ahora, en este justo y singular momento de nuestra bizarra saga histórica, se alzan por encima de ella planeando indolentes y coreando a dúo la partitura de su triunfo y la pompa de su proyecto, pareciera, invencible.

Lo anterior no implica que los ecos de Octubre, de la Revuelta, no sigan resonando. Están ahí, coordinados o descoordinados en alguna extraña zona desde donde nos alcanzan. La historia que hoy nos toca vivir, la veneración del neoliberalismo en su versión “pos”, no puede

explicarse sin ese movimiento telúrico que abdicó de las formalidades y perforó la normalidad de un país patológicamente satisfecho con su gruesa corteza institucional. Octubre y su magma transformador resta, se injerta y es conciencia suplementaria, invisible quizás, de un país que hoy celebra el repacto con el libre mercado.

Y aquí aparece una hendidura por donde parece filtrarse una esperanza filosófica, teórica o simplemente analítica de cara a este Chile *posneoliberal* o *posconstituyente*. Es necesario preguntarse qué fue del Estado; dónde deambula esa entelequia traspasada por el neoliberalismo que tendió a su extinción en las últimas décadas y que, como se intuye a partir del indesmentible triunfo de la máquina *chicago-gremialista*, pasará definitivamente al área de los espectros.

Esto nos abre a un espacio no menos denso en relación al fantasma-Estado. Necesitaremos entonces de una suerte de nueva teoría política, una que reivindique cierta espectrología-estatal en la que el pensamiento, en cualquiera de sus múltiples estrategias, nos regale un palpito. Un punto de fuga que nos permita, al menos en algo, comprender la vertebración determinante del *homo* neoliberal.

Hay un pasaje en *Los detectives salvajes* (1998) de Roberto Bolaño que siempre me pareció algo indescifrable pero que hoy, al día después, parece tener más sentido. El personaje García Madero le pregunta a Arturo Belano qué son los *real visceralistas*, a lo que éste le responde: “los actuales *real visceralistas* caminaban hacia atrás”; - “¿cómo hacia atrás?” lo increpa García Madero; - “De espaldas, mirando un punto pero alejándose de él, en línea recta hacia lo desconocido”, sentencia Belano.

Quizás este país *posneoliberal*, por defecto de su misma inauditable ratificación, nos exija caminar hacia atrás, pensar de otra forma, abrirnos a la indeterminación de una no llegada, aunque nuestros pasos vayan a la contra y la dirección sea a la inversa; aperturando una política de la im-politicidad –no de la imposibilidad– que nos reúna en la esperanza de un nuevo flujo.

Referencias bibliográficas

Bolaño, R. (1998). *Los detectives salvajes*. Alfaguara, Madrid.

En los tiempos en que calla hasta el graffiti –cuando el vacío, silencio, a lo más, ruido interno– habla este libro. Aquí subyace Octubre, en ese acopio de deseo y luego tristezas de patria, para sentirnos, ahora cuando duele, habla Javier Agüero, y se oye, en estas memorias, dichas en su día con gracia y constancia de guardia insobornable, de las alturas filosóficas de Chile. Así habla el habla del año de la Derrota y de la desilusión del proceso constituyente; sobreviviéndole, por quien puede entre pocos, y con palabra dicha en honesto y en agudo, cavando con metáforas, martillando entre comas. Dirá lo que no se dice, desdecirá lo que se dice, maldecirá también, dirá la verdad dura que habría que tragar; nos invita a encontrarnos de pleno con una verdad trágica, sabernos como patria en desgracia. Así hace oír, en su lectura, la maldición de Chile.

Manuel Canales

Javier Agüero Águila es Doctor en filosofía por la Universidad París 8. Actualmente es académico del Departamento de Filosofía de la Universidad Católica del Maule/Chile. Ha sido profesor invitado de la Universidad de Buenos Aires/Argentina, Universidad Federal de Ouro Preto/Brasil y Universidad Nacional del Nordeste/Argentina. Ha publicado, entre otros, los libros *Chili: les silences du pardon dans l'après Pinochet* (Harmattan, 2019); *Chile 2019-2020: entre la revuelta y la pandemia* (Ediciones UCM, 2020); *Tres ensayos portátiles sobre la guerra. Freud, Zizek, Butler* (Pecado editores, 2023) y *Conversaciones sobre un Chile que no fue* (Ediciones UCM, 2023). Sus líneas de investigación se vinculan a la filosofía francesa contemporánea. Ha publicado más de una treintena de artículos en revistas especializadas y es columnista permanente en diferentes medios nacionales e internacionales. Se destaca igualmente el trabajo de traducción de importantes autores franceses contemporáneos, entre ellos Jacques Derrida, Marc Crépon y François Jullien.